

Maggie Price

Hechizados
por el deseo

eLit

Hechizados por el deseo

Maggie Price

3º Serie La ley de la pasión

Sinopsis

Aquella misión iba a despertar viejas pasiones... y a poner en peligro sus vidas.

La única hija de un poderoso senador había sido asesinada y habían secuestrado a su hijo recién nacido. La sargento Grace McCall y el agente del FBI Mark Santini tenían que hacerse pasar por una pareja que deseaba desesperadamente adoptar un niño con el fin de detener al sospechoso antes de que asesinara a alguien más.

El problema era que el pasado en común de Mark y Grace iba a complicar la misión, porque era esencial que en todo momento parecieran muy enamorados... Pero no podían dejarse llevar por el deseo.

Capítulo 1

A las cinco menos cinco, la sargento Grace McCall-Fox entró cojeando en los *Servicios de Juventud y Familia* del Departamento de Policía de Oklahoma.

Se sentía tan vieja como su disfraz la hacía parecer. Tenía un agujero en la media de compresión de la pierna derecha, que se había hecho cuanto utilizó la fuerza para obligar a un adolescente poco cooperador a besar el pavimento mientras lo esposaba. Uno de los bolsillos del abrigo de lana que había adquirido en una tienda de prendas de segunda mano estaba desgarrado y de algún modo, se le habían metido unos cuantos guijarros en los zapatos de cordones que había tomado prestados del armario de su abuela.

Debido a las horas que se había pasado andando por el gélido aparcamiento del centro comercial, tenía la piel de las mejillas agrietada y las mechas grises que se había pintado en el cabello con un pulverizador se le habían puesto pegajosas con la nieve. Además, le dolía el brazo derecho porque varios carteristas le habían intentado robar el bolso, pensando que una anciana realizando sus compras de Navidad sería una presa fácil. Sin embargo, en vez de una frágil abuelita, se habían encontrado con una policía de treinta años, esbelta y menuda, que los había tumbado sobre el suelo con un único movimiento.

—¡McCall!

Aquella resonante voz hizo que Grace se diera la vuelta para dirigirse al hombre alto y de cabellos oscuros que se estaba asomando por la puerta de un despacho.

—¿Señor?

—Necesito verte —dijo el teniente David Kelson—. Ahora —añadió, antes de volver a entrar en su despacho.

Grace dejó el bolso encima de su mesa, se quitó el abrigo y las gafas sin graduación que llevaba puestas. Como creía que Kelson iba a hablarle de la misión en la que estaba trabajando en aquellos momentos, sacó el expediente y empezó a caminar entre las mesas de la sala común del departamento, que a aquellas horas de la noche, estaban casi vacías.

Al entrar, vio que Kelson estaba examinando un papel que tenía entre las manos.

—¿Señor?

—Entra, McCall —respondió Kelson, tras levantar la mirada. Como todo el mundo, utilizaba una versión abreviada de su apellido compuesto—. ¿Cómo te ha ido el día en el centro comercial?

—Arrestamos a cuatro carteristas y a tres ladrones de coches. Esperamos poder arrestar más mañana.

—Si eso ocurre, será sin ti. El FBI ha pedido tu colaboración en un caso. Considérate parte de una misión especial.

—Sí, señor. ¿De qué clase de misión se trata?

—Dejaré que sea el agente que está al mando el que te informe —replicó Kelson antes de ponerse de pie. Grace se percató de que había otra persona en el despacho en el momento en el que el teniente desvió la mirada hacia la puerta—. Según tengo entendido, los dos habéis trabajado juntos.

—Estoy deseando volver a tenerte como compañera, Grace.

Al escuchar la profunda y rica voz de Mark Santini, ella se quedó completamente inmóvil. Era una voz del pasado. Una voz cuyo dueño la había obsesionado durante seis años, aunque ella había estado casada durante ese tiempo con un hombre al que amaba profundamente.

Con la espalda muy rígida, se obligó a darse la vuelta. Sintió que la visión se le nublaba cuando cruzó la mirada con unos ojos tan

oscuros que resultaba imposible distinguir la separación entre la pupila y el iris.

Kelson, que evidentemente no se había percatado de nada, tomó su abrigo y se dispuso a salir del despacho.

—Siento no poder quedarme, agente Santini —dijo, tras extender la mano—. Como le he dicho, tengo que reunirme con mi esposa en una fiesta para celebrar la Navidad.

—No hay problema. Había esperado llegar aquí antes, pero me he entretenido tratando de conseguir esa orden judicial. Informaré a la sargento McCall sobre el caso para que los dos podamos ponernos a trabajar mañana por la mañana.

—Utilice mi despacho todo el tiempo que necesite —respondió Kelson. Entonces, se volvió hacia Grace—. El agente Santini te ha apartado del caso en el que estabas trabajando. Aquí tienes el informe del jefe que te lo confirma y te asigna este nuevo caso —añadió, entregándole el papel que había estado leyendo cuando Grace entró en el despacho—. Mantenme informado.

—Sí, señor.

Grace metió el papel en el archivo que llevaba en las manos y observó como su jefe se marchaba del despacho y cerraba la puerta. Deseó poder hacer lo mismo, pero respiró profundamente y se dio la vuelta para mirar a Mark y comprobó que él la estaba observando de la cabeza a los pies.

—Ese disfraz de ancianita te da un aspecto muy interesante, Grace.

—Engaña a un montón de carteristas —replicó ella.

Trató de encontrar algo más que decir, pero no lo halló.

Físicamente, el agente especial Mark Santini había cambiado un poco en aquellos seis años. Llevaba el cabello, tan espeso y tan negro como el de la propia Grace, aún peinado hacia atrás, pero algo más corto. Las sienes se le habían empezado a teñir de gris. Los ángulos de su rostro eran más agudos y las ojeras que presentaban indicaban

falta de sueño, pero a pesar de todo, seguía resultando tremendamente atractivo.

Siempre le había gustado ir muy bien vestido, como indicaba el caro traje hecho a medida que llevaba puesto. Sin embargo, el abrigo le quedaba algo ancho a pesar de sus anchos hombros y los pantalones le estaban algo grandes, como si hubiera perdido peso. No obstante, en vez de darle un aspecto desaliñado, lo hacía parecer más accesible y relajado.

Por su parte, Grace estaba todo menos relajada. Mark estaba tan cerca que podría haber extendido la mano para tocarlo, para palpar al hombre que había irrumpido en su vida con tal fuerza que muy pronto ella había empezado a considerar dejarlo todo. Aunque no lo había hecho, él había permanecido en las sombras, como una presencia espectral que había estado a punto de destruir su matrimonio con Ryan Fox.

Grace había amado a Ryan con todo su corazón, hasta las profundidades de su alma. Sólo pensar en las dudas que él había tenido por el irreflexivo comportamiento que ella había mostrado hacia Mark provocaba que el corazón volviera a rompersele en mil pedazos.

Trató de apartar el resentimiento que siempre acompañaba a aquel pensamiento. Lo que había ocurrido años atrás había sido culpa suya, no de Mark. Él no tenía ni idea de que se había vuelto temporalmente loca y que había tomado la decisión de arrojar el sueño de toda una vida para unirla a la de él. No sabía que la historia que ambos habían compartido había hecho temblar los cimientos de su posterior matrimonio.

—¿Cómo estás, Grace?

—Bien —respondió ella, utilizando el mismo tono impersonal—. ¿Y tú? —añadió.

Resultaba extraño que dos personas que habían sido amantes apasionados pudieran compartir una cortesía propia de personas que

se conocen por primera vez.

—Ocupado. Eternamente ocupado. Sentí mucho la muerte de tu esposo. Te envié una tarjeta. Espero que la recibieras.

—Así fue. Gracias —respondió ella, recordando los montones de flores y tarjetas que había recibido cuando Ryan murió en cumplimiento de su deber.

Con deliberación, se giró para colocar el expediente sobre la otra butaca. Utilizó aquel instante para tranquilizarse. No quería volver a revivir aquel instante tan doloroso de tres años atrás, cuando perdió tanto.

Cuando se volvió para mirarlo, tenía una expresión serena en el rostro. Entonces, notó el aroma familiar de la colonia que él llevaba puesta. Rápidamente, se le formó un nudo en el estómago que desapareció enseguida. ¡Maldita sea! ¿Qué hombre llevaba el mismo aftershave durante seis años consecutivos?

Para apartar la conversación de ella y de lo que estaba sintiendo, dijo:

—No dudo que estés muy ocupado, considerando toda la publicidad positiva que le has reportado al FBI durante los últimos dos años. Resolver el caso del bebé de Boston debió de convertirte en la estrella de la *Unidad de Delitos Contra Menores*.

—En la resolución de ese caso participaron muchos otros agentes de la UDCM, pero yo fui simplemente al que eligieron para dar las ruedas de prensa.

No era de extrañar. Grace estaba segura de que le habían asignado aquel trabajo porque poseía el perfil de lo que los medios de comunicación creían que era un agente especial del FBI: Alto, atlético y guapo. Bien vestido y arreglado. Santini poseía una imagen arrebatadora tanto en la pantalla como en las fotografías de los periódicos.

«Y en persona», admitió Grace, de mala gana.

Su arrolladora belleza la había atraído desde el primer momento

en el que lo vio, seis años atrás. Por aquel entonces, Mark trabajaba en las oficinas que el FBI tenía en Oklahoma. Grace acababa de conseguir el ascenso a detective y los dos formaban parte de una fuerza especial en la que se aglutinaban varios cuerpos de policía. El respeto que desarrollaron por sus respectivos trabajos se transformó en amistad y muy pronto se convirtieron en amantes, atraídos por una pasión que con frecuencia, le había parecido a Grace mucho más fuerte que ambos.

Muy pronto, Mark consiguió el traslado que tanto deseaba a la UDCM en Quantico, Virginia. Entonces, desapareció para siempre. Un hombre sin raíces, sin vínculos, al que su vida de lobo solitario le resultaba muy cómoda. ¡Qué diferente habría sido su vida con Ryan si se hubiera olvidado de Mark tras rechazar su oferta de mudarse a Virginia con él!

En aquel momento, Santini quería volver a trabajar con ella. Después, volvería a marcharse sin mirar atrás, como antes. Sin embargo, en aquella ocasión, Grace tenía muy bien aprendida la lección de mantenerse firme con sus prioridades.

—Mark, si pudieras informarme rápidamente del caso te lo agradecería —dijo ella, tras mirar el reloj—. Esta noche, tengo que ocuparme de un asunto familiar que no puedo posponer.

—¿Cómo está tu familia, Grace?

—Todos bien —contestó—. Josh, Nate y Bran han sido ascendidos en los últimos dos años. Morgan y Carrie están en el cuerpo y además, prometidas con policías.

—¿Hay alguien del clan McCall que no forme parte de los cuerpos de seguridad del estado? —preguntó él, con una sonrisa.

—Mi abuela y mi madre.

—Ellas tienen puntos extra por estar casadas con policías.

—Sí...

Mark no le había contado nada sobre su pasado, ni siquiera cuando eran amantes. Sólo le había dicho que había tenido una

infancia difícil. Jamás le había hablado de sus padres y por lo que ella sabía, no tenía más familia, por lo que no había razón para preguntar sobre los suyos. Sin embargo, las cosas podrían haber cambiado. Le miró la mano izquierda y vio que no llevaba anillo.

—¿Y tú?

—No me he casado con una policía.

—Brenda no era policía.

—Brenda... —dijo él, como si estuviera tratando de recordar a la hermosa rubia de la que Grace se acordaba perfectamente—. No me he casado con nadie. El trabajo no me deja mucho tiempo para la vida personal.

Grace estaba pensando, que efectivamente, el trabajo siempre había sido lo más importante para Mark, cuando él busca que él llevaba empezó a sonar. Mark se lo sacó del cinturón, miró la pantalla y se apretó los ojos con los dedos.

—¿Algún problema? —preguntó Grace.

—Es una llamada sobre el secuestro de un niño en el que estoy trabajando en California —respondió, mientras se volvió a colocar el busca en el cinturón—. Mi instinto me dice que se acaba de convertir en un asesinato.

—Si tú te estás ocupando de ese caso, ¿por qué no estás allí?

—Porque mi jefe me llamó a última hora de anoche para decirme que el director me quería aquí. Me monté en un avión a primera hora de la mañana. Ya sabes como es esto, Grace. En nuestro trabajo, tenemos que hacer lo que nos mandan. Ir a donde nos envían.

—Precisamente por eso me he pasado yo el día andando por el aparcamiento de un centro comercial vestida de abuelita —replicó ella—. Bueno, ¿por qué no me informas sobre el caso que ha empujado al director del FBI a enviarte a Oklahoma y me explicas por qué le has pedido a mi jefe que yo trabajara contigo?

—El caso es una patata caliente política que tiene que ver con la muerte de una joven. Su padre es muy poderoso y ha ejercido sus

influencias. Por eso estoy aquí —dijo él, antes de mirar el reloj—. Dado que yo tengo que llamar a California y tú no tienes mucho tiempo, creo que dejaremos nuestra reunión para mañana. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer esta noche. En cuanto a la segunda parte de tu pregunta, me puse en contacto con el Departamento de Policía de Oklahoma porque hace mucho tiempo aprendí que resulta muy útil tener a alguien de la policía local en cualquier investigación en la que trabajo. La razón por la que te pedí a ti es muy sencilla. Necesito un policía local que no sólo sea bueno, sino también inteligente. Alguien de quien pueda estar seguro que no va a estropear un caso muy delicado.

—Resulta agradable saber que confías tanto en mis habilidades.

—Siempre he tenido una gran fe en ti. Personal y profesionalmente.

Dado que él nunca se había abierto lo suficiente como para decirle lo que sentía hacia ella, aquello era una novedad.

—Tenemos una citación a las ocho de la mañana —añadió él—. Tenemos que reunimos antes para que te pueda poner al día. Puedes venir a mi hotel a las siete o yo puedo ir a tu casa para recogerte. Tú eliges.

Grace se pasó la lengua por los labios. Estaba convencida de que el equipo local siempre llevaba ventaja. Considerando los nervios que sentía en el estómago, le resultó preferible quedarse en su terreno.

—En mi casa —respondió.

Le dio la dirección y tomó el archivo que había dejado encima de la mesa.

En aquel momento, Mark se le acercó y ella pudo comprobar que las ojeras que lucía en el rostro eran aún más pronunciadas.

—Lo que he dicho era en serio, Grace.

—¿A qué te refieres?

—Tengo muchas ganas de volver a trabajar contigo.

Grace contuvo el aliento. Cuanto más tiempo pasaba en su

presencia, más intranquila se sentía. Tenía razón en lo que había dicho sobre los policías. A ella no le quedaba más remedio que trabajar con él.

Realizaría su trabajo. Aunque el tiempo no parecía haber mitigado la atracción física que sentía por Mark, no podía consentir que aquello tuviera importancia alguna. No podía permitir que él volviera a afectarla. Él se volvería a marchar. En cuanto terminaran aquel caso, él desaparecería.

Una vez, había estado a punto de enamorarse de Mark Santini. Se había pasado años luchando contra el interminable ciclo de culpabilidad que se unía inexcusablemente a aquella relación. No volvería a cometer el mismo error. El hombre que estaba a pocos centímetros era historia. Ella era una mujer completamente diferente y estaba dispuesta a seguir adelante con su vida.

Mañana estaría mucho mejor. La sorpresa de ver a Mark se habría desvanecido y volvería a tener los pies en el suelo. En aquellos momentos, necesitaba alejarse de él, necesitaba tiempo para poder enfrentarse a los cientos de recuerdos que la acosaban en aquellos instantes.

—Hasta mañana —dijo ella.

—Sí.

Grace se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Mientras avanzaba, sintió que los ojos de Mark la acompañaban.

El tiempo pasaba. Los acontecimientos y las personas se terminaban convirtiéndose en más o menos importantes de lo que fueron en su momento. Grace quería creer que aquel hombre que había emergido tan inesperadamente del pasado se había hecho tan poco importante que se había convertido prácticamente en invisible. En un mero punto de la pantalla de un radar. Quería creer que Mark Santini era tan insignificante que su presencia no tendría efecto alguno en el futuro.

Sin embargo, el modo en el que latía su corazón le hacía pensar a

Grace que ése no sería precisamente el caso.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, mientras conducía su coche de alquiler por las calles de la ciudad de Oklahoma, Mark iba pensando que el rostro de Grace había sido un libro abierto. Se había quedado atónita al verlo en el despacho de su jefe. Considerando que habían pasado casi seis años desde la última vez que se vieron, la reacción era más que comprensible.

Habían sido amantes.

Apretó la mandíbula mientras los limpiaparabrisas retiraban la nieve del cristal con una constante cadencia. Lo que más lo preocupaba era que ella debería haber sido la única sorprendida. La única que se enfrentara a sus sentimientos. No había sido el caso. No había sido como Mark esperaba.

¡Maldita sea! Él había sabido que ella entraría por la puerta del despacho en cualquier momento. Había estado preparado para su llegada. Sin embargo, en el instante en el que la vio, había sentido la sacudida de una descarga eléctrica. Se había pasado una vida entera moderando sus emociones, de tal manera que nada lo pillaba nunca desprevenido.

Grace McCall-Fox lo había hecho. No le gustaba pensar que sólo verla lo había afectado tan profundamente. Tenía que admitir que ella era la única mujer por la que había sentido algo más que atracción física. Mientras eran amantes, había preferido no analizar la intensidad de las emociones que lo habían atraído hasta ella. Le había costado mucho admitir que la relación que tenía con Grace era la primera que no parecía poder romper limpiamente. Por eso,

cuando le llegó el traslado a la UDCM, le pidió que se fuera al Este, con él.

Grace había respondido que no. Comprensible, dado que su mundo giraba en torno a su grande y ruidosa familia. Además, había estado la tradición familiar. Casi todos los McCall había servido en el cuerpo de policía de Oklahoma. Para Grace, aquello había sido el sueño de toda una vida, un sueño al que le resultaba imposible renunciar.

Él había aceptado fríamente la decisión que ella tomó. No hizo esfuerzo alguno por conseguir que cambiara de opinión. Lógicamente, sabía que su ascenso a la UDCM significaba que se pasaría la mayor parte del tiempo viajando, dejando a Grace sola en una ciudad desconocida. Por eso, no la había culpado cuando ella rechazó su oferta. Grace se llevaba la peor parte del trato. Como consecuencia, había tratado de olvidarse de Grace sumergiéndose de lleno en su trabajo. Además, él no era el único que había seguido con su vida. Grace se había casado con un policía, al que enterró tres años más tarde.

Por su parte, Mark se había pasado aquellos años acumulando una sólida reputación en las fuerzas de seguridad, junto con días de permiso sin utilizar. No tenía raíces, ni familia, ni una mujer que esperara su regreso a casa. Aquél era el estilo de vida que deseaba. Trabajaba caso tras caso, inmerso en un interminable ciclo de niños maltratados, secuestrados y asesinados. Niño tras niño, cadáver tras cadáver. Delito tras delito.

El horror que encontraba en su trabajo jamás lo sorprendía. Había crecido conociendo de primera mano que el mal caminaba sobre la faz de la tierra. Conocía demasiado bien el terror que sufre un niño a merced de un monstruo. Años más tarde, se había enterado que la mayoría de los habitantes de la pequeña ciudad en la que había crecido habían sabido las palizas que había tenido que soportar, pero habían preferido mirar al otro lado. Se había enrolado en el FBI con

el deseo de capturar a tantos abusadores de menores como le fuera posible.

Sin previo aviso, la fatiga se apoderó de él. Lo que necesitaba era descansar bien durante una noche, pero hacía mucho que había perdido la esperanza de conseguirlo.

Durante el pasado año, ¿o acaso eran ya dos?, había tenido un sueño recurrente, en el que veía imágenes de las víctimas de todos los casos en los que había trabajado mientras estaba en la UDCM. Un desfile interminable de niños, de monstruos. El sueño era como el ácido, que lentamente iba recortando las horas que dormía cada noche, hasta el punto de que si conseguía descansar, el sueño era muy intranquilo. Se le había olvidado la última vez que había dormido la noche entera. Se le había olvidado lo que era comer sin que el estómago le ardiera como una antorcha. Había perdido mucho peso dado que sólo comía porque tenía que hacerlo. Iba de delito en delito, de habitación de hotel en habitación de hotel, despertándose en camas extrañas cubierto en sudor por un sueño que lo perseguía incansablemente.

Miró al cuaderno para comprobar la dirección que Grace le había dado y giró a la derecha. ¡Maldita sea! Debería estar en California, trabajando en el caso de secuestro que tal y como él se había imaginado, se había convertido en asesinato cuando el cuerpo de la niña había sido encontrado. O tal vez se lo necesitaba más en Nueva Orleans, donde habían desaparecido tres niños en un mes. O en una pequeña ciudad de Alaska, donde un asesino hacía presa en chicas jóvenes.

Mark sintió otro temor provocado por la fatiga. Todos aquellos casos tenían prioridad. En cada uno de ellos, el tiempo era algo fundamental. Sólo desear necesitar estar en otro lugar, agravaba su frustración y su agotamiento.

Tal vez, sólo tal vez, no estaba completamente seguro de poder enfrentarse a Grace, no después del modo en el que había

reaccionado cuando la vio el día anterior. Era consciente de que su disfraz de anciana no había conseguido aplacar la sacudida que había sentido al verla entrar en su despacho. Nadie tenía que recordarle el fascinante cuerpo que ocultaba aquel vestido gris. Había reaccionado del mismo modo en el que lo había hecho cuando la conoció.

Atracción instantánea. Un deseo ardiente e inmediato de tocarla. Puro deseo.

Lo más probable era que hubiera cometido un error al pedir que fuera Grace la que colaborara con él en aquella investigación. Sin embargo, lo hecho, hecho estaba. No había modo alguno de cambiarlo.

Localizó por fin la dirección y aparcó delante de una casa de dos plantas, que a pesar de la nieve, resultaba muy acogedora. Había cuatro coches aparcados en el acceso al garaje, uno de los cuales era un coche patrulla. Con tantos policías en la familia, Mark no se aventuró a adivinar de quién se trataba.

En vez de salir del coche de alquiler, se quedó allí, observando la casa y tratando de conjurar una imagen de Grace.

Su rostro siempre le había producido una cierta fascinación. Los marcados pómulos, altos y tensos bajo la dorada piel y una nariz ligeramente aguileña, acompañada de una angulosa barbilla. Además, estaba la boca, una boca gruesa, deliciosa y húmeda. Una boca que lo había empujado al abismo del placer en innumerables ocasiones.

Al recordar el aguijonazo del deseo, cerró los ojos. La respuesta que había tenido hacia Grace el día anterior estaba basada exclusivamente en el deseo. Después de todo, era una mujer muy hermosa con la que se había visto implicado en innumerables sesiones de apasionado sexo. No había estado con una mujer en mucho tiempo, por lo que era normal que hubiera respondido así a la que una vez había tenido el poder de calentarle la sangre con tan sólo una mirada o una caricia.

—¡Dios Santo! —musitó, cuando el anhelo sobre aquella parte de su pasado se despertó dentro de él.

No sabía lo que estaba ocurriendo, pero no lo necesitaba.

Apagó el motor del coche, se quitó un guante y se pasó una mano por el rostro. A juzgar por lo que sabía en aquellos momentos del caso en el que Grace y él estarían trabajando, probablemente no estaría en la ciudad el tiempo suficiente como para poder hacer nada al respecto. Se ocuparían de lo que tenían que hacer y entonces, como siempre, él seguiría con su camino, lo que era lo mejor para todos.

Tomó la carpeta que llevaba en el asiento del copiloto y salió del coche en medio de un remolino de nieve. El gélido aire le quemaba las mejillas y le arañaba la garganta como si fueran esquirlas de hielo. Con rapidez se acercó a la casa y subió el pequeño tramo de escaleras. Tras limpiarse los zapatos en el felpudo, llamó al timbre. Fue Brandon McCall quien abrió la puerta.

—Vaya, vaya, el gran Santini... No me gusta admitirlo, pero me alegro de verte.

—Y yo también... —replicó Mark. De los tres hermanos de Grace, Bran era al que más apreciaba—. Por mucho que me cueste admitirlo.

Mark entró en la casa, e inmediatamente se sintió asaltado por el cálido aroma de la canela y del pan recién hecho.

—Huele bien, ¿verdad? —comentó Brandon.

—A gloria —afirmó Mark.

Se colocó la carpeta debajo del brazo y se quitó los guantes. Se dio cuenta de que la boca había empezado a hacersele agua, una sensación que ya casi no recordaba. Era una pena que su estómago no pudiera aceptar nada más que los alimentos más simples.

—Estuve a punto de desmayarme cuando Grace me dijo que estabas en la ciudad —dijo Bran, tras tomar un sorbo de café de la taza que llevaba en la mano—. Jamás creí que volvería a ver tu feo rostro.

—Tuve que venir a Oklahoma para comprobar si aún pierdes

todos los partidos de fútbol en los que juegas —replicó Mark mientras se quitaba el abrigo.

—Típico de un federal. No tienes más que información inútil en la cabeza —bromeó Bran—. Veo que sigues llevando trajes y corbatas de niño bonito.

Mark observó el impecable uniforme que Bran llevaba puesto.

—Al menos uno de los dos va bien vestido mientras realiza su trabajo —replicó.

—Te aseguro que yo jamás me atrevería a competir contigo en lo de ir bien vestido —dijo Bran, tras soltar una carcajada—. Grace ha preparado café. Vamos a la cocina y de paso, dejaremos tu abrigo en el salón.

—Gracias.

Mark siguió a Bran por el pasillo y vio cómo éste se detenía delante de una puerta adornada con un arco.

—Deja el abrigo encima del sofá.

Mark entró en el salón, que estaba decorado muy acogedoramente con hermosos muebles y plantas, y dejó el abrigo sobre el sofá. Inmediatamente, le llamó la atención el enorme árbol de Navidad que decoraba la estancia.

Recordó que su madre jamás se había molestado en poner adornos navideños ni en comprar regalos, porque adquirirlos hubiera recortado el dinero que se gastaba en su apreciado alcohol. Ni siquiera cuando se compró su piso se había molestado en poner árbol de Navidad. No había razón, dado que pasaba la mayoría de las Navidades viajando a los lugares donde ocurrían los crímenes.

Casi un año antes, Bran le había enviado un correo electrónico en el que le decía que se había casado con una detective privado. Estaba a punto de preguntarle cómo le iba la vida de casado cuando vio que sobre el sofá, había un edredón doblado y una almohada. Sobre la mesita de café, había un libro escrito por un autor que le gustaba especialmente a Bran. Recordó que el coche patrulla tenía sobre el

techo la misma cantidad de nieve que los otros, lo que significaba que había estado aparcado allí toda la noche. Como parecía que Bran había dormido en el sofá, preguntarle sobre su esposa no parecía lo más adecuado.

—Bonita casa —comentó.

—Sí —afirmó Bran—. Ahora casi resulta imposible creer que era una completa ruina cuando Carrie y Morgan la compraron.

—Creía que ésta era también la casa de Grace.

—Al principio no. Carrie y Morgan la compraron el día antes de que Ry fuera asesinado. ¿Conociste a Ryan Fox mientras estuviste trabajando aquí?

—No, pero tengo entendido que era un buen policía.

—Uno de los mejores —le aseguró Bran, con expresión sombría—. Grace lo encontró segundos después de que un ladrón de coches drogado le disparara. El hecho de que Ry muriera estuvo a punto de costarle la vida a ella y... Bueno, Grace vendió la casa que ellos poseían y contribuyó a la compra de ésta. Reparar esta casa se convirtió en un proyecto para toda la familia. Nos vino muy bien pasar tanto tiempo juntos. Bueno, ojalá no tuviera prisa —añadió, tras mirar el reloj—, pero tengo una rueda de reconocimiento a las ocho y quiero llevarme uno de los rollitos de canela de Morgan.

Condujo a Mark a través de un pequeño comedor hasta llegar la cocina. Justo en aquel momento, Grace entró en la estancia a través de una puerta que había en la pared opuesta. Llevaba un jersey color cereza muy ajustado, pantalones negros y unas prácticas botas negras de tacón bajo. Del cinturón colgaban la placa y la pistola reglamentaria. El cabello, libre ya de las mechaz grises del día anterior, le llegaba por los hombros y tenía un aspecto tan negro y brillante como la reluciente solapa de un esmoquin.

—Buenos días, Mark —dijo, con voz cálida.

—Buenos días.

—Ponte cómodo —añadió, indicándole uno de los taburetes que

había alrededor de la isleta que ocupaba el centro de la cocina.

Mark notó que el aspecto atónito del día anterior había desaparecido y que lo contemplaba con ojos tranquilos.

—Gracias.

—¿Quieres uno? —le preguntó Bran, tras meter la mano en la cesta en la que se encontraban los pastelillos de canela—. Acaban de salir del horno.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes —repuso Bran. Entonces, dio un beso a su hermana en lo alto de la cabeza—. Dile a Carrie y a Morgan que las veré más tarde.

—Claro. ¿Vas a cuidarte? —le preguntó Grace.

Una sombra le había pasado por encima del rostro.

—Te prometo comerme las verduras, mamá —replicó él, tras darle un suave pellizco en la barbilla—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —le preguntó Bran a Mark.

—Eso depende de lo que Grace y yo descubramos hoy. No estoy seguro.

—A ver si tenemos tiempo de salir a tomar una cerveza mientras estés aquí.

—De acuerdo —dijo Mark. Cuando Bran salió de la cocina, se volvió a mirar a Grace y vio que la sombra seguía brillándole en los ojos—. Me da la impresión de que estás muy preocupada por tu hermano.

—Así es. Tory y él terminaron antes de Acción de Gracias. Bran intenta parecer animado, pero no lo está.

—Siento tener que escuchar eso. Bran me envió un correo electrónico para decirme que se había vuelto a casar. ¿Se parece Tory a Patience? —añadió, refiriéndose a su primera esposa, que había muerto repentinamente.

—Completamente opuestas, lo que supongo que es uno de los problemas en ese matrimonio. Bran alquiló un apartamento horrible.

Los únicos muebles que tiene son la cama, un desvencijado sofá y una televisión.

—Tal vez espera que sea temporal. Que Tory y él vuelvan a estar juntos muy pronto.

—Eso es lo que esperamos todos. Yo trato de cuidar de él, de asegurarme de que come bien, pero es una batalla perdida.

—Veo que sigues preocupándote por todo el mundo.

—Te aseguro que no es lo más fácil cuando el hombre del que te ocupas es un testarudo. ¿Te apetece un café?

—En realidad, ahora prefiero el té.

—¿Té? —replicó Grace, sin dejar de mirar la bolsita que Mark tenía entre los dedos—. ¿Y esto me lo dice el hombre al que he visto consumir un litro de café de la comisaría sin pestañear?

—He pasado página. Si pudieras calentarme un poco de agua, te lo agradecería.

—Claro.

A los pocos minutos, Mark tenía su té delante de él. Grace se volvió a llenar la taza de café.

—Además de los bollitos de canela, tenemos croissants y magdalenas de semillas de amapola.

—Supongo que todos ellos preparados por Morgan.

—Correcto. Voy a echarla de menos cuando se case y se marche de esta casa.

—¿Cuándo es la boda?

—El día de San Valentín. Se va a casar con Alex Blade. ¿Lo conoces?

—Blade... Cuando estuve trabajando aquí, él trabajó en un par de misiones con Sara Rackowitz, una de nuestras agentes. ¿Estás segura de que Morgan tiene la edad suficiente para casarse? —añadió, con una sonrisa—. La última vez que la vi, acababa de sacarse el carné de conducir. Y llevaba aparatos en los dientes.

—Hace mucho tiempo de eso, Mark.

—Es cierto.

—Bueno, agente Santini, ¿me vas a hablar ya sobre el caso en el que vamos a trabajar?

—Por supuesto —respondió él, agradecido de que el comentario de Grace lo hubiera ayudado a sacudirse la nostalgia—. ¿Te suena el nombre de Landon Grayson? —añadió, tras abrir la carpeta que llevaba.

—Más o menos —dijo ella, con ironía—. Sólo se trata de uno de los hombres más poderosos del Senado de Estados Unidos.

—El más poderoso. Por eso estoy aquí. El presupuesto anual del FBI está a merced de Grayson.

—¿Y cómo es que él está implicado en este caso?

—La hija de Grayson murió aquí poco después de haber dado a luz en una clínica estatal. Aparentemente, murió por complicaciones asociadas con el parto.

—Si no fue víctima de un crimen violento, ¿por qué estás tú aquí? ¿Por qué no utilizar un agente de la oficina local si lo que quiere Grayson es que el FBI investigue el caso?

—Al principio fue eso lo que hicieron. Es mejor que te lo cuente todo desde el principio.

—Bien.

—Por lo que parece, la hija de Grayson, Andrea, era una muchacha muy cabezota y testaruda. Aparentemente, era capaz de dar un nuevo significado a la palabra «*rebelde*». El senador y ella jamás se llevaron bien.

—¿Y la madre?

—Murió cuando Andrea era una niña. A lo largo de los años, Andrea se escapó en un par de ocasiones. La policía siempre la encontraba y la devolvía a su casa, pero cuando cumplió quince años, comprendió lo que tenía que hacer para que no la encontraran. Hizo que le falsificaran un carné a nombre de Allynn Jackson, el nombre de soltera de su madre. Cuando el senador y ella volvieron a tener

otra discusión, se marchó de la casa y desapareció.

— ¿Cuánto tiempo hace de eso?

— Unos tres años.

— Y ahora está muerta.

Mark asintió y sacó una fotografía de la carpeta. En ella se veía una muchacha sonriente y llena de vida.

— Ésta es la fotografía más reciente que el senador tenía de ella. Fue tomada justo antes de que se marchara de casa la última vez.

— Parece tener más de quince años.

— Estuvo por todo el país, utilizando su aspecto más maduro y una voz más que aceptable que heredó de su madre para cantar en bares con grupos de música country. Si alguien cuestionaba la edad que decía tener, sacaba un carné falso que la situaba en la mayoría de edad. También trabajaba como camarera en esos bares y daba clases de baile.

— ¿Mantuvo algún contacto con su padre durante ese tiempo?

— Dos veces. Justo después de que Andrea se marchara de casa, Grayson contrató a un detective privado para que la encontrara. De algún modo, el detective descubrió que estaba utilizando el nombre de soltera de su madre y la localizó en Kansas. El informe que tengo en esta carpeta no dice cómo, pero Andrea se enteró de que ese tipo trabajaba para el senador. Llamó a su papá y le dijo que si no le pedía a su detective que dejara de seguirla, desaparecería de su vida para siempre y no volvería a tener contacto alguno con él.

— Supongo que el senador aceptó.

— Sí. Andrea era su única hija y él se culpaba de que fuera tan rebelde.

— ¿Porqué?

— Cuando su esposa murió, el senador trató de superar su pena enterrándose en su trabajo. Contrató a una niñera tras otra para que se ocuparan de Andrea.

— Básicamente, la niña perdió a su padre y a su madre al mismo

tiempo.

—Más o menos. Hace un mes, el senador regresó de un viaje y vio que tenía un mensaje de Andrea en su contestador privado. Ella reconocía que habían tenido sus diferencias y le dijo que quería que hicieran las paces. Añadió que estaba embarazada y a punto de dar a luz. Después de preguntarle si podía llevar al bebé a la casa de su padre, le aseguró que volvería a llamar dos días después para que él pudiera darle una respuesta. Aparentemente, estar embarazada le hizo ver las cosas desde otra perspectiva.

—Saber que viene un bebé de camino suele producir ese efecto.

Mark levantó la mirada. La voz de Grace se había vuelto muy suave, adoptando una tristeza casi melancólica, igual que le había ocurrido a sus ojos.

—¿Ocurre algo?

Los ojos de Grace se aclararon cuando le devolvió la fotografía.

—Nada más que el hecho de que una mujer joven ha muerto. En el mensaje, ¿dijo Andrea dónde estaba?

—No, pero Grayson sacó el número por el identificador de llamadas de su contestador. Ella no volvió a llamar cuando dijo que lo haría, por lo que su padre se puso en contacto con el director del FBI y le pidió ayuda para descubrir el lugar desde el que ella había llamado. El número correspondía a un lugar llamado *Usher House* en Oklahoma.

—Lo conozco muy bien —afirmó Grace, tras tomar un sorbo de café—. Una mujer llamada Millie Usher estableció ese albergue hace unos cinco años para acoger a muchachas embarazadas y sin casa.

—Recibe fondos de la iglesia, ¿verdad?

—Así es, pero Millie abre la puerta a chicas de todas las confesiones. Sus reglas son muy sencillas: No se permiten drogas, ni alcohol, ni hombres. Supongo que ahí es donde entra el agente del FBI local. Fue a *Usher House* para ver si Andrea seguía allí.

—Así es. No encontró que hubiera habido allí ninguna Andrea

Grayson, pero cuando mostró su fotografía, varias personas la identificaron como Allynn Jackson y dijeron que había vivido allí algún tiempo. Cuando nuestro agente preguntó por el padre del niño, dos chicas que había allí alojadas le dijeron que Andrea no conocía el nombre de ese tipo, sino sólo que era un camionero que estaba de paso por la ciudad. Millie Usher afirmó que cuando Andrea se presentó en el albergue, afirmó que había decidido dar al bebé en adopción. La decisión de Andrea era tan firme que ya había hecho que alguien de la clínica la ayudara a rellenar el papeleo para legalizarlo todo.

—El carné que tenía la declaraba como mayor de edad y seguramente afirmó que no tenía familiares y que no conocía la identidad del padre.

—Correcto —dijo Mark—, lo que según las leyes de adopción de Oklahoma, daba vía libre al estado para que se ocupara de la adopción del bebé.

—Sin embargo, en algún momento entre el instante en el que Andrea llegó a *Usher House* y en el que llamó a su madre, la muchacha cambió de opinión sobre la adopción.

—Parece lógico pensar así.

—¿Descubrió vuestro agente lo que la hizo cambiar de opinión?

—No. Poco después de que Andrea llamara por teléfono a su padre, se presentó en la clínica porque estaba de parto. Según nuestro agente, no le dijo a nadie que había decidido quedarse con el niño. Andrea dio a luz a una saludable niña un par de horas más tarde. Después, tuvo una hemorragia muy fuerte y falleció por la repentina pérdida de sangre.

—¿Qué le ocurrió a la niña?

—Por los papeles que Andrea había firmado con anterioridad, la pequeña fue entregada a una agencia de adopciones con las que trabaja el estado y que se llama *Loving Arms Adoptions*. Dado que Allynn Jackson no le dio a la clínica el nombre y la información de

cómo contactar a un pariente cercano, su cuerpo fue donado a la facultad de medicina.

—¿Cómo se tomó el senador esa noticia? —quiso saber Grace.

—Aparentemente, con una gran ira acicateada por la pena que sentía.

—Ya me lo imagino. Entonces, ¿cómo fue que el agente Santini terminó con este caso en su agenda?

—No por nada que yo hubiera hecho —replicó Mark, muy secamente—. Grayson conocía mi nombre porque yo testifiqué ante un comité que él preside. Pidió al director que me asignara la tarea de recuperar el cadáver de su hija e investigar la adopción de su nieta.

—¿Quiere criar él a la pequeña?

—Así es —replicó Mark, con una mirada llena de ironía—. Probablemente espera compensar así a Andrea por lo mal que lo hizo con ella.

—¿No crees que sea sincero?

—Tal vez nunca le puso a Andrea la mano encima, pero mantuvo la distancia durante años. Abusó de ella emocionalmente. Eso puede hacer tanto daño como las palizas reiteradas. El daño no se muestra sólo en el exterior. ¿Quién dice que no va a tratar a su nieta del mismo modo?

Sin previo aviso, Mark sintió que el dolor de la vieja amargura volvía a apoderarse de él. Agarró con fuerza la taza. Siempre se había esforzado por mantener lo que le había ocurrido de niño donde debía estar: En el pasado. Siempre en el pasado. Aquellos viejos sentimientos acababan de salir a la superficie, dejándolo completamente vulnerable, una sensación que le resultaba completamente desconocida.

—Mark, ¿llegaste a conocer a Andrea Grayson?

Él levantó el rostro para encontrarse de lleno con los ojos de Grace. Ella era la única persona con la que había sentido la tentación

de compartir los detalles de su pasado. Menos mal que no lo había hecho. En aquel momento eran colegas. Sólo tenían en común sus trabajos.

—No, no la conocí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te comportas como si hubiera algo personal en este caso.

—El hecho de que muera una persona joven siempre me resulta muy personal. Andrea está muerta y por mucho que él lo desee, el senador no puede dar marcha atrás y enmendar las cosas. Lo que sí puede hacer es mover algunos hilos y eliminar la burocracia. Ahí es donde entro yo y por qué me pasé todo el día de ayer tratando de conseguir una orden judicial para que la facultad de medicina nos devuelva el cadáver.

—Por el bien de todos, espero que lo hayas conseguido.

—Sí. Los estudiantes de medicina están ahora de vacaciones, por lo que el cuerpo se encuentra en el mismo estado en el que llegó a la facultad. Grayson hizo que un avión privado lo recogiera anoche y lo llevara a Washington. Dado que ella murió con la asistencia de uno de los médicos de la clínica, no se le realizó autopsia. El senador quiere asegurarse de que se le ha dicho la verdad sobre la muerte de su hija, por lo que ha requerido a una empresa privada que se le realice la autopsia.

—Si existen sospechas sobre la muerte, el hecho de que el cadáver haya sido embalsamado no ayudará en absoluto.

—Así es. Según tengo entendido, tendrán que comparar muestras de los fluidos para embalsamar que han utilizado con los que ya se encuentran en el cuerpo para poder comprobar si existen elementos o componentes ajenos. La autopsia debe de estar realizándose en estos instantes —añadió Mark, tras mirar el reloj que había sobre la cocina.

—Supongo que eso significa que tú y yo vamos a llevar la orden judicial que mencionaste ayer a *Loving Arms Adoptions* para que

podamos encontrar a la hija de Andrea, ¿no es así?

—Eso es lo primero que tenemos que hacer.

—Suponiendo que la autopsia no muestre nada fuera de lo común, si los archivos de la adopción han sido sellados por un tribunal, no dejarán que dispongamos de ellos, a pesar de la orden judicial.

—Es cierto y es posible que nos encontremos con eso, pero también es posible que la adopción aún no se haya llevado a cabo y que la agencia no esté sometida todavía a ninguna orden judicial. Si ése es el caso, nuestra orden los obligará a dejarnos ver los archivos que tengan sobre la hija de Andrea Grayson. Si la niña está aún bajo la custodia de la agencia, el senador podrá enviar a un montón de abogados para que consigan que le entreguen a su nieta.

Grace se puso de pie y vertió en el fregadero el café que tenía en la taza. A continuación, se dio la vuelta y se sacudió el cabello.

El gesto era tan familiar que Mark sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se la imaginó tumbada en la cama, con el cuerpo húmedo por el sudor del acto sexual y las cálidas y sedosas piernas aún enredadas con las de él. Tras compartir algún comentario que los había hecho sonreír a ambos, ella habría echado la cabeza hacia atrás y se habría sacudido la gloriosa cabellera. Mark le habría introducido los dedos entre los oscuros mechones y la habría hecho caer de espaldas sobre la cama para perderse de nuevo en ella.

—Bueno, si todo sale bien, tu trabajo aquí podría ser muy breve —comentó ella.

Él la miró a los ojos y trató de refrenar la visión erótica y los recuerdos que la acompañaban. Había estado con otras mujeres después de Grace, pero las relaciones habían sido muy espaciadas, sin vínculos emocionales. Ninguna otra mujer le había procurado la misma sensación de plenitud.

—Así es —respondió—. Con un poco de suerte, todo estará bien atado muy pronto.

—Entonces te marcharás.

—Ése es el plan —afirmó Mark.

Había notado que los dedos de Grace se le flexionaban ligeramente sobre la rodilla.

—Por supuesto, Santini. Tú siempre tienes un plan. Y la fuerza de voluntad necesaria para llevarlo a cabo.

—Las cosas salen mejor así, McCall.

—Como si no lo supiera —replicó ella.

—¿Estás lista para marcharnos?

—Voy a por mi abrigo y mi bolso. Espérame en la puerta principal.

—De acuerdo.

Mark observó como ella se marchaba, envuelta en los efluvios de la acogedora y cálida cocina. Mientras escuchaba como subía por la escalera, se dio cuenta de que aún la deseaba.

Mala suerte.

Capítulo 3

Grace no quería pensar en lo natural que le había resultado volver a tener en su cocina a Mark Santini. Ni en lo vacía que se había sentido cuando él había reconocido que se marcharía. Otra vez.

Por supuesto que lo haría. Iba de ciudad en ciudad, de caso en caso y seguía adelante con su vida. Ella se había pasado la mayor parte de la noche anterior dando vueltas en la cama, recordando su errante estilo de vida. Recordándose que estuviera donde estuviera, el agente especial Santini siempre iba de camino a otra parte. Su paradero estaba a merced del FBI y así le gustaba a él.

En aquellos momentos, mientras caminaba entre la espiral de copos de nieve hacia el edificio que albergaba *Loving Arms Adoptions*, Grace decidió que no iba a volver a consentir que sus hormonas reaccionaran ante un rostro arrollador y un elegante modo de vestir como lo habían hecho hacía seis años. Era una mujer mucho más inteligente, más sabia y se había llevado suficientes palos como para saber que no podía tener todo lo que deseaba, lo que en realidad no importaba, dado que ella ya no deseaba a Mark Santini.

No deseaba la compañía de ningún hombre. Admitió que la profunda pena que había sentido por la pérdida de Ryan, y más tarde del hijo que esperaba, la habían llevado a protegerse por completo de sus sentimientos. Si alguna vez conseguía librarse de todas las capas que la protegían y decidía buscar otro hombre, se fijaría en alguien como Ryan.

Su marido había sido un hombre tranquilo y bueno, tan constante como la salida del sol, un hombre que ansiaba sentar la cabeza y criar

un montón de hijos. Una vez más, sintió la amargura del arrepentimiento. Jamás había considerado a Ryan como un amor de rebote. Sin embargo, cuando él escuchó por casualidad una conversación después de que los dos se casaran sobre la razón por la que Grace había ido a Virginia a ver a Mark, ella comprobó que así era precisamente como se sentía Ryan, como el hombre con el que ella se había conformado. Como el segundo plato.

Ryan y ella casi acababan de empezar a salir cuando ella realizó ese viaje. Grace había presentido algo especial en él, aunque sabía que no podría seguir adelante hasta que hubiera resuelto lo suyo con Mark. Por eso, se marchó a Virginia por si Mark y ella podían unir sus estilos de vida. Entonces, descubrió que él ya había pasado página con una rubia de largas piernas que trabajaba en la Casa Blanca.

Se lamentaría durante el resto de su vida de que Ryan hubiera escuchado aquella conversación. Se lamentaría de lo mucho que a él le había dolido. Llevaba muerto casi tres años, pero el arrepentimiento seguía pendiendo sobre ella como si se tratara de un humo negro y asfixiante.

Lo que no necesitaba, ni tenía intención de crear, era arrepentirse de más cosas por Mark Santini. Por lo tanto, decidió que no prestaría atención alguna a la enloquecedora química que la atraía hacia él y se concentraría en su trabajo. Después, dejaría que él se marchara.

— Esperemos que todo salga bien — dijo Mark, mientras le abría la puerta principal del edificio.

Grace asintió y entró en vestíbulo. Sabía que él quería resolver aquel asunto lo más pronto posible porque así podría dedicarse antes a su siguiente misión. Se desabrochó el abrigo y culpó al brusco cambio de temperatura entre el exterior y el interior del edificio del nudo que se le había formado en la garganta.

Se dirigieron hasta el mostrador de recepción, donde una mujer los saludó con una sonrisa.

— ¿Puedo ayudarlos?

Los dos le mostraron sus placas y a continuación, Mark le dijo que quería hablar con la directora de la agencia.

—¿Tienen cita con la señora Quinten?

—No, pero tenemos una orden judicial —dijo él, secamente—. Si su jefa está demasiado ocupada para vernos, le entregaremos la orden a usted.

—Esperen aquí.

La mujer se levantó de su silla como un resorte y echó a andar por un pasillo.

—Siempre se te dio muy bien conseguir que una mujer te prestara atención, Santini —dijo Grace.

—Es un don —replicó él, con una sonrisa.

Grace trató de no prestar atención al deseo que aquella sonrisa le despertaba en el vientre. Aquel hombre era como una fuerza magnética, que la atraía irresistiblemente cuando lo único que ella deseaba era mantener las distancias.

Justo en aquel momento, la recepcionista regresó y los acompañó a un enorme despacho. En el centro, había un escritorio de madera tras el que se sentaba una mujer de cabello gris y penetrantes ojos azules.

—Me llamo Patsy Quinten —dijo, indicándoles que tomaran asiento—. Ahora que ya han conseguido provocarle un ataque de nervios a mi secretaria, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Estamos buscando un bebé —dijo Mark.

—Sí. Lo mismo les ocurre a todos los que vienen a esta agencia.

—En concreto una niña —añadió él.

A continuación, le dio a la señora Quinten la fecha en la que Andrea Grayson había dado a luz. Mientras le explicaba los hechos del caso, Grace le entregó a la señora Quinten una copia del formulario que Andrea había firmado para dar a su hija en adopción.

—Si la niña ya ha sido adoptada, nos gustaría saber por quién —concluyó.

La mujer estudió el formulario y después de un instante, se le reflejó una extraña mirada en los ojos.

—Necesito comprobar una cosa —anunció. A continuación, encendió su ordenador y empezó a teclear. Después de un momento, lanzó un suspiro—. No puedo ayudarlos.

—Tenemos una orden judicial para que nos entregue todo lo referente a esa niña —insistió Mark—, y también el consentimiento escrito del abuelo biológico de la pequeña para que nos muestre todo lo relativo a ella. Si es necesario, la sargento McCall puede ponerse en contacto con el juez para que autorice una orden de registro para que podamos buscar toda la información que necesitemos.

—La sargento McCall y usted pueden presentarme una docena de documentos legales, agente Santini, pero no les reportarán la información que están buscando. Simplemente, no tenemos registro alguno sobre esa niña.

—¿Quiere usted decir que la adopción se ha llevado ya a cabo legalmente y que los archivos de la pequeña están sellados? —preguntó Grace.

—Lo que quiero decir es que no tenemos registro alguno. *Loving Arms* no se ha ocupado de esa adopción.

Mark le indicó la copia del documento que le había mostrado a Quinton.

—El formulario que Andrea Grayson rellenó en la clínica específica que iba a ser esta agencia la que se iba a ocupar de la adopción —afirmó.

—Ese documento está equivocado —replicó la señora Quinton, llena de preocupación—, y en más de una cosa.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Grace.

—Como ya les he dicho, *Loving Arms* no se comprometió a ocuparse de la adopción de esa niña. Además, hay un problema con la firma que aparece al pie del documento. No puede estar bien.

—Hay dos firmas al pie de este documento —afirmó Mark—. La

del médico que trató a Andrea Grayson y la de la trabajadora social de los servicios infantiles que recogió a la niña de la clínica. ¿Cuál de las dos firmas no está bien?

—La de la trabajadora social —replicó Patsy Quinton—. La mujer cuya firma aparece en ese formulario dejó su trabajo hace unos dos años y se marchó del estado.

Horas más tarde, Mark estaba sentado al lado de Grace en otro despacho. Las señales de alarma no dejaban de resonarle en el cerebro. Había aprendido hacía mucho tiempo a escuchar a sus instintos y éstos le decían que no había sido simplemente un error burocrático lo que había hecho que la hija de Andrea Grayson desapareciera de la faz de la tierra. La niña se había evaporado. La madre estaba muerta. ¿Una coincidencia?

Miró al reloj que había sobre una de las paredes del pequeño despacho. Tenía que llamar a Washington para saber si se había llevado a cabo la autopsia de Andrea Grayson. Si era así, tenía algunas preguntas que hacerle al forense, pero en aquellos momentos, lo que quería era que el médico que había ayudado a Andrea en el parto le respondiera a unas cuestiones.

—No sé cómo ha podido ocurrir esto —dijo el doctor Thomas Odgers, tras examinar con incredulidad los contenidos del informe. Estaba tan pálido como la bata que llevaba puesta—. Yo... Yo... Simplemente no lo comprendo.

—¿Qué le parece si yo le dijera lo que sí comprendo, doctor Odgers? —le preguntó Grace, con voz suave—. Usted trajo al mundo a una niña en esta clínica. La madre murió después bajo sus cuidados. Esta clínica, de la que usted es director, tiene documentos que afirman que la niña fue recogida por una trabajadora social de los servicios infantiles para una adopción de la que tenía que ocuparse la agencia *Loving Arms*.

—Así es —afirmó el médico, tras mirar de nuevo los papeles.

—Una de las cosas que no está en orden es la firma de la

trabajadora social —añadió Grace.

—¿Está usted segura de eso, detective McCall?

—Sargento McCall y sí, estoy completamente segura. Esta mañana, el agente Santini y yo hemos estado en la agencia de adopción y luego en las oficinas de los Servicios para la Infancia. Alguien de esta clínica falsificó el nombre de una trabajadora social que dejó su trabajo hace dos años.

—¡Dios Santo!

—La otra cosa que no es correcta en este formulario es el nombre de la agencia que debería haberse hecho cargo de la adopción. *Loving Arms* no tiene constancia alguna de esa niña.

Mark observaba atentamente a Grace. Desde que se conocieron, seis años atrás, cuando trabajaron juntos por primera vez, se había sentido muy impresionado por la habilidad e intuición de ella para llevar a cabo los interrogatorios. Seguía estándolo.

—El estado tiene contratos con tres agencias de adopción diferentes —señaló Odgers, algo nervioso—. Estoy seguro de que se trata de un error sin importancia. Hemos escrito el nombre de la agencia equivocada. Eso es todo.

—No, no es todo. El agente Santini y yo hemos preguntado en las otras dos agencias que tienen contratos con el estado y ninguna de ellas se ha ocupado de la niña.

—Yo... Yo no sé qué pensar —susurró Odgers, con el rostro cubierto de sudor—. No lo sé...

Mark se levantó y se colocó de pie al lado de Grace.

—Pues le sugiero que se le ocurra algo, doctor —dijo—. Como le ha dicho la sargento McCall, el rastro de la hija de Andrea Grayson empieza y termina aquí.

—Sólo le puedo decir lo que sé. Yo traje al mundo a esa niña y la examiné antes de que la trabajadora social viniera a llevársela. Le juro que ésa fue la última vez que vi a esa pequeña.

—¿Vio usted quién recogió a la niña? —le preguntó Grace.

—No, pero yo nunca suelo ver a los trabajadores sociales. Estoy en consulta con mis pacientes o aquí, ocupándome del papeleo. Estoy seguro de que hay una explicación lógica para todo esto.

—Eso espero, doctor —repuso Mark—. Si viniera ahora mismo una trabajadora social para hacerse cargo de un niño, ¿con quién hablaría?

—Hoy, con Yolanda.

—¿Hoy? —repitió Grace.

—Es porque Iris no está. Iris Davenport. Han operado a su hermana, por lo que está con ella mientras se recupera. Normalmente, Iris es la que se ocupa del papeleo en todas las adopciones. Además, ahora me acuerdo de que Iris me ayudó en ese parto.

—¿Dejó que una secretaria lo ayudara en un parto? —preguntó Grace, frunciendo el ceño.

—¡No, por Dios Bendito, claro que no! Iris es enfermera, y muy buena. El personal de administración tiene mucho trabajo y por eso Iris se ocupa de los informes de adopción. Los de administración están encantados de contar con su ayuda.

—Doctor —dijo Mark, muy serio, tras volver a tomar asiento—, si sabe lo que le ocurrió a la hija de Andrea Grayson, es mejor que nos lo diga ahora mismo.

—No lo sé. Me sentí muy mal cuando la madre murió. El parto había sido muy fácil y ella parecía estar bien. Minutos después, empezó a tener una fuerte hemorragia. Yo traté de salvarla. Soy médico desde hace cuarenta años y mi trabajo es salvar vidas. Le aseguro que no sé lo que le ocurrió a esa niña, pero es muy importante que la encuentren. En este sentido, tienen mi total cooperación.

A pesar de que su instinto le decía que el médico estaba diciendo la verdad, Mark tenía la intención de investigarlo completamente. Intercambió una mirada con Grace y comprobó que ella estaba de

acuerdo con él. Volvió a centrar su atención en Odgers.

—Doctor, ¿han tenido otras muertes similares?

—No estará usted sugiriendo que...

—No estoy sugiriendo nada —afirmó Mark—. Le estoy haciendo una pregunta, una de las muchas que tendrá que responder. ¿Han muerto otras mujeres en circunstancias similares después de dar a luz?

—Una. Hace casi un año, creo. La joven no era paciente mía, por lo que no conozco muy bien los detalles. Lo que sí sé es que la atendió el doctor Normandy. La paciente dio a luz a un niño muy saludable y luego se desangró hasta morir.

—¿Qué le ocurrió al niño? —preguntó Grace.

—Yo... No tengo ni idea. Tendré que consultar los archivos.

—Hágalo. Y queremos ver al doctor Normandy —le ordenó Mark.

—Lo dejó hace un tiempo. Aceptó un trabajo en un hospital de Chicago para estar más cerca de la familia de su esposa.

—Necesitamos su expediente personal —le dijo Mark—. ¿Qué enfermera ayudó a Normandy cuando esa mujer murió desangrada después de dar a luz?

—Tendré que comprobarlo —contestó Odgers. Se giró hacia el ordenador y empezó a teclear. Un instante más tarde, cerró los ojos—. Iris —añadió—. Iris Davenport fue la enfermera que asistió también en ese parto.

—No has conseguido tu deseo —dijo Grace, mientras Mark la seguía a través del porche de entrada a su casa. La oscuridad de últimas horas de la tarde se iba transformando rápidamente en una gélida penumbra, por lo que tuvo que esforzarse un poco para conseguir meter la llave en la cerradura. Como Morgan y Carrie aún no habían llegado, la luz del porche estaba apagada.

—¿Qué deseo? —le preguntó Mark.

—Esta mañana dijiste que esperabas que las cosas fueran bien —contestó ella, mientras los dos entraban en el recibidor.

—En eso tienes razón. Las cosas no han ido nada bien —afirmó él antes de cerrar la puerta.

—Lo único que tenemos son demasiadas preguntas que nadie parece capaz de contestar.

—Alguien siempre tiene las respuestas —replicó Mark—. Sólo tenemos que descubrir de quién se trata y luego ir detrás de él o ella.

—Tienes razón —observó Grace. Se quitó los guantes y el abrigo y abrió la puerta del pequeño armario del recibidor—. He trabajado en casos de secuestros infantiles, pero principalmente se trataba de uno de los progenitores que le arrebatava el niño al otro. Aunque se desconocía el paradero del niño, yo estaba completamente segura de que estaba a salvo. De que alguien lo cuidaba.

—Ésa no es la clase de secuestros para los que me llaman a mí. Hay muchos desgraciados sueltos.

Sin decir nada, Grace colgó los abrigos de ambos. Efectivamente, los dos habían visto demasiada maldad, pero ella siempre esperaba un final feliz. Sin embargo, no estaba segura de que Mark pensara lo mismo dada la naturaleza del trabajo que él llevaba a cabo.

—¿Quieres que trabajemos en el salón? —le preguntó Mark.

—No. Hagámoslo en la cocina mientras cenamos. Estoy muerta de hambre y tú también deberías estarlo, dado que casi no has tomado nada para almorzar.

—Tomé una sopa.

—Caldo. Te tomaste un caldo, Santini. Sígueme y te mostraré la diferencia que hay entre caldo y sopa.

Veinte minutos más tarde, estando sentados con unos humeantes platos de sopa delante.

—Entonces, esto es sopa —dijo Mark, antes de tomarse otra cucharada.

—No le ha llevado mucho tiempo a un tipo listo como tú darse cuenta de los fideos caseros, los trozos de pollo y del resto de los nutritivos ingredientes.

—Soy un investigador profesional. Me percaté de la presencia de nutritivos ingredientes inmediatamente —bromeó él.

Se había quitado la chaqueta del trabajo, se había aflojado la corbata y desabrochado el cuello de la almidonada camisa. Grace sabía que aquélla era la primera vez que se había relajado desde aquella mañana y sentía que lo mismo le ocurría a Mark.

Presentía también que había sido una locura llevárselo a su casa si quería seguir mintiendo la relación en el ámbito profesional. Lo más sensato habría sido esperar la información que tenían que enviarles en el despacho de Grace, pero él parecía tan cansado...

¿Por qué tenía que importarle que lo estuviera? ¿Por qué tenía que preocuparse de un hombre que se había alejado de ella sin esfuerzo alguno hacía seis años?

—¿Te apetece mantequilla con el pan? —le preguntó a Mark, para no tener que seguir buscando respuestas a aquellas preguntas.

—No, gracias —respondió él—. Bran me dijo que la remodelación de esta casa fue un proyecto de la familia McCall en conjunto. Por lo que he visto, hicisteis un buen trabajo.

—Eso creemos.

—¿Cuánto tardasteis?

—Un par de meses —respondió Grace—. Mis abuelos se encargaron de supervisarlos todo. Nos decían lo que había que hacer como si fueran los oficiales al mando. Todos colaboraron excepto...

—¿Excepto quién? —preguntó él, asombrado al ver que ella no había querido terminar la frase.

—Fue justo después de que Ryan muriera. Entonces, yo caí enferma... La gripe...

Y con toda su salud tan vulnerable, sus defensas debilitadas, había perdido al hijo que esperaba. El último vínculo físico con Ryan.

—Grace...

—Me encanta esta casa —dijo, decidida a no dejarse vencer por los recuerdos—. Y a Carrie y a Morgan también. Haber tenido la

ayuda de toda la familia para reformar esta casa la hace aún más especial. Bueno, ¿quieres que repasemos ahora el caso? —añadió.

Se le había quitado el apetito.

—Sí —respondió él, tras observarla durante un instante. Entonces, abrió la carpeta—. Aquí tenemos lo que sabemos hasta ahora. Hace casi un año, una chica de quince años llamada DeeDee Wyman dio a luz a un hijo. El parto no tuvo complicación alguna y el niño nació muy saludable. De repente, la madre empezó a tener una fuerte hemorragia y murió. Seis meses después, Andrea Grayson acudió a la misma clínica para dar a luz y le ocurrió lo mismo que a Wyman, con la excepción de que la atendió un médico diferente y que dio a luz a una hija.

—Así es. Por lo que hemos averiguado en las tres agencias de adopción que tienen contratos con esa clínica, ninguna de ellas se ha ocupado de ninguno de los bebés, aunque los archivos de la clínica dicen lo contrario.

—Archivos que ha realizado Iris Davenport, la enfermera que asistió ambos partos, y que tienen la misma firma falsificada de una persona que ya no es trabajadora social.

—En este momento, Iris Davenport, que en la actualidad se encuentra en Kansas City cuidando de su hermana enferma, parece ser el único vínculo sólido entre las dos muertes y los dos niños parecen haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Están en alguna parte —afirmó Mark, tras comprobar su reloj—. Los datos que hemos pedido sobre Davenport y el doctor Odgers deberían estar a punto de llegar a tu fax. Y yo no debería tardar en recibir noticias del forense con los resultados de toxicología de la autopsia de Grayson.

—Esperemos entonces —dijo Grace.

Se levantó para recoger los platos y cuando lo hubo hecho, se dirigió al fregadero. Los enjuagó y al darse la vuelta, se encontró con una pared de sólido músculo.

—Lo siento —susurró Mark, tras agarrarla del brazo—, para evitar que perdiera el equilibrio.

—Yo... No sabía que estabas detrás de mí.

—Sólo estaba tratando de colaborar un poco para recoger.

Mark dejó la cesta de mimbre que contenía el pan al lado del fregadero, pero no hizo ademán alguno de apartarse de Grace. Ella notó inmediatamente la colonia que él llevaba puesta y que tan familiar le resultaba.

—Siempre... Siempre resulta agradable tener alguien que eche una mano en la cocina —consiguió decir.

Saber que estaba entre dos fuerzas aparentemente inamovibles como eran la encimera de granito y el musculado cuerpo de Mark provocó que se le calentara la piel.

Él la miró con intensa preocupación.

—Mira, Grace, no quería disgustarte antes. Al mencionar la casa, Bran me dijo que Morgan y Carrie la compraron casi al mismo tiempo que Ryan murió. No me paré a pensar antes de sacar el tema. Lo siento.

—No... No importa.

—Por el gesto que te vi en los ojos, evidentemente sí que importa. Ryan Fox tuvo mucha suerte de encontrarte.

—La afortunada fui yo —musitó.

Se le había olvidado lo fácilmente que la voz de Mark podía adquirir aquel tono íntimo. Estaban hablando de la muerte de su esposo, pero a pesar de todo, la sangre se le estaba caldeando al escuchar la voz de su antiguo amante.

Poco a poco, ella comenzó a dar pasitos de lado. ¿Y si Mark la tocaba? ¿Podría resistirse a él?

—Estoy seguro de que los últimos tres años te han resultado muy difíciles. No hay nada peor que perder a las personas a las que uno ama y necesita.

—Dime una cosa, Mark —replicó ella, recordando que él jamás le

había contado nada de su pasado, de su familia ni de lo que sentía por ellos —, ¿cómo sabes tú que perder a alguien es muy difícil?

—¿Cómo dices?

—¿Acaso has perdido tú a alguien, a alguien a quien amaras y a quien necesitaras? Tengo que preguntártelo, dado que nunca me has hablado de tu familia. No sé nada sobre ti. Nunca me dijiste nada sobre ti.

—Te equivocas, Grace. Tú me conociste mejor que nadie.

Lo único que Grace conocía de él era que su primer y único amor era su trabajo. No se molestó en recordárselo. Hacérselo ver no cambiaría el pasado ni el presente, como tampoco tendría impacto alguno en el futuro.

Justo en aquel momento, un teléfono resonó en el silencio de la casa.

—Es el fax —dijo Grace—. Deber de tratarse de la información sobre Odgers y Davenport.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando el teléfono de Mark comenzó a sonar. Él se lo quitó del cinturón mientras Grace salía de la cocina. Se dirigió hacia la pequeña habitación que sus hermanas y ella habían convertido en despacho. La máquina de fax no hacía más que escupir páginas.

Cuando regresó a la cocina, Mark seguía hablando por teléfono. Por sus comentarios, ella supo inmediatamente que se trataba del forense que había llevado a cabo la autopsia del cadáver de Andrea Grayson. Mientras él terminaba la conversación, se sentó y empezó a hojear la información sobre Odgers y Davenport.

Cuando Mark dio por terminada la llamada, parecía estar muy tenso.

—¿Malas noticias? —preguntó ella.

—El forense ha encontrado restos de un anticoagulante en las muestras de tejido sacadas del cadáver de Andrea Grayson. Que se desangrara hasta morir no fue casualidad. Alguien quería que

muriera.

—Para poderse llevar a su hija Mark, me da la sensación de que DeeDee Wyman murió víctima de la misma sustancia La asesinaron para llevarse a su hijo.

—A mí me parece lo mismo, lo que convierte a Davenport en la sospechosa número uno, dado que estuvo presente en ambos partos. ¿Hay algo interesante sobre ella en esa información?

—Tiene una multa por haber dejado su coche aparcado en una zona restringida.

—¿Y qué tiene eso de interesante?

—La dirección que aparece en la citación es Remington Park Racetrack.

—Muy bien. Eso significa que a Davenport le gusta apostar a los caballos. Para eso se necesita dinero.

Grace siguió examinando las páginas.

—Le mintió al doctor Odgers cuando le dijo que estaría en Kansas cuidando de su hermana enferma. Sería imposible, dado que Iris no tiene hermanas.

—¿Han conseguido localizarla por medio de sus tarjetas de crédito?

—En Las Vegas —contestó Grace, tras examinar nuevamente las páginas—. Iris se registró en el hotel *Gold Palace* hace un par de días. Parece que piensa quedarse al menos otra semana.

—El *Gold Palace* es uno de los lugares más caros. Apuestas a los caballos, jugar en los casinos... Todo eso necesita mucho dinero.

—Resulta muy interesante que una enfermera que trabaja en una clínica estatal tenga dinero suficiente para tomarse unas vacaciones tan extravagantes. Va a llevarnos tiempo repasar toda esta información, pero parece que estaba acosada por las deudas hasta hace un año. Entonces, recibió una cantidad de dinero. Se marchó de viaje a Tahoe y se alojó en un hotel casino.

—Eso fue justo después de la muerte de DeeDee Wyman y de la

desaparición de su hijo. Después, muere Andrea Grayson, su hija desaparece y la enfermera Davenport se marcha a otra ciudad en la que pueda realizar apuestas.

—Me imagino que estamos pensando lo mismo —concluyó Grace—. Davenport asesina a muchachas embarazadas a las que nadie eche de menos y luego vende los bebés para poder permitirse esos viajes.

—Es una pena que no podamos demostrarlo —dijo Mark, tras tomar asiento al lado de Grace—. El doctor Odgers dijo que todo el personal de la clínica tiene acceso a la sala de partos. Y a los recién nacidos.

—Y en lo que se refiere al papeleo, Davenport puede decir que alguien que utilizaba el nombre de la antigua trabajadora social se presentó y se llevó a los niños. En estos momentos, no podemos demostrar que no sea así.

—Lo primero que tenemos que hacer es descubrir lo que le ocurrió a DeeDee Wyman, Grace. Si su cuerpo no fue incinerado ni donado a la ciencia como el de Andrea Grayson, lo único que necesitaremos será una orden judicial para poder exhumarlo y pedir una autopsia. Si lo conseguimos, me da la sensación de que encontraremos rastros del mismo anticoagulante que en el de Andrea.

—Si no podemos atribuirle a Davenport esos asesinatos, no creo que ella confiese que se llevó los niños. Cada secuestro supondría una condena de muchos años de cárcel. Si mantiene la boca cerrada, tal vez nunca encontremos a esos niños. Ni a los cómplices de Davenport, si es que existen.

—Tienes razón, Grace —admitió Mark—. En este momento, no debemos acercarnos a Davenport como policías.

—Es una pena que eso sea precisamente lo que somos.

—Davenport no lo sabe. Y será lo último que sospeche si la conocemos por casualidad en Las Vegas.

—¿En Las Vegas? —preguntó Grace.

Inmediatamente, comprendió lo que Mark estaba tramando.

—Sí. Nos las arreglaremos para coincidir con ella y nos presentaremos como una pareja rica. Y desesperada por tener un hijo.

—¿No te parece que eres demasiado conocido como para trabajar con una tapadera así? —le preguntó Grace.

En realidad, temía tener que hacerse pasar por la esposa de Mark y compartir con él la misma habitación de hotel.

—Se me conoce bien en círculos policiales, pero como precaución, me cambiaré el color del pelo y me pondré las cejas más rectas.

—Dado que siempre prefieres trabajar con policías locales, tal vez sería mejor que te pusieras en contacto con el Departamento de Policía de Las Vegas para que te encuentren una policía local que pueda colaborar con nosotros —insistió Grace—. Mientras tanto, yo me quedaré aquí y seguiré investigando el pasado de Odgers y de Davenport.

—No. Si logramos acusar a alguno de ellos, los juzgarán aquí, dentro de la jurisdicción donde se cometieron los delitos. Si te supone un problema trabajar conmigo, dilo. Haré que asignen otra policía al caso.

—Me gusta terminar lo que empiezo —replicó Grace, con testarudez—. Quiero encontrar a esos niños y asegurarme de que están a salvo.

—En ese caso, tendrás que trabajar en el caso desde principio al fin. Tú eliges, Grace. ¿Estás dentro o fuera?

Grace trató de no prestar atención alguna a la tensión que se adueñaba de ella. Había creído que había superado a Mark, que aquella parte de su vida había quedado cerrada para siempre. No quería reconocer que a pesar del transcurso de seis años, Mark Santini aún podía producir un fuerte efecto en ella.

Tendría que ir a Las Vegas a hacerse pasar por su esposa. Lo

importante era lo que esperaban conseguir, la finalidad. Tenían que encontrar a aquellos niños. Había trabajado en muchas misiones en las que había tenido que hacerse pasar por otra persona. Todo era fingimiento. En aquella ocasión no sería diferente. Mientras se centrara en el trabajo, podría colaborar con Mark. Superarlo cuando él se marchara una vez más.

—Dentro —dijo, con voz serena.

Capítulo 4

En muy pocas ocasiones había visto Mark una investigación que se desarrollara con tanta rapidez cuando implicaba varias fuerzas policiales de lugares geográficos bien distantes. Sabía que aquella eficacia no se debía a una casualidad, sino al hecho de que una de las víctimas fuera la hija de un hombre muy rico y poderoso. Casi sentía cómo el senador Landon Grayson movía los hilos desde Washington. Su única hija había sido asesinada y su nieta secuestrada. Grayson presidía el comité que controlaba el presupuesto del FBI.

Todos los ciudadanos deberían ser iguales ante la ley pero el proceso era mucho más rápido y fácil para los ricos y poderosos, razón por la cual, apenas dos días después de que Mark y Grace obtuvieran los primeros indicios de que el caso Grayson era un homicidio y de que la principal sospechosa estaba en Las Vegas, los dos estuvieron en un avión. Tras un trayecto en limusina, se acomodaron en la suite de lujo que se les había reservado bajo dos nombres falsos.

En aquellos momentos, en el salón de la elegante suite, Mark le estaba dando un billete al botones que les había llevado el equipaje.

—Gracias, señor Calhoun —dijo el impecable botones, demasiado experimentado como para mirar el billete.

Mark sabía muy bien que los jugadores que iban a Las Vegas daban impresionantes propinas a los empleados de los hoteles en los que se alojaban. Sin embargo, la personalidad que había creado para él no era la de un jugador empedernido, sino la de Mark Calhoun de Houston, Texas, empresario del petróleo, del gas y de la energía

eólica.

A pesar de su riqueza, no era aficionado a los juegos de azar, sino a invertir en casas, vehículos y vacaciones que proporcionaban alivio a las tensiones y desilusiones de la vida diaria. Aquel viaje con su esposa estaba destinado a ser una de esas vacaciones, ya que los Calhoun acababan de recibir la noticia de que su tercer intento de fecundación in vitro había fracasado.

—Hay una máquina de hielo en el minibar —añadió el botones—, y hemos pertrechado el frigorífico y los armarios según las preferencias que su secretaria nos notificó.

—Bien.

En realidad, Grace había sido la encargada de redactar la lista, en la que se incluían varias cajas de la infusión para el estómago que él consumía habitualmente. Aun en el trabajo, siempre buscaba comodidad para todos los que la rodeaban.

—¿Hay algo más que la señora Calhoun o usted requieran en estos momentos?

—¿Dónde está la caja fuerte?

—En el armario que hay al lado del escritorio —contestó el botones, indicándole la zona de la suite que se había decorado como despacho—. Ponga usted la combinación que desee y luego bórrela antes de marcharse.

—Bien —comentó Mark.

Utilizarían la caja fuerte para guardar las pistolas y las placas durante su estancia. Además, Mark le añadiría un pequeño dispositivo en el que habría que meter tres combinaciones antes de que la caja se pudiera abrir.

—Cariño... —añadió, al ver que Grace salía del dormitorio—, ¿te agradan el resto de las habitaciones?

Igual que Mark se había alterado el color de cabello y cejas ligeramente, ella había cambiado también su aspecto. En vez de los jerséis y los pantalones que solía llevar, se había puesto un traje de

pantalón plateado y muy ceñido, con botas de tacón alto a juego. El cabello, que solía llevar recogido, le caía suelto sobre los hombros y se había maquillado más que de costumbre, lo que le daba un toque exótico y luminoso a su rostro. El brillo de labios que se había aplicado resultaba demasiado tentador como para que un hombre no deseara saber el gusto que tenía aquella boca.

Cuando Grace le dio la mano, Mark recordó lo especial que había sido lo que habían compartido antes de que ambos decidieran separarse y dejarlo morir. La parte lógica de su cerebro le decía que lo que estaba sintiendo en aquellos momentos eran los ecos del deseo y de la pasión que una vez había sentido por Grace. Y también el arrepentimiento.

¿Cuántas veces había repasado mentalmente su relación a lo largo de aquellos años, ajustando las necesidades y los deseos de ambos para conseguir un resultado completamente diferente?

Dado que las necesidades básicas no habían cambiado, Mark sabía que debería tener el sentido común de dejarlo estar. Sin embargo, en aquel momento, al tener la mano de Grace en la suya, la tentación lo atraía como una seductora sonrisa.

—Todo está bien —dijo Grace, dedicándole al botones una cortés y elegante sonrisa—. Había pedido un horario para el spa.

—Sí, señora Calhoun, está encima del escritorio. Cuando decida en qué momento desea visitar el spa, el encargado se ocupará de concertarle una cita.

—Gracias. Creo que ya no necesitamos nada más.

—Sí, señora.

Mark aspiró el dulce y sutil aroma que emanaba de Grace mientras los dos observaban como se dirigía el botones hacia la puerta. Cuando ésta se cerró, él sintió que los dedos de su compañera se tensaban. Sabía que debía soltarla, pero no deseaba hacerlo. Jamás había sentido con otra mujer la calidez del cuerpo de Grace ni el bienestar que ella le ofrecía.

Cuando ella se soltó, notó como le arañaba el diamante que llevaba como esposa de Mark Calhoun. Aquello hizo que Mark volviera a centrarse en el trabajo, por lo que se dirigió a la mesa en la que había dejado su maletín, metió la combinación y lo abrió.

Del interior del maletín sacó dos pequeños aparatos. Tal y como habían planeado de antemano, le entregó uno a Grace. Ella lo encendió inmediatamente y se lo mostró para que él pudiera ver que tenía una luz verde. A continuación, se dirigió hacia el dormitorio. Mark hizo lo mismo dirigiéndose hacia la zona donde estaba el escritorio.

Los dos pequeños dispositivos parecían cargadores de teléfonos móviles, pero en realidad detectaban las ondas emitidas por los aparatos de escucha. Mientras mostraran luz verde, Grace y él podrían hablar estando seguros de que nadie podía escucharlos ni grabarlos. De momento, no tenían motivos para sospechar que nadie los estaba vigilando, pero todas las precauciones eran pocas. Además, aunque sospechaban de Iris Davenport, no sabían quien le estaba dando el dinero para sufragar un estilo de vida tan extravagante.

—El dormitorio y el cuarto de baño también tienen luz verde — dijo Grace, cuando regresó al salón.

Llevaba una carpeta en la mano.

—Hasta ahora, todo va bien —replicó Mark. Entonces, tomó el horario del spa y empezó a pasar las páginas—. Parece que es el mismo horario que el que nos envió el FBI de Las Vegas.

—Según esa información —comentó ella, tras mirar el reloj—, Iris tiene clase de spinning dentro de una hora.

—Spinning —repitió Mark, atónito—. ¿Y qué diablos es eso? ¿Algún tipo de baile?

—Veo que no estás muy puesto en el lenguaje de los spa, ¿verdad, agente Santini?

—Es verdad, sargento McCall. Cuando tengo tiempo de hacer

ejercicio, lo hago en el gimnasio de la policía. Allí no se escuchan este tipo de términos.

—Te diré que spinning se refiere a las bicicletas estáticas. ¿Sabes el tiempo que ha pasado desde la última vez que monté en bicicleta, Santini? —le preguntó Grace, con un gesto triste en el rostro—. Sólo pensarlo me produce agujetas.

—Todo en cumplimiento del deber —comentó Mark, con una sonrisa—. Si te das prisa, podrás llegar a esa clase. Como tu complaciente marido, yo estaré encantado de llamar para reservarte una bicicleta mientras te cambias.

—Sí, gracias. Asegúrate de tenerme el baño preparado para cuando regrese. Estaría muy bien que me pusieras velas con olor a vainilla alrededor de la bañera y que me sirvieras una copa de buen vino para aliviar mis dolores.

—¿Y si me ofrezco también para frotarte la espalda? —preguntó él.

No se había parado a pensar antes de hacerle la pregunta. Si hubiera sido otra mujer, no habría tenido tanta repercusión, pero no era así. Era Grace, a la que había frotado la espalda con dedos jabonosos en numerosas ocasiones.

Por el modo en el que a ella se le oscurecieron los ojos comprobó que sus palabras habían conjurado los mismos recuerdos para ella. Recuerdos de los momentos en los que se habían bañado juntos, acompañados de suave música y de la luz de las velas. De las veces en las que sus cuerpos se habían unido bajo la cálida y jabonosa agua. De las ocasiones en las que le había acariciado la piel mientras le lamía los senos húmedos de agua perfumada. Como le había pasado hacía tanto tiempo, el deseo se apoderó de él.

—Grace...

—No, Mark —susurró ella. Empezó a alejarse de él, pero Mark se lo impidió.

—¿Que no qué? ¿Que no recuerdes la vida que compartimos?

¿Quieres decirme cómo puedo hacerlo? En los últimos años, ha habido veces en las que no he podido hacer otra cosa que pensar en ti. En el tiempo que estuvimos juntos. En lo que...

—De eso hace mucho tiempo —replicó ella, soltando la mano que él le había agarrado.

—Así es, pero en este momento me parece que fue ayer. Tal vez porque tú tienes el mismo aspecto —añadió, mirándola de arriba abajo.

—Pues no soy la misma. Acordamos centrarnos en el trabajo y hacer todo lo posible para descubrir qué les pasó a esas dos madres y a sus hijos. Tenemos que encontrar a esos pequeños.

—Lo haremos —prometió Mark—. Y recuerdo perfectamente lo que acordamos. El problema es que el pasado no desaparece tan rápidamente. Al menos, no para mí. Y el rubor que te cubre las mejillas me dice que para ti tampoco.

—No he olvidado. Ni los buenos ni los malos tiempos. Lo peor fue cuando nos marchamos cada uno por nuestro lado, y lo volveremos a hacer en cuanto resolvamos este caso. He tenido que decir adiós a muchas personas a las que quería. A Ryan... A ti... Ya no soy la misma mujer, Mark. Sé que no se me da bien decir adiós. Por eso, no pienso empezar una relación con un hombre cuando de antemano sé que eso será lo que tendré que hacer.

—Decir adiós es una de las cosas que se me da mejor.

—Entonces, parece que tú eres el que no ha cambiado.

—Cierto.

—Si no puedes trabajar conmigo de un modo impersonal, es mejor que te busques otra compañera. No es demasiado tarde, dado que aún no hemos establecido contacto con Iris Davenport.

—Tengo la compañera que deseo. Los dos somos profesionales, Grace. El trabajo es lo primero.

—Siempre lo ha sido —murmuró ella—. Por eso, sugiero que empecemos. Iré a cambiarme mientras tú llamas al encargado.

—De acuerdo.

Mark extendió la mano hacia el teléfono, pero en vez de tomar el auricular, observó cómo ella se marchaba, con movimientos tan gráciles como los de una bailarina. A cada paso que ella daba, sentía que el vacío que reinaba en su interior se hacía más profundo. Se había pasado años solo, sin necesitar a nadie. Sin embargo, siempre había pensado en ella y esos pensamientos lo habían reconfortado. Desgraciadamente, no era confort lo que sentía mientras observaba como Grace se marchaba, sino un profundo sentimiento de pérdida.

Casi una hora más tarde, Grace cerró la puerta del armario que la encargada del spa le había asignado. Se colocó una immaculada toalla blanca alrededor del cuello y decidió que debía de haber estado loca al sugerirle a Mark que le tuviera un baño preparado para cuando regresara a la suite. Un baño caliente siempre había sido su forma de relajación favorita, una rutina que Mark y ella habían compartido durante los meses que habían sido amantes.

Cuando él se ofreció a frotarle la espalda, pensó inmediatamente en el pasado. No se le habían olvidado los fuertes hombros, ni el amplio torso, ni las estrechas caderas ni los fibrosos muslos. Recordaba perfectamente la pasión que se le había reflejado en los ojos mientras le acariciaba los pechos bajo el agua... Para seguir a continuación con el resto de su cuerpo.

Tenía que admitir que había sido una agonía pasar los últimos tres días con Mark, no porque no hubiera querido estar con él, sino por todo lo contrario. Después de todo, era humana. Tenía necesidades físicas, unas necesidades que llevaban descuidadas mucho tiempo y que sabía que él podía satisfacer de un modo exquisito. No obstante, estaba segura de que Mark Santini no era el hombre adecuado para ella. No lo había sido seis años atrás y no lo era en aquel momento. Tenían vidas y prioridades completamente incompatibles. Nada había cambiado.

—Señora Calhoun, ¿se encuentra bien? —le preguntó la

encargada, haciéndole volver a la realidad.

—Sí, gracias. Estoy bien —respondió, con una sonrisa—. Simplemente no estoy deseando empezar con todas las clases a las que me he apuntado.

—Cuidaremos bien de usted, señora Calhoun —le aseguró la joven, mientras la acompañaba fuera del vestuario—. Le hemos reservado cita con la masajista después de cada sesión diaria. Confíe en mí. Cuando se marche de aquí, se sentirá completamente relajada. Permítame que la acompañe a la clase de spinning.

Grace dejó que la encargada la acompañara a través de las lujosas instalaciones del gimnasio. Cuando entraron en la sala en la que se encontraban las bicicletas estáticas, ella reconoció inmediatamente a Iris Davenport por las fotografías que había visto anteriormente. Tenía un rostro agradable, enmarcado por una melena pelirroja e iba ataviada con ropa de deporte de aspecto muy caro.

Las bicicletas estaban colocadas en semicírculo alrededor de la del monitor. Cuando la encargada la condujo a una de las de la primera fila, Grace se lo impidió.

—Utilizaré una de las de la parte de atrás —dijo, acercándose disimuladamente a la que estaba al lado de la de Iris—. Así, si me caigo, no me verá toda la clase.

—Lo va a hacer muy bien, señora Calhoun —le aseguró la encargada con una sonrisa—. Me llamo Keely. Pregunte por mí si necesita algo.

—¿Como una silla de ruedas? —bromeó Grace, con la esperanza de que Iris la oyera.

Tal y como había esperado, la enfermera se echó a reír.

—No se preocupe. Soy enfermera así que, si se cae, yo la atenderé.

—Gracias —contestó Grace—. Le tomo la palabra.

—Estas clases son matadoras, así que sé lo que quería decir con lo de la silla de ruedas —comentó Iris—. No recuerdo haberla visto por aquí antes. ¿Es su primera clase?

—Mi esposo y yo acabamos de llegar —contestó Grace, mientras se subía a la bicicleta—. Me llamo Grace Calhoun —añadió, mintiendo con facilidad.

—Iris Davenport.

—Mi marido y yo estamos aquí en una especie de segunda luna de miel. Mark ya se ha apuntado al curso de golf y dado que yo no juego, decidí que era mejor que me pasara el día aquí para compensar los postres que me pienso tomar durante este viaje.

—Yo estoy haciendo lo mismo.

—¿También está en su segunda luna de miel?

—No, no estoy casada. Aún no he encontrado al hombre adecuado. Estoy aquí para mimarme. Por cierto, no creo que tengas que preocuparte por los postres —añadió, tras mirarla de arriba abajo—. Tienes una figura excelente.

—Y tú también —afirmó Grace.

Y era cierto. Iris era alta y esbelta, con curvas en los lugares apropiados.

—Gracias. Solía pesar unos once kilos más, pero he logrado perderlos en un año. No pienso volver a engordarlos.

«*En un año*», pensó Grace, mientras la monitora empezaba la clase. Hacía casi un año, DeeDee Wyman había dado a luz a un hijo y había muerto poco después. El pequeño había desaparecido. Según la tarjeta de crédito de Iris Davenport, no había pasado mucho tiempo hasta que empezó a pagar las ingentes deudas de juego que tenía. El instinto policía de Grace le decía que Davenport era culpable de haber secuestrado a los pequeños para venderlos en el mercado negro.

Grace había investigado. Sabía que las parejas que querían adoptar a un niño a través de las agencias de adopción debían esperar más de cinco años, y que incluso entonces, no había garantías de que se les pudiera encontrar un niño ni de que éste estuviera sano o fuera de la misma raza que sus padres adoptivos. No era ningún

misterio que parejas con economías muy saneadas preferían lo que se denominaba una adopción privada.

Mientras pedaleaba, Grace miró a Iris y decidió que para alguien que estaba acosada por las deudas, la venta de un bebé recién nacido por una cantidad de cinco cifras debía de resultar una solución muy tentadora, aunque tuviera que cometer un asesinato.

Grace estaba de acuerdo con la teoría de Mark. La operación era demasiado complicada para que Iris lo controlara todo sola. Hasta aquel momento, el FBI no había podido vincular a Iris con nadie sospechoso, por lo que ganarse la confianza de la enfermera no sólo serviría para detenerla, sino también para descubrir a su cómplice.

Cuando terminaron la clase, las dos mujeres se dirigieron a la sala de masajes.

—Bueno, yo ya te he dicho a lo que me dedico —dijo Iris, mientras estaba tumbada sobre una camilla, completamente desnuda a excepción de una toalla sobre el trasero—. ¿Y tú? ¿En qué trabajas?

—Trabajaba en Houston como paisajista —replicó Grace, desde su camilla—. Ahí vivimos Mark y yo. Dejé mi trabajo hace seis meses. Ahora, no estoy segura de que mi decisión fuera la adecuada.

—¿Porqué?

—Mark y yo llevamos unos dos años tratando de tener un hijo —confesó ella, tras una pausa en la que fingió estar armándose de valor para hablar—. No hemos tenido suerte hasta ahora. Dejé mi trabajo pensando que el hecho de concentrarme en mi carrera podría tener un efecto adverso en la situación, pero no parece que eso fuera el problema.

—Estoy segura de que te sientes muy frustrada.

—Los dos lo estamos, aunque Mark se esfuerza mucho para no demostrarlo delante de mí. Sé que yo podría ser una buena madre y él un buen padre. Es tan cariñoso y afectuoso... Además, se preocupa porque no me falte de nada —añadió.

Sintió una enorme satisfacción cuando notó que Iris se fijaba en el enorme anillo de diamantes que se había dejado a propósito mientras hacía ejercicio.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Tiene negocios de petróleo y gas. Además, es dueño de otras empresas relacionadas con la energía.

—Entiendo...

—En realidad, nuestra segunda luna de miel es la única razón por la que estamos en Las Vegas. La semana pasada nos dijeron que el tercer intento de fecundación in vitro había fracasado. Mark pensó que nos vendrían bien unas vacaciones para ayudarnos a superar la desilusión.

—Debe de haber sido muy difícil para vosotros. Desear tan desesperadamente un bebé...

—Sí...

Sin previo aviso, la pena por el hijo que había perdido se apoderó de Grace. Sintió un nudo en el corazón al recordar lo contento que se había puesto Ryan al saber que estaba embarazada. Entonces, poco más de una hora después, su esposo estaba muerto. Semanas más tarde, ella tuvo un aborto. Los ojos se le llenaron de lágrimas sin que pudiera evitarlo.

—No quería disgustarte, Grace —susurró Iris, extendiendo la mano.

A pesar de su amabilidad, Grace notó que el cerebro de la otra mujer se ponía en funcionamiento.

—No me has disgustado. Lo he hecho yo sola. Siento mucho haberme echado a llorar —dijo, con una sonrisa—. Tengo una vida maravillosa y un esposo fantástico. No tengo nada por lo que llorar.

—Estoy segura de que todo se solucionará —afirmó Iris, apretándole suavemente la muñeca—. Y cuando tengas tu bebé, tu vida será mucho mejor.

Capítulo 5

Ataviado con unos pantalones color teja, un polo negro y un chubasquero, Mark entró en la suite a última hora de la tarde. Se quitó el chubasquero e hizo un gesto de dolor cuando sus doloridos músculos protestaron por los efectos de los dieciocho hoyos de golf que había jugado.

Cualquiera que lo hubiera observado habría pensado que no tenía vínculo alguno con los tres hombres que lo habían invitado a jugar con ellos. En realidad, el trío eran agentes del FBI, que habían puesto a Mark al día sobre las actividades de Iris Davenport desde que habían empezado a vigilarla.

Uno de ellos se encargaba con controlar sus llamadas telefónicas con el dispositivo que se le había instalado en el teléfono de su habitación. Otro se encargaba de obtener y examinar las reproducciones de las grabaciones de seguridad de las tiendas, del casino y de los restaurantes a los que acudía dentro del hotel. El otro se aseguraba de que la basura que se recogía de su habitación se le entregara a él.

Hasta aquel momento, Davenport no había hecho ni recibido ni una sola llamada telefónica. Cuando jugaba y comía, lo hacía a solas.

Dejó la tarjeta al lado de un jarrón y miró a su alrededor. No parecía que Grace hubiera regresado de su sesión en el spa. Mark esperó que su primer encuentro le hubiera reportado algo más de información sobre el tipo de persona con la que estaban tratando. A pesar de que su instinto les decía que Iris Davenport era culpable, no podían acusarla sin pruebas.

Hizo girar los hombros, que parecían estar anquilosándosele por minutos. Dado que Grace y él fingían ser marido y mujer, compartían el espacio del dormitorio y del vestidor para guardar sus ropas. Decidió que aquél era el momento perfecto para tomar una ducha y cambiarse.

Avanzó por el pasillo y entró en el dormitorio, que estaba tan lujosa y elegantemente amueblado como el resto de la suite. Sin poder evitarlo, se fijó en la cama, que era tan grande como el mar. Sabía que aquella noche, que todas las noches, tendría que dormir en el sofá del salón imaginándose a Grace en aquella enorme cama. Mentalmente, vio lo hermosa que estaba mientras dormía, con su maravilloso cabello negro revuelto, los labios entreabiertos y las pestañas cayéndole sobre las mejillas. Tal vez aquellos seis años la habían cambiado en el interior, pero físicamente, era la misma que Mark había conocido y amado. La misma mujer que deseaba en aquellos instantes.

De repente, escuchó un ruido, un gemido que parecía provenir de ninguna parte. Entornó los ojos y tras arrojar el chubasquero encima de la cama, se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño, que estaba cerrada.

—¿Grace?

Como no obtuvo respuesta, llamó con los nudillos. El ligero golpeteo provocó que se entreabriera la puerta, dejando escapar una oleada de vapor y el sonido de otro gemido.

Allí, en el enorme jacuzzi, vio a Grace, hundida hasta el cuello en el agua caliente y con el rostro cubierto por una toalla blanca. Estaba de espaldas a él, por lo que Mark pudo ver cómo le temblaban los hombros desnudos.

Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Se acercó a la bañera y le agarró un hombro.

—¿Qué te pasa?

Grace levantó la cabeza rápidamente. Su cuerpo se convulsionó

dentro de la bañera y envió una oleada de agua al suelo. Entonces, se cubrió los pechos con la toalla y lo atravesó con una mirada hostil por encima del hombro.

—Sal de aquí.

Estaba tan pálida como una muerta. Sus oscuras pestañas estaban humedecidas por las lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

—¡Maldita sea, Santini, suéltame! —dijo ella, tratando de hacer que él le soltara el hombro—. Déjame en paz.

—En cuanto me digas por qué estás llorando.

—No te importa —le espetó ella.

Con un rápido movimiento, se puso de pie casi al tiempo que se cubría con la toalla. A pesar de todo, Mark pudo ver sugerentes curvas y húmeda piel antes de que se cubriera.

—Claro que importa si tiene que ver con tu primera reunión con nuestra sospechosa.

—No tiene que ver —replicó ella.

Tras anudarse la toalla entre los pechos, salió de la bañera y al girarse para dirigirse al lavabo, se resbaló. Mark la agarró y logró ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Ten cuidado. Los suelos de mármol son muy resbaladizos cuando se humedecen.

—Gracias por el consejo. Dado que has entrado sin llamar, doy por sentado que necesitas utilizar el cuarto de baño. Suéltame y me marcharé.

—Llamé a la puerta, pero tú no me oíste porque estabas llorando. ¿Por qué, Grace? —quiso saber, sin soltarla.

—Necesitaba hacerlo. Déjalo estar, ¿de acuerdo? Algunas personas necesitan llorar de vez en cuando. Yo soy una de esas personas.

Mark, que había soportado con un control absoluto las situaciones más desagradables, como estar en prisión con asesinos

que no dejaban de maldecirlo o asistir a ruedas de prensa en las que se encontraban los padres de las víctimas de sus casos, sintió que se desmoronaba al ver a Grace con un aspecto tan frágil.

—Grace... —susurró. Notó que los ojos de su compañera estaban llenos de secretos justo antes de que ella los cerrara. Entonces, le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Te acuerdas de esa película que vimos? ¿La del perro que moría al final? Estuvimos diez minutos en el cine después de que se encendieran las luces porque tú no dejabas de llorar.

—Claro que me acuerdo. Fue muy triste. ¿A qué viene eso?

—Entonces me dijiste lo mismo. Que algunas personas necesitan llorar de vez en cuando.

—Es cierto.

—Entonces, no me gustó verte tan triste —musitó él, colocándole la mano alrededor de la garganta y sintiendo cómo el pulso de Grace le saltaba contra los dedos—. Igual que no me gusta ahora. ¿Qué es lo que te ha puesto triste hoy? —añadió, contemplándole los labios.

—La vida. La vida en general.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No necesitas que te responda. Yo no soy un sospechoso, Santini —replicó ella. Le había colocado las manos contra el pecho, pero no había tratado de apartarlo de su lado—. No puedes interrogarme. Cierra la puerta cuando te marches.

—Te aseguro que interrogarte no es lo que estoy pensando en hacer en estos momentos.

—Lo sé... Mira, Mark, que estés aquí no es bueno para ninguno de los dos.

—A mí me parece que sí —afirmó él. Deslizó los dedos hasta introducirlos en el cabello húmedo y le hizo levantar el rostro—. Es buenísimo...

Bajó la cabeza y colocó la boca sobre la de ella. Inmediatamente, sintió que el deseo se despertaba dentro de él. Empezó a mover los

labios presa de los recuerdos y del deseo. Cuando sintió que ella se echaba a temblar, la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo, atrapándole así las manos entre los cuerpos de ambos. La besó lenta y dulcemente primero, para deslizarle la lengua cuando notó que ella entreabría los labios. Juntos empezaron una danza de seducción.

Los dedos de Grace se cerraron sobre la camisa de Mark como si estuviera siendo zarandeada por una tormenta. Tal vez se habían dicho adiós para siempre, pero el fuego que ardía entre ellos indicaba una historia inacabada.

Mark le devoró la boca mientras ella se relajaba entre sus brazos. Cuando Grace pronunció entre gemidos su nombre, experimentó una profunda erección y se sintió como un hombre que se alimenta después de un largo ayuno. El beso se volvió salvaje. Ya no podía pensar más que en el cuerpo de Grace, en su delicioso sabor. Grace, sólo Grace, podía hacer que se olvidara del resto del mundo, de sus responsabilidades. Que se olvidara incluso de la oscuridad.

Hasta aquel momento, no había comprendido lo profundamente que había descendido al pozo negro en el que se encontraba. No sabía lo poco que le habían dejado de sí mismo todos los fantasmas de las víctimas a las que no había podido salvar. Tras descubrir la luz, el calor que provenía de Grace, no quería dejarlo escapar. Era su salvación.

Le metió una mano por debajo de la toalla y la colocó sobre la curva de la cadera. El deseo se apoderó de él como si fuera un tren que ha perdido el control. Deseaba poseerla allí mismo. Tumbarla en el suelo y hundirse en ella. Poseerla mientras ella gemía su nombre, antes de que recordara que no quería entregarse a un hombre destinado a marcharse. Un hombre al que no le quedaba más remedio que dar la espalda a la luz y a la comodidad que ella le ofrecía.

—Déjame que te tenga, Grace —susurró, contra los labios de su

compañera—. Ahora mismo.

Grace no podía respirar ni pensar. Toda lógica se había desvanecido y en su lugar, habían aparecido las sensaciones. El duro tacto del torso de Mark contra las manos. El urgente y desesperado contacto de su boca. El deseo, los acelerados latidos de su corazón, el eco de su alocado pulso.

Tras notar la mano de Mark contra la cadera, había perdido toda perspectiva. Lo único que podía experimentar era la llama del deseo, las sensaciones que le proporcionaban sus caricias. El deseo que sentía su interior era abrumador. Estaba cerca, muy cerca de rendirse. De ceder a la locura. A un paso de entregarse a las llamas que le ardían en la entrepierna y que se avivaban con los besos y el calor de los labios de Mark. Tan cerca de no importarle lo vacía y hueca que se sentiría cuando él volviera a marcharse...

Sin embargo, la parte de su cerebro que aún seguía funcionando le recordó que no era así. Que tan sólo unos instantes antes, había estado llorando por las personas que había perdido, una de las cuales era el hombre que la estaba besando en aquellos momentos como si el sabor de los labios de Grace supusiera un alimento para él.

Trató de aferrarse a la razón, pero descubrió que ya no tenía fuerzas para resistirse.

Mark le deslizó un muslo entre las piernas para obligarla a separarlas y poder acercarse más a ella. La firmeza de su erección llenó a Grace de una alocada sensación de pánico. La impaciencia y el deseo se mezclaron en un brutal y excitante ataque. La urgencia que emanaba del cuerpo de él resultaba imposible de rechazar. Grace quería recuperar la cordura, y al mismo tiempo, permanecer entre los brazos de Mark y sucumbir ante aquel mar de sensaciones.

Antes de que pudiera tomar la decisión de permanecer allí o salir huyendo, el sonido del timbre de la puerta resonó por toda la suite. Mark lanzó una maldición. Grace permaneció inmóvil entre los brazos de él, temblando. El timbre volvió a sonar.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó él.

—Yo no... No —susurró ella—. Tal vez sea el servicio de habitaciones.

—Si no responde nadie, entrarán. No queremos que hagan eso.

—No...

Mark se apartó de ella bruscamente.

—Regresaré enseguida.

Grace permaneció inmóvil mientras observaba como él salía del cuarto de baño. El corazón le latía alocadamente contra el pecho. Deseó desesperadamente encontrar algo que hacer para así no tener que pensar. Como tenía miedo de que las piernas le fallaran, se sentó en el borde de la bañera.

Había perdido la cabeza temporalmente. Eso era lo único que podía explicar sus actos. No podía retomar la relación con Mark sabiendo que sólo sería algo temporal. Sabiendo que él terminaría por marcharse.

Se miró en el espejo y vio que tenía el rostro arrebolado, el cabello revuelto y los labios hinchados por los besos de Mark. Tenía el aspecto de una mujer que había estado a punto de hacer el amor. Si alguien no hubiera llamado a la puerta, habría sido cuestión de minutos que la toalla que aún la cubría cayera al suelo...

¿Habría consentido que la situación llegara tan lejos? ¿Habría encontrado la fuerza de voluntad necesaria para detenerlo? ¿Para detenerse a sí misma?

—¡Maldita sea...! —susurró, al comprender que no sabía cómo responder a aquellas preguntas.

Afortunadamente, alguien había llamado a la puerta y la había rescatado de sí misma, de la locura que había estado a punto de cometer...

—Grace...

Al escuchar la voz de Mark, levantó la cabeza. Sin esperar a que él entrara en el cuarto de baño, se puso de pie como movida por un

resorte y dijo:

—No puedo hacerlo. Ha sido un error. No puedo.

Él entró y cerró la puerta suavemente.

—Tenemos compañía.

—¿Quién? —preguntó Grace, poniéndose inmediatamente en estado de alerta.

—Tu nueva amiga. Iris Davenport.

—¿Está aquí? —susurró ella, incrédula.

—Dijo que te disgustaste mucho durante el masaje y quiere asegurarse de que estás bien. La he invitado a que tome una copa con nosotros y ha aceptado. Le he dicho que yo acababa de llegar del campo de golf y que aún no te había visto —añadió, dando un paso hacia ella—. Que no sabía cómo te encontrabas. Grace, ¿qué ocurrió durante el masaje?

—Nada, de verdad. Sólo fingí muy bien. Le demostré lo disgustada que estaba por no tener un hijo.

—Aparentemente, hiciste un buen trabajo.

—Eso parece. Noté que se interesaba mucho cuando le dejé caer que podríamos tener un problema de fertilidad. Además —añadió, señalando el anillo de diamantes que había dejado sobre el lavabo—, noté que los ojos le hacían chiribitas cuando vio ese pedrusco. Por si esto fuera poco, me preguntó a qué te dedicabas. Casi pude escuchar los engranajes de su cerebro echando las cuentas sobre el dinero que podríamos llegar a pagar por un niño. Es nuestra sospechosa, Santini.

—Cada vez lo parece más. Resulta razonable pensar que se ha presentado aquí sin avisar para ver si somos quien decimos ser. Una persona que asesina chicas y secuestra bebés debe ser muy cuidadosa.

—Cierto.

—¿Te mencionó la posibilidad de una adopción?

—No. Y yo también tuve mucho cuidado de no hacerlo —contestó

Grace—. Debería haberte contado todo lo que ocurrió durante mi encuentro con Davenport, Mark. Deberíamos haber estado hablando sobre el caso, no devorándonos el uno al otro...

—Tienes razón —afirmó él, con voz tranquila—. Dadas las circunstancias, lo mejor sería posponer todo lo que no tiene que ver con el caso.

—Cancelarlo más bien —lo corrigió Grace, a pesar de las sensaciones que aún la abrasaban por dentro.

El hombre que estaba a pocos centímetros de ella era todo lo que deseaba y lo que a la vez, deseaba olvidar. Lo que ansiaba olvidar. Quería que él se marchara en aquella ocasión sin llevarse una parte de sí misma.

Se cuadró de hombros y se afirmó en su resolución de cerrarle la puerta a la tentación. Las consecuencias personales y profesionales podrían ser devastadoras.

—Cancelarlo —reiteró.

Mark la observó con ojos fríos y tranquilos. Entonces, asintió.

—Iré a servirle a Davenport algo de beber. ¿Cuánto tiempo necesitas para reunirte con nosotros?

—Dame diez minutos —dijo Grace mientras tomaba el secador.

Capítulo 6

«*Cancelarlo*». Las palabras de Grace resonaban en la cabeza de Mark mientras él se dirigía al salón de la suite. Cancelar los futuros besos, los roces de piel contra piel. Evitar toda referencia al pasado. Mejor aún, olvidar el pasado.

Se sentiría mucho más optimista sobre sus posibilidades de éxito si no llevara ya seis años intentándolo. En todo ese tiempo, no la había visto ni había tenido noticias de ella, pero Grace nunca había estado lejos de sus pensamientos. Incluso durante el tiempo que perteneció a otro hombre o cuando él estuvo con otras mujeres, siempre había escuchado una vocecilla en los recovecos de su cerebro que le decía que Grace era la mujer de su vida.

Toda esperanza de poder olvidarla se había desvanecido momentos antes, cuando sus labios besaron los de ella. El deseo que había experimentado había parecido demasiado intenso como para haber permanecido dormido durante seis años. Los recuerdos que tenía de ella eran mucho más vivos de lo que había pensado. No había olvidado nada. Absolutamente nada.

Antes de entrar en el salón, se detuvo y se pasó una mano por el rostro. Aquél no era el momento de pensar en la lujuria y el deseo. Respiró profundamente y centró toda su atención en la mujer que esperaba en el salón. Recordó los delitos que Iris Davenport había cometido y sintió que la tensión se apoderaba de él. La adrenalina comenzó a fluirle por las venas. Siempre le había gustado la sensación de tener acorralado a un sospechoso.

Dio un paso al frente y vio que Davenport aún seguía sentada en

el sofá, tal y como la había dejado. Estaba hojeando una revista, por lo que no se percató de la presencia de Mark. Rápidamente, comprobó que la luz verde del sistema de detección de aparatos electrónicos seguía encendida. Davenport no había colocado ningún micrófono durante su ausencia.

Era una mujer alta y esbelta, con una melena roja que le caía en abundante cascada sobre los hombros y la espalda y un rostro hermoso. Iba muy maquillada y arreglada y tenía uñas postizas en las manos. No parecía una enfermera, aunque si era culpable de asesinato y secuestro, no era afortunadamente como la mayoría de las enfermeras.

—Siento haberla dejado sola —dijo, al entrar en el salón.

Davenport le dedicó una cordial sonrisa y dejó la revista sobre la mesita de café.

—No importa. ¿Va a venir Grace? —le preguntó, tras comprobar que había regresado solo.

—En cuanto se seque el cabello y se vista. Me alegro de que haya venido. Grace sabe lo mucho que me afecta verla disgustada, por lo que ha empezado a camuflar sus sentimientos. Si a usted no se le hubiera ocurrido venir a ver como se encontraba, dudo que yo me hubiera enterado de lo disgustada que ha estado.

—¿Se encuentra bien ahora?

—Parece que sí, aunque algo avergonzada por haber hecho que usted se sintiera incómoda durante su sesión de masaje.

—No lo hizo. Más bien fue a la inversa. Nos acabábamos de conocer y yo empecé a hacerle preguntas, que evidentemente, eran demasiado personales. Eso es algo que realizo por rutina en mi trabajo y hoy me dejé llevar.

—¿Su trabajo?

—Soy enfermera. Entre otras cosas, me ocupo de realizar los historiales de los pacientes. Cualquiera que haya visitado la consulta de un médico sabe que al hacerlo, hay que realizar muchas preguntas

personales.

—Es cierto.

—Por eso, no sólo he venido a ver como se encuentra Grace, sino también a disculparme por haber sido tan curiosa y haber provocado que se sintiera mal.

—Por lo que parece, yo creo que usted sólo se estaba mostrando simpática con ella. Francamente, me alegro de que Grace haya encontrado aquí otra mujer con la que sienta que puede hablar sobre nuestros intentos de empezar una familia —susurró, tras mirar hacia atrás—. Por supuesto, los dos hablamos de ello, pero resulta muy doloroso para ambos. Que pueda hablar con usted me tranquiliza.

—Me alegro de que sea así. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué resulta más fácil hablar con un desconocido que con alguien que sea familiar o amigo?

—Se me ha pasado por la cabeza en alguna ocasión. Bueno, creo que ya la he tenido demasiado tiempo esperando esa copa —dijo Mark, dirigiéndose al bar—. ¿Qué le apetece?

—Vodka con soda, si puede ser.

—Por supuesto.

—Grace me dijo que vivían ustedes en Houston —comentó ella.

—Así es —afirmó Mark. Para él, se sirvió un ginger-ale con lima y a continuación, llevó ambas copas al lado del salón donde se encontraba Davenport—. Grace y yo nacimos en Texas. ¿Y usted?

—Yo soy de Oklahoma.

—Eso nos convierte no sólo en vecinos, sino también en rivales durante la temporada de fútbol.

—Rivales amistosos —dijo Iris, cuando Mark le entregó su copa.

Mark notó que las largas uñas de la enfermera le rozaban la mano e inmediatamente se preguntó si lo habría hecho aposta o habría sido sólo una coincidencia. Si Davenport estaba flirteando con él, podría ser una prueba para ver si él sucumbía. Mark conocía demasiado bien la mente de los criminales y sabía que algunos

tenían al menos algo de conciencia. Si Davenport era una de éstas, un modo de justificar sus delitos sería el hecho de asegurarse de que los niños a los que secuestraba iban a parar a parejas muy unidas.

No obstante, en vez de sentarse a su lado, Mark lo hizo en una de las butacas que había al otro lado de la mesita de café.

—Entonces, señorita Davenport, ¿trabaja usted en un hospital?

—¡Oh, llámame Iris!

—Yo soy Mark.

—En estos momentos, estoy trabajando en una clínica de la ciudad de Oklahoma —dijo ella, sin dejar de observarlo.

—La enfermería debe de ser una profesión muy gratificante. Saber que se puede ayudar a tanta gente debe de ser muy agradable.

—Lo es. Creo que Grace dijo algo sobre que trabajas en el negocio del petróleo y del gas —respondió ella.

Evidentemente, no le interesaba hablar de sí misma. Mark pensó que seguramente prefería averiguar si los deseos de él por tener un hijo eran tan fuertes como los de su esposa y si era así, si disponían del suficiente dinero como para financiar esos anhelos.

—Así es.

—Grace mencionó también que trabajas en otro campo de la energía. No me acuerdo de qué se trataba.

—De la producción de energía por el viento. Tengo intereses en una empresa que construye molinos.

—¿Construyes molinos de viento?

—En realidad, se llaman turbinas eólicas.

—Bueno, pues en Oklahoma tenemos mucho viento.

—No tanto como en California o Texas. O Iowa —contestó Mark, tras tomar un sorbo de su copa. Se sentía como un espécimen de laboratorio por el escrutinio al que le estaba sometiendo Iris Davenport—. Sin embargo, estamos tratando de expandir el negocio en tu estado.

Mark no tenía miedo de que Iris Davenport comprobara todo lo

que él le estaba diciendo. El FBI se había encargado de colocar fotografías en Internet de los Calhoun, teóricamente asistiendo a inauguraciones de galerías de arte y fiestas y subastas benéficas.

En aquel momento, escuchó cómo los pasos de Grace resonaban por el pasillo.

—No has tardado mucho —dijo.

—Lo suficiente para tener a nuestra visita esperando —replicó ella.

Llevaba el oscuro cabello recogido graciosamente en la nuca e iba vestida con un vestido de punto negro que se le ceñía en los lugares adecuados. Mark no pudo evitar mirarle las piernas, que iban enfundadas en medias negras y calzadas con zapatos de tacón muy alto, sin dejar de desear que estuvieran enredadas alrededor de él en aquellos instantes.

—Como siempre, estás muy hermosa. ¿Es nuevo ese vestido?

—Sí —contestó ella, con una sonrisa—. Iris, me alegro tanto de que hayas venido...

—Le dije a Mark que no quería molestar, sino sólo disculparme por haberme mostrado demasiado curiosa durante nuestro masaje.

—En ese caso, yo me disculparé también por haberme puesto tan sentimental —replicó Grace. Con un fluido movimiento, avanzó hacia el sofá y se sentó al lado de Iris—. Ahora que nos hemos quitado eso de en medio, olvidémonos de todo esto y divirtámonos.

Mark se levantó y se dirigió hacia la barra para prepararle a Grace una tónica.

—Iris, ¿quieres que te sirva otra copa?

—No, gracias. Sólo me puedo quedar unos minutos más.

—¿Estás segura? —le preguntó Grace, mientras tomaba el vaso que Mark le entregaba—. Nos gustaría que cenaras con nosotros. He convencido a Mark para que después me lleve al casino.

—¿No te gusta el juego, Mark? —quiso saber Iris.

—Prefiero pensar que no tiro el dinero —replicó, sentándose

también en el sofá, a pocos centímetros de Grace—. Cuando realizo una inversión, quiero saber de antemano las ganancias que me puede reportar. Sin embargo, a mi esposa le gusta jugar al blackjack y a mí me gusta verla feliz, por lo que visitaremos los casinos mientras estemos aquí —añadió, acariciando suavemente el hombro de Grace—. ¿Estás segura de que no te gustaría acompañarnos esta noche?

—Ojalá pudiera —dijo Iris, mirando el reloj—, pero tengo otros planes. Si no me marcho ahora, llegaré tarde.

—¡Qué pena! —comentó Mark mientras Grace y él se levantaban. Sabía que los agentes que vigilaban a Davenport les dirían a donde había ido después de marcharse de la suite—. ¿En otra ocasión?

—Por supuesto. ¿Te veré mañana en el spa, Grace?

—Claro —respondió Grace al tiempo que los tres avanzaban hacia la puerta—. Keely la sádica encargada, me ha convencido para que haga cosas toda la mañana. Una limpieza de cutis, peluquería, manicura, pedicura...

—A mí no me parece que nada de eso suene demasiado sádico —observó Mark.

—Depilación a la cera de varias zonas bastantes sensibles —añadió Grace, dedicándole una mirada de sufrimiento.

—¡Huy! —exclamó Mark.

—Lo soportaré todo —susurró Grace, acariciándole suavemente la manga—. Sólo piensa lo estupenda que estaré cuando vengas a recogerme para almorzar.

—Estarás más que estupenda —le aseguró Iris—. Yo me voy a dar una sesión de baño y vendas de parafina. No te puedes imaginar cómo te deja la piel.

—¿Todo el cuerpo? —preguntó Grace.

—En realidad... —empezó Mark, tratando de dar la impresión de ser un marido buscando un modo de escapar.

—¿Sí? —le preguntó Grace.

—Me temo que no podremos quedar para almorzar —respondió

él—. Tengo negocios urgentes de los que ocuparme por videoconferencia. Lo siento, cariño. ¿Has visto lo fácilmente que se le puede echar a un hombre a los perros? —añadió, refiriéndose a Iris, al ver cómo Grace fruncía el ceño—. Sin embargo, se me ocurre una cosa para compensar a mi adorable esposa.

—Espero que sea algo bueno... —comentó Grace.

—Sí que lo es. Y si Iris está libre, os implica a las dos. ¿Qué os parece si lo organizo todo para recogeros en una limusina cuando hayáis terminado en el spa?

—¿Para que nos recoja y nos lleve adónde? —preguntó Grace.

—Al restaurante en el que os apetezca almorzar.

—¿Y luego? —insistió Grace.

Con una carcajada, Mark le colocó un dedo debajo de la barbilla. Cualquiera que los viera, se creería que estaban completamente enamorados.

—De compras, cariño. Una tarde entera de compras.

—¿Qué te parece, Iris? —le preguntó Grace—. ¿Quieres venir?

La mujer les dedicó a ambos una amplia sonrisa.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Esta vez invito yo —dijo Iris, a última hora de la tarde del día siguiente, cuando Grace y ella se sentaron en uno de los salones del *Gold Palace*.

—No es necesario, pero te lo agradezco mucho —comentó Grace.

De reojo, miró a su alrededor y vio que un hombre se sentaba en uno de los taburetes que había junto a la barra del bar. Era del FBI.

—Y yo agradecí mucho el paseo en limusina y el almuerzo al que nos ha invitado tu esposo —replicó Iris.

Grace se quitó los zapatos y suspiró aliviada.

—Los pies se me durmieron hace unas dos horas.

—Los míos también —repuso Iris, con una sonrisa—. ¿Por qué tiene que ser tan doloroso algo tan agradable como ir de compras?

—Tienes razón.

Grace pensó en la montaña de bolsas que el jefe de botones le había llevado directamente a la suite. Cuando terminara la investigación, todas las caras ropas y accesorios que había adquirido con la tarjeta de crédito oro que les había proporcionado el FBI se devolverían sin utilizar a las tiendas. Eso sí que era doloroso.

Cuando se les acercó el camarero, Iris pidió champán.

—Espero que te parezca bien —dijo—. Dado que mis vacaciones se están acabando, quiero disfrutar al máximo.

—El champán está fenomenal —replicó Grace.

Sentía un poco de aprensión. Iris había mencionado en varias ocasiones que sus vacaciones estaban a punto de terminar. Aún no tenían pruebas de que la relacionaran con los dos asesinatos ni con los secuestros de niños. Iris no había mencionado nada durante aquella tarde de compras. Si no lo hacía pronto, Grace tendría que tratar de encontrar el modo de conseguirlo.

—De hecho, me encanta el champán —añadió—. ¿Acaso tenemos algo que celebrar?

—Tal vez —contestó Iris. En aquel momento, el camarero regresó con la botella de champán. Cuando les hubo servido las copas, la enfermera tomó su bolso—. Yo me ocuparé de la cuenta.

—Sí, señora.

El camarero le entregó una pequeña cartera de piel. Tras comprobar la cantidad, Iris empezó a sacar algunos artículos del bolso, entre los que se encontraba un pequeño teléfono móvil desechable. Efectivamente, en las investigaciones a las que la habían sometido, no habían encontrado ninguna cuenta de teléfono móvil, lo que cerraba muchas puertas a la hora de encontrar un cómplice. Los teléfonos desechables eran nuevos en el mercado y suponían un problema para la policía dado que no era necesario establecer una cuenta y podían permanecer completamente anónimos. No había modo de registrar las llamadas que se hacían desde ellos ni las que se recibían.

Iris pagó al camarero y volvió a meter sus pertenencias en el bolso. A continuación, tomó su copa.

—Grace, quiero hacerte una pregunta. Te advierto de antemano que es algo personal. Para serte sincera, me he pasado el día tratando de reunir el valor suficiente para sacar el tema. Sólo espero que tengas en cuenta que sólo la hago pensando en tus intereses.

Grace observó con cautela a Iris. Esperaba de todo corazón que fuera a dar el salto. Por si así era, se inclinó hacia delante para que el transmisor que llevaba en la solapa de la chaqueta pudiera registrar la voz de la enfermera con claridad.

—Muy bien —respondió—. Lo tendré en cuenta.

—Por todo lo que me has dicho, he deducido que Mark y tú no tenéis muchas posibilidades de tener un hijo biológico, ¿me equivoco?

—Después de este último fracaso en la fecundación in vitro, los médicos no tienen muchas esperanzas —susurró Grace—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me preguntaba si Mark y tú habéis considerado alguna vez la adopción...

—Sí, por supuesto. He perdido la cuenta del número de agencias con las que nos hemos puesto en contacto. Mark y yo estamos en tantas listas de espera... La última agencia con la que hablamos dijo que el período normal de espera es de diez años. ¡Diez años!

—Tener que escuchar ese tipo de cosas debe de ser terrible para vosotros. Conozco personalmente los obstáculos que se encuentra uno al trabajar con las agencias de adopción. ¿Recuerdas que te dije que yo trabajo en una clínica?

—Sí.

—La dirige el estado, por lo que atendemos a pacientes de todas las edades. La mayoría de las chicas que vienen a obstetricia son solteras y adolescentes. Muchas de ellas se han fugado y ni siquiera nos dan su verdadero nombre. Algunas no tienen ni idea de cómo

cuidarse a sí mismas, con lo que mucho menos saben cuidar de sus bebés. Por eso, los dan en adopción. Normalmente, los bebés acaban en agencias que tienen contratos con el estado.

—Como te he dicho, Mark y yo nos hemos apuntado a tantas listas... —musitó Grace, antes de volver a dejar la copa sobre la mesa.

—Es bueno que mantengáis abiertas todas las posibilidades, pero algunas de las madres que van a las clínicas tienen ciertos prejuicios. No confían en que las agencias puedan colocar a su hijo en la mejor casa posible y prefieren utilizar un abogado para lo que se denomina «*adopción privada*».

«*Y si cambian de opinión, las matas*», pensó Grace. La adrenalina se había apoderado de ella. Por fin la sospechosa había mordido el anzuelo.

—Mark y yo intentamos eso también hace un año susurró, con voz temblorosa—. Incluso conocimos a una muchacha embarazada a la que le quedaba un mes para dar a luz y que deseaba dar a su hijo en adopción. Le dijo al abogado que creía que Mark y yo seríamos los padres perfectos para su hijo. Le pagamos los gastos médicos y los de alojamiento y le entregamos al abogado también una cantidad muy sustanciosa. Estábamos tan contentos... Llegamos incluso a escoger el papel pintado y las telas para la habitación del niño. Entonces, el bebé nació y ella se echó atrás. Mark y yo... Bueno, ninguno de los dos tenemos ganas de volver a pasar por eso.

—Debió de ser terrible.

—Lo fue.

—No te culpo por no desear volver a correr el riesgo de que eso pueda volver a ocurrir, pero es que a través de mi trabajo, tengo contacto con muchos trabajadores sociales. Más de uno me ha mencionado a un abogado cuya especialidad son las adopciones privadas. Los trabajadores sociales hablan de este tipo como si fuera el superhéroe de las adopciones. Su tasa de éxito es altísima. Algo así como el noventa y ocho por ciento. Una de las más altas del país.

—¿Tan alta? Y ese abogado... ¿Vive en la ciudad de Oklahoma?

—Creo que no. Cerca, pero no creo que viva en la ciudad.

—¿Conoces su nombre?

—Llevo todo el día tratando de recordarlo. Lo tengo en la punta de la lengua, pero no me acuerdo. Podría haber llamado a una de las trabajadoras sociales para conseguirlo, pero no quería hacer ninguna indagación hasta haber hablado contigo. Yo no lo sé, pero con una reputación así, supongo que los honorarios de ese abogado serán fenomenales. Eso por no mencionar el dinero que se le da a la madre biológica.

—En realidad, el dinero no es... no es una preocupación para nosotros. Tener un hijo sí. Todo suena tan tentador, Iris... Me da tantas esperanzas... —susurró Grace, colocándose una mano contra la garganta—. Sin embargo, no sé si Mark y yo nos arriesgaremos a correr otra desilusión.

—Lo comprendo. No te lo habría mencionado si no os hubiera visto juntos a Mark y a ti ayer por la tarde.

—¿De verdad? ¿Acaso hicimos algo especial?

—Simplemente os mirasteis como si estuvierais locamente enamorados. Eso es todo.

—Bueno, estamos casados —comentó Grace.

Deseaba convencerse de que todo había sido fingimiento, pero estaba segura de que no había sido así.

—Hoy en día, estar casado no es necesariamente una indicación de lo que los dos miembros de una pareja sienten el uno por el otro. Sin embargo, en lo que se refiere a Mark y a ti, resulta evidente que estáis locos el uno por el otro.

—Tenemos nuestros momentos —murmuró Grace, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—Bueno, Grace, para mí eres una mujer muy afortunada. Si pudiera encontrar un gemelo de tu marido, lo agarraría con fuerza y no lo soltaría jamás. Lo importante es que Mark y tú seríais unos

padres estupendos. Me gustaría ayudarlos. No volveré a sacar a colación el tema, tienes mi palabra, pero piénsatelo. Habla con Mark. Si decidís que queréis conocer a ese abogado, decídmelo. Trataré de averiguar qué hay que hacer para localizarlo.

—Gracias. Hablaré con Mark en cuanto regrese a la suite —dijo Grace. Entonces, tomó la mano de Iris y la estrechó entre las suyas—. No te imaginas lo agradecida que te estoy.

—No es nada. Sólo espero que todo salga bien.

—Sí —afirmó Grace, imaginándose a Iris con el uniforme naranja brillante de la prisión—. Yo también.

Capítulo 7

Dos mañanas después, Iris Davenport estaba en la habitación de hotel de un vendedor de productos farmacéuticos de Orlando. Como el aire de la mañana era algo fresco, se había envuelto con la sábana como si llevara puesto un sari.

Desde la ventana, Iris tenía una magnífica vista del amanecer extendiéndose sobre el desierto. A sus espaldas, la puerta cerrada del cuarto de baño mitigaba el ruido de la ducha, mezclado en aquellos momentos con un rock ligeramente desentonado.

Iris sonrió y miró el edredón y los almohadones arrugados sobre el colchón. Entonces, marcó una serie de números en su teléfono móvil desechable. No habían sido las habilidades vocales de Troy Pacer las que la habían mantenido en la cama de él toda la noche.

Lo había visto la noche anterior mientras los dos jugaban en la misma ruleta en el casino del *Gold Palace*. Era un hombre atractivo y masculino y Iris se había apostado a que sería suyo antes de que acabara la noche.

Aquella apuesta sí que la había ganado.

—¿Sí? —respondió la voz de su compañero.

Contestó el teléfono a la segunda llamada.

—Le dije a Grace Calhoun que eras el superhéroe de las adopciones —dijo ella.

—Superhéroe, ¿eh? ¿Y se lo creyó?

—¡Oh, sí...! Deberías haber visto como se le iluminó el rostro. Está tan desesperada por tener un hijo que se agarra a un clavo ardiendo.

—Por suerte para ella, nosotros podemos proporcionarle mucho más que clavos. Si los Calhoun están dispuestos a pagar suficiente dinero, tendrán un bebé.

—Están más que dispuestos. Además, ya hemos comprobado que tienen dinero para dar y tomar. Me pasé una tarde con Grace mientras ella trataba de sacarle el máximo partido a la tarjeta de crédito de su marido. Entonces, mientras las dos tomábamos champán en el hotel, Mark Calhoun se reunió con nosotras y le entregó a su esposa la caja de una joyería.

—¿Y qué había dentro?

—Una pulsera de oro macizo incrustada de rubíes.

—¡Vaya! La tarde de compras y esa pulsera son la confirmación de que ese tipo está forrado.

—Sí. Por las comprobaciones que hemos hecho y por todo lo que yo he visto, estoy convencida de que los Calhoun son una apuesta segura —dijo Iris—. Dado que yo he sido la que los ha encontrado, quiero la comisión que me pertenece por ello.

—Ése no es el trato que tenemos —replicó el hombre.

—Efectivamente. Nuestro trato es que yo proporciono los bebés y que tú encuentras a las parejas que están dispuestas a pagar para adoptarlos. En este caso, yo he hecho las dos cosas. Si tú quieres conseguir la cantidad habitual de cada transacción, sólo tienes que añadirlo a la cuenta de los Calhoun.

—¿No te parece que tratarán de conseguir un precio más bajo?

—Tal vez. Probablemente —se corrigió, al recordar que Mark Calhoun le había dicho que no le gustaba tirar el dinero sin saber antes qué beneficios podía sacar—. Seguramente ese hombre no se ha hecho tan rico pagando mucho dinero por los servicios que recibe, así que lo más posible es que trate de rebajar el precio. Sin embargo, cederá porque adora a su esposa y ella está desesperada por ser madre. Sabe que ella no será feliz hasta que se pase el día cambiando pañales. Lo único que tienes que hacer es mantenerte firme. Decirle

que tienes otra pareja interesada y dispuesta a pagar cualquier precio por el bebé. Hazlo y él te dará todo lo que pidas.

—Si tan segura estás...

—Segurísima. De hecho, tal vez se lo diga yo misma. Así, conseguiré que empiece a pensar en lo mucho que sufrirá su esposa si él deja que otro se le adelante. Cuando tú se lo confirmes, se sentirá más presionado.

—Me parece bien. ¿Has comprobado cómo va la madre biológica?

—Sí. Llamé ayer. Todo va bien. Seguramente dará a luz a finales de la semana que viene. Tengo que terminar mis vacaciones y regresar a la clínica. Como te he dicho, yo me voy a ocupar de todo.

—Muy bien, Iris. Te daré la comisión que quieres. Sólo esta vez. La próxima adopción que hagamos, lo haremos como las anteriores. Después de todo, a excepción de dos incidentes muy desafortunados, hemos funcionado sin problemas.

Aquel comentario le recordó a Iris que la última vez que los dos habían estado cara a cara, él había denominado «asesinatos» a aquellos incidentes. Como enfermera, ella no los consideraba así sino que pensaba en lo que había hecho de un modo más abstracto, como la única solución a problemas que de otra manera, eran imposibles de resolver.

En el primero de los casos, no había sabido muy bien qué hacer. Cuando DeeDee Wyman cambió de opinión sobre lo de dar a su hijo en adopción, Iris había sentido pánico. Necesitaba desesperadamente el dinero para evitar que sus deudores cumplieran su promesa de empezar a romperle los huesos uno a uno.

La pequeña cantidad de anticoagulante que le había inyectado no debería haberle parado el corazón, pero así había sido. No había sido una gran pérdida, dado que la muchacha vivía en la calle. Iris había visto muchos otros casos similares y sabía que la joven probablemente terminaría cambiando al niño por drogas antes de que éste tuviera tres meses. En aquellos momentos, el niño estaba

con una familia que lo adoraba y que tenía montones de dinero para proporcionarle todo lo que necesitaba.

Con Allynn Jackson había ocurrido lo mismo: Una adolescente embarazada que después de acceder por escrito a dar en adopción a su hija, se había echado atrás. Llenar una jeringuilla con el mismo anticoagulante e inyectarlo en la vía había sido simplemente una solución a un problema.

—No veo razón alguna para que cambiemos nuestro acuerdo, dado que la operación funciona tan bien —añadió su compañero.

Iris entornó los ojos. La operación funcionaba bien porque ella era la que resolvía los problemas. La que corría los riesgos. Estuvo a punto de decírselo al muy canalla, pero se contuvo. La verdad era que lo necesitaba. Había tenido suerte al encontrarse con los Calhoun, pero ella carecía de contactos, ni del título de derecho, necesarios para funcionar sola. Sin él, no podría hacer nada.

—No estoy tratando de cambiar nada, cariño. Simplemente estoy señalando lo evidente, que esta vez he hecho el doble y que por ello, debería recibir una compensación. Nada más.

Pensó en el dinero negro que había guardado en un lugar seguro, el dinero que la hacía sentirse protegida, que le aseguraba que jamás volvería a ser una pelirroja del montón con un montón de kilos de más. Aquella mujer había desaparecido para siempre. Iris Davenport se había reinventado.

Como si necesitara una confirmación visual de su transformación, se dio la vuelta para mirarse en el espejo. Se soltó la sábana y dejó que ésta le cayera a los pies. La imagen que vio en el espejo le aseguró que ya no quedaba nada de la mujer que había sido. Su cuerpo era esbelto y maravilloso, como un Jaguar nuevo. Había pagado a los expertos para que le enseñaran cómo maquillarse y peinarse, por lo que incluso después de una noche de pasión, tenía un aspecto sensual y hermoso, no usado. Se merecía la nueva vida que se había forjado. Y quería más. Nadie se lo iba a impedir.

Desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño, el agua de la ducha seguía sonando. El vendedor había pasado del rock a una canción country. Iris pensó en las manos de aquel hombre, fuertes y masculinas, y sintió que todos los nervios de su cuerpo se tensaban.

Apartó la sábana de una patada y se dirigió al cuarto de baño.

—Bueno, voy a dejarte. En estos momentos, tengo una cita con otro superhéroe.

—¿Debería empezar a llamarte Wonder Woman?

—Tengo que dejarte —reiteró Iris, sin prestar atención a la broma—. Les diré a los Calhoun que la madre biológica los ha aceptado y que tendrán que reunirse con su abogado. ¿Te importaría reservarles una suite para pasado mañana? ¿Qué te parece si se reúnen contigo en tu despacho ese mismo día para por la tarde?

—Yo me ocuparé de todo. Si ese bebé llega a tiempo, tú y yo tendremos el dinero de los Calhoun para pasar unas Navidades estupendas.

—Sí. Todo esto no ha podido ser más oportuno...

Sintiendo que el deseo volvía a despertarse en su interior, cortó la comunicación y metió el teléfono en el bolso. Entonces, abrió la puerta del cuarto de baño y desapareció en medio de una nube de vapor.

Aquella noche después de cenar, Grace se dirigió a una de las mesas de blackjack del casino del *Gold Palace*. Mark se marchó a su suite para comprobar si tenían mensajes.

Ataviada con un traje de noche de lentejuelas azul marino, tomó asiento en un taburete. Consciente de que alguien podría estar vigilándola, abrió el bolso y con cierta dificultad por las uñas postizas a las que aún no estaba acostumbrada, sacó un billete que colocó encima del tapete.

—Cambiando uno de cien —dijo el croupier.

Grace les dedicó una sonrisa a los otros cuatro jugadores y observó como el croupier metía el billete en una ranura que había en la mesa

y se ponía a contar fichas.

Veinte minutos más tarde, Grace había conseguido triplicar su apuesta a trescientos dólares. Por alguna razón, la suerte la había elegido aquella noche.

Mientras jugaba, Grace no dejaba de inspeccionar el casino para ver si encontraba a Iris Davenport. Había pasado un día y medio desde que Mark la llamó por teléfono para decirle que a Grace y a él les gustaría probar de nuevo con la adopción privada, siempre que se ocupara del asunto el abogado que al que ella denominaba el «*superhéroe*». Davenport había ido a su suite unas horas después, diciendo que se había puesto en contacto con una fuente que no mencionó para que esta persona pusiera las ruedas en movimiento. Esa persona le había dicho a Iris que el abogado necesitaría cierta información sobre los Calhoun. Mark y Grace le habían proporcionado la historia que el FBI había construido para ellos e Iris se había marchado de la suite prometiendo que se mantendría en contacto.

Aquella mañana, Iris no se había presentado en el spa para la sesión de spinning. Grace sabía que mientras ella sudaba sobre la bicicleta, Iris había estado encerrada en la habitación de hotel de un tal Troy Pacer, un vendedor de productos farmacéuticos de Orlando, con el que se había encontrado por casualidad en la ruleta del casino. El FBI había comprobado que el encuentro había sido casual y que no había nada que indicara que Pacer tuviera algo que ver con el mercado negro de adopción de bebés del que formaba parte Iris Davenport.

—Cariño, parece que estás teniendo suerte —dijo Mark, cuando se acercó a ella.

Comportándose siempre como un cariñoso marido, le colocó la mano sobre el hombro y apretó ligeramente.

Grace sintió que el pulso se le aceleraba inmediatamente. Como siempre, estaba muy atractivo y su aspecto no pasó desapercibido

para las mujeres que los rodeaban. Por el modo en el que lo miraron, Grace dedujo que él había sido lo mejor que habían visto en toda la noche.

Estaba completamente de acuerdo.

Desde el día en el que compartieron tan apasionados besos, los dos habían mantenido su palabra de mantener su relación estrictamente en el ámbito profesional cuando estuvieran juntos a solas. Sin embargo, cuando estaban en público, se comportaban como una pareja de enamorados. Desgraciadamente, Grace no podía controlar su cuerpo del mismo modo y reaccionaba instintivamente cuando Santini se le acercaba, tanto si lo hacía en público como en privado.

Al levantar la mirada, vio la intensidad que él tenía en los ojos y dedujo que había ocurrido algo. Aunque su instinto como policía se puso en estado de alerta, mantuvo la calma.

—¿Suerte? —replicó, con una seductora sonrisa—. Prefiero pensar que he triplicado mi dinero por mi habilidad.

—Eres demasiado hermosa como para discutir contigo —dijo—. Y parece que los Calhoun también han tenido buena suerte —añadió, en voz muy baja—. Hemos recibido un mensaje de Davenport en el que nos pide que nos pongamos en contacto con ella en cuanto regresemos a la suite.

—¿Y?

—La he llamado. Lo único que me quiso decir es que tenía buenas noticias sobre la adopción. Va a venir a reunirse con nosotros en uno de los salones.

Rápidamente Grace se levantó mientras Mark recogía sus fichas. Sabía que Grace Calhoun habría estado demasiado ansiosa por escuchar las noticias como para tomarse el tiempo de cambiar las fichas por dinero en aquellos momentos.

Entrelazaron las manos y se alejaron de la mesa.

Entonces, Grace le dedicó a Mark una sonrisa de expectación.

—¿Qué me dices del amante de Iris? ¿Han descubierto algo más que nos pueda hacer pensar que forma parte del negocio? —le preguntó, en voz muy baja.

—Aparentemente nada. Al menos todavía. Los agentes de Orlando están indagando en la vida de Pacer. La conferencia a la que ha venido termina mañana y tiene reservado un vuelo a Orlando por la tarde. Tendremos a alguien en el avión vigilándolo y siguiéndolo en cuanto llegue a Florida.

Cuando llegaron al salón en el que Iris y Grace se habían relajado después de su día de compras, vieron que Iris ya había llegado.

—Mark me dijo que estabas jugando al blackjack —dijo ella, mientras Grace y Mark tomaban asiento.

—Así es —respondió ella.

—Bueno, ¿cómo te fue?

—He ganado. Mira, Iris, discúlpame por ser tan directa, pero estoy demasiado nerviosa para charlar. Mark me ha dicho que tenías buenas noticias para nosotros.

—Así es —dijo Iris, justo cuando un camarero llegaba a la mesa.

—Supongo que esas buenas noticias provienen del abogado —comentó Mark, tras pedir rápidamente las bebidas para los tres.

—No sólo del abogado, sino también de la madre biológica —afirmó Iris, con una sonrisa—. Los dos han repasado la información que vosotros me disteis y han llegado a la conclusión de que sois los padres ideales para su hijo. Por supuesto, os tendréis que presentar en persona al abogado. Entonces, se discutirán todos los temas legales y los honorarios que debéis pagar. Además, me imagino que os querrá conocer un poco más. Por lo que parece, es todo de lo más normal.

—¿Y la madre biológica? —preguntó Grace, después de que el camarero hubiera dejado las copas encima de la mesa y se hubiera marchado—. ¿La conoceremos a ella también?

—En estos momentos no me lo parece —respondió Iris, tras

tomar un sorbo de su vodka con soda—. Según tengo entendido, es estudiante y asiste a la universidad por medio de una beca. También trabaja para poder llegar a final de mes. Su novio, el padre del bebé, no se puso muy contento cuando ella le dijo que estaba embarazada. No cuenta para nada. Por lo tanto, no hay modo de que ella pueda cuidar bien de un bebé en estos momentos de su vida. Teme que si os conoce, una parte de ella querrá tratar de mantener algún tipo de contacto. En resumen, ella cree que es mejor para todos cortar por lo sano.

—Es horrible para ella... Debe de sentirse tan desgarrada por dentro... —comentó Grace.

—Sí, pero tiene mucha suerte de que una pareja como vosotros esté dispuesta a darle a su hijo un buen hogar. Le pedí al abogado de que se asegure de que ella lo sabe.

—Hablando de ese abogado... —la interrumpió Mark—. Él nos ha investigado a nosotros, pero tú aún no has mencionado su nombre. Por nuestro primer intento, aprendimos que una adopción privada puede ser un asunto... algo delicado. Quiero saber algo de ese tipo antes de que Grace y yo nos reunamos con él.

Grace sabía que Mark había utilizado la palabra «*delicado*» porque, técnicamente, las adopciones privadas eran legales. Si el abogado recogía sólo una cantidad razonable por sus servicios y tal vez dinero para gastos médicos y de alojamiento para la madre, estaba actuando dentro de la ley. Sin embargo, era completamente ilegal vender o comprar a un bebé, por no mencionar el hecho de asesinar a las madres para poder vender sus hijos al mejor postor.

—Comprendo perfectamente que quieras saber algo del abogado —afirmó Iris. Entonces, tomó su bolso y sacó un trozo de papel—. Aquí tienes su nombre y dirección.

—Stuart Harmon —leyó Mark—. Winding Rock, Oklahoma. ¿Dónde está Winding Rock exactamente?

—A una hora en coche al oeste de la ciudad de Oklahoma. Por el

nombre, podrías pensar que es un pueblecito tranquilo y pintoresco, pero no es así. Más bien se trata de una zona residencial de lujo, edificada por familias de mucho dinero. Y por lujo, me refiero a casas valoradas en millones de dólares, la mayoría de ellas construidas a orillas de un hermoso lago. También cuenta con un hotel y un maravilloso campo de golf. He escrito también el nombre del hotel al pie del papel. Se os ha hecho una reserva allí, que comienza pasado mañana. Tendréis que reservar un vuelo a la ciudad de Oklahoma y luego alquilar un coche. Espero que os esté dando suficiente tiempo para organizarlo todo.

—Me ocuparé de todo en cuanto lleguemos a la suite —replicó Mark.

—¿Pasado mañana? —preguntó Grace, esperanzada—. ¿Tan pronto?

—Sí. El bebé va a nacer dentro de una semana. Si todo va bien, serás mamá antes del día de Navidad, Grace. Tengo entendido que es una niña.

—Una niña... —susurró Grace. Se cubrió la boca con una mano temblorosa—. ¡Oh, Mark, una hija...! No quiero hacerme ilusiones, pero... —añadió.

Las lágrimas le impidieron terminar la frase.

—Lo sé, cariño, lo sé —murmuró él, con un tono de voz tranquilizador.

—Ojalá pudiera daros una garantía del cien por cien —afirmó Iris, sin dejar de observarlos—. Por la mala experiencia que tuvisteis, ya sabéis que no puedo. Lo único que puedo hacer es deciros que tengo buenas vibraciones sobre este asunto. Creo que todo el mundo se pondrá de acuerdo en los términos y condiciones y que esta vez, todo os saldrá perfectamente.

—Gracias —musitó Grace, deseando que llegara el momento de poder ponerle a Iris un par de esposas—. ¿Vas a acompañarnos tú a Winding Rock, Iris?

—No. Yo me marchó mañana. Se me han terminado las vacaciones y tengo que volver a mi trabajo en la clínica.

—Entiendo.

Grace sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Sabía que cuando Iris regresara a trabajar, el doctor Odgers la informaría de que por falta de personal, se le había asignado temporalmente el cuidado de ancianos enfermos. Además, el FBI había puesto a trabajar a un agente en el interior de la clínica para que pudieran estar seguros de que Iris se mantenía alejados de los pacientes de maternidad. A pesar de todo, Grace no estaría tranquila hasta que aquella asesina y secuestradora de bebés estuviera en la cárcel.

—Iris —añadió, secándose las lágrimas—, cuando pienso que todo esto está pasando sólo porque el destino nos puso en bicicletas contiguas en la clase de spinning... ¿Cómo te podríamos dar las gracias Mark y yo?

Con las relajantes notas del piano flotando en el aire, Iris tomó su copa como si fuera a hacer un brindis.

—¿Qué te parece si me dejas bailar con tu guapísimo esposo? Entonces, me marcharé para que los dos lo podáis celebrar a solas.

Capítulo 8

Instantes después, Mark comenzó a bailar con Iris sobre la reluciente pista de baile. Un puñado de otras parejas danzaba también al ritmo de una clásica canción de Cole Porter.

Mark mantuvo el contacto ligero e impersonal. Cuando miró a la mesa en la que Grace, Iris y él habían estado sentados, vio que Grace aún no había regresado del tocador. Había dicho que necesitaba un momento para secarse las lágrimas que se le habían derramado por las buenas noticias que Iris les había dado sobre la adopción, aunque en realidad había ido a escuchar a través de un receptor la conversación que los dos mantenían mientras bailaban. Consciente de que llevaba el transmisor en el reloj de oro, lo giró para que captara todo lo que Davenport decía.

—Muy bien, Iris —comenzó—. Me da la impresión de que querías bailar conmigo por razones que nada tenían que ver con celebrar el hecho de que muy pronto voy a ser padre.

—Supongo que eso es por lo que tienes tanto éxito en los negocios —respondió Iris, con una sonrisa—. No se te pasa nada por alto.

—En mi experiencia con los negocios en particular y con la vida en general, todo sale mucho mejor cuando no permito que nada se me pase por alto. ¿Qué es lo que no puedes decir delante de mi esposa?

—Sólo se trata de algo que mi fuente mencionó de pasada. Grace parece tan... vulnerable en lo que se refiere al tema del niño que no quiero que tenga nada de lo que preocuparse.

—Con todas las desilusiones que hemos tenido a lo largo de los

años, Grace tiene todo el derecho del mundo a sentirse vulnerable.

—Sí, por supuesto. Ha pasado mucho. Los dos habéis pasado mucho. No veo razón alguna para amargarle su alegría, pero pensé que tú lo deberías saber. Es mejor que no tengáis sorpresas en el último minuto.

—Estoy de acuerdo. En este caso, ¿de qué estamos hablando exactamente?

—Afortunadamente, vosotros tenéis prioridad porque yo le hablé a ese abogado de vosotros en primer lugar, pero me dijeron que hay otra pareja interesada en adoptar a la niña.

—¿Y cómo de interesada está esa pareja? —preguntó Mark, sin sorprenderse demasiado de lo que Iris acababa de decirle.

—Mucho. Por lo que he podido averiguar, parece que llevan mucho más tiempo que vosotros tratando de tener un niño. Han soportado todos los procedimientos médicos y han añadido sus nombres a las listas de espera de numerosas agencias. Básicamente, eso es todo lo que sé de ellos, aparte de que son una pareja de muchos recursos económicos.

Mark dudaba de que existiera esa pareja, pero no tenía medio alguno de estar seguro.

—Entonces, lo que estás diciendo es que estas personas estarán más que contentas de quedarse con la niña si a Grace y a mí se nos encuentra... carentes en algún sentido. En otras palabras —añadió, con voz seria—. Todo se podría reducir a dinero.

—En realidad, no lo sé. Esa pareja podría tener algo cuestionable que los eliminara automáticamente de la consideración de la madre biológica. Eso os daría vía libre a Grace y a ti. En estos asuntos, supongo que todo es posible, pero probablemente tengas razón. El dinero podría ser el factor decisivo.

—Si es así, me aseguraré de que Grace y yo seamos padres muy pronto. Tengo la intención de hacer todo lo que esté en mi mano para evitar que ella vuelva a sufrir. Cueste lo que cueste.

—¿Sabes una cosa, Mark? Sólo escucharte me hace desear suspirar.

—¿Y eso?

—El modo en el que hablas de Grace, en lo protector que te muestras hacia ella... Te he visto mirarla en algunas ocasiones como si quisieras comértela de un bocado. Si alguna vez sorprendo a un hombre mirándome así, me consideraré la mujer más afortunada del mundo.

Mark sintió que el cabello de la nuca se le ponía de punta. Al menos, se le había dado mejor ocultarle a Iris su profesión que lo que sentía en realidad por su compañera. Se tomó un instante para pensar como se habría tomado Grace, y los otros agentes que estaban escuchando la conversación, aquel comentario.

—Comérmela de un bocado... Vaya, Iris, no sabía que eras tan romántica.

—Supongo que ya se ha quedado al descubierto mi secreto — comentó ella, riendo.

—Aparentemente. Tienes mi gratitud eterna por haberme hablado de esa otra pareja. Si puedo devolverte el favor, no dudes en decírmelo.

—Creo que te voy a tomar la palabra. No creo que sea nada malo tener en deuda conmigo a un hombre tan guapo.

En aquel momento, la música dejó de sonar. De soslayo, Mark vio que Grace volvía a entrar en la sala.

—Ahí está tu preciosa esposa —dijo Iris, al tiempo que le indicaba a Grace que se uniera a ellos.

—Querida, ¿te encuentras bien? —preguntó Mark, tomándola por la cintura.

—Estoy bien. Más que bien —añadió, con una sonrisa—. Esta noche es maravillosa y se lo debemos todo a Iris. No sé cómo podremos darle las gracias.

—Lo único que quería era bailar con tu guapo marido y él me lo

ha concedido. Considero pagadas todas las deudas.

—¿Os parece que terminemos nuestras copas? —sugirió Mark.

—Yo no puedo —contestó Iris—. Mi vuelo es muy temprano y tengo que regresar a mi habitación para terminar de hacer el equipaje.

—No me puedo creer que te vayas a marchar —se lamentó Grace—. Prométeme que vendrás a Houston para pasar tus próximas vacaciones con nosotros. Y con el bebé —añadió, con la voz teñida de una alegría casi histérica—. Entonces ya tendremos al bebé.

—De acuerdo. Dado que los dos ya estáis en la pista de baile, quedaos donde estáis. Voy a pedirle al pianista que toque algo en vuestro honor —prometió Iris. Entonces, apretó ligeramente la mano de Grace—. Sé feliz —añadió, antes de marcharse.

—Lo seremos —murmuró Grace—. En el instante en el que podamos meterte en la cárcel.

Mark le colocó un dedo debajo de la barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Querida —dijo, suavemente—, deduzco que has escuchado la conversación, ¿verdad?

—Completamente, querido. No me sorprendería que los canallas que están implicados en todo esto subastaran al bebé para ver quién es capaz de pagar más dinero.

—Avaricia —dijo Mark. Entonces, se inclinó y depositó un beso en la cabeza de Grace—. El motivo eterno.

—Asesinato, secuestro, tráfico de bebés... Te aseguro que voy a disfrutar mucho metiendo a esa bruja entre rejas.

—No pienses que voy a permitir que te diviertas tú sola.

Justo en aquel momento, el pianista empezó a tocar una apasionada canción de amor. Mark saludó a Iris con la cabeza cuando ésta se despidió de ellos desde la puerta. Notó la firmeza que tenía en los hombros, el suave contoneo de sus caderas... Cualquiera que estuviera observándola, creería que era una mujer que lo tenía todo

bajo control. Mark sintió una gran satisfacción al pensar que sólo era cuestión de tiempo que el mundo de Iris Davenport se derrumbara a su alrededor.

Como para confirmarlo, el agente del FBI que había estado tomando una cerveza en la barra del bar, se bajó del taburete y tras arrojar un par de billetes al lado de su copa, se marchó detrás de Iris.

Después de recorrer el salón con la mirada, Mark se centró en Grace, sabiendo que ella era consciente de que Iris podría haber dejado a un socio que los estuviera vigilando.

—Parece que tienes que bailar con tu esposo, señora Calhoun — dijo, ofreciéndole la mano.

—Sólo recuerda que éste es un lugar público, señor Calhoun — replicó ella, mientras entrelazaba los dedos con los de él—, así que trata de no se te ocurra comerme de un solo bocado.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por recordarles al resto de los agentes lo que ha dicho Davenport —susurró, estrechando a Grace contra su cuerpo—. Me imagino que voy a tener que soportar muchos comentarios al respecto.

—Y te los mereces.

—Bueno, señora Calhoun, ¿te ha dicho alguien alguna vez que tienes unas insuperables dotes para la actuación?

—¿Tú crees?

—Lo sé. Esa risita de felicidad histérica sonó casi real.

—Un Oscar quedaría genial sobre la repisa de mi chimenea. Asegúrate de que les mencionas mi nombre a los del comité de la Academia.

—Me ocuparé de ello —dijo Mark, mientras la música los envolvía.

Habían bailado juntos en innumerables ocasiones, años atrás, cuando eran amantes. Cuando Grace le había pertenecido de todos los modos posibles a excepción de uno. En aquellos momentos, Mark no habría dudado en bajar la cabeza y besarla mientras se movían

con la sensual música. Al tiempo que bailaban, el sabor de los labios de Grace le habría recorrido todo el cuerpo y habría acrecentado el deseo que sentía por ella. Que sentía constantemente por ella. A continuación, la habría llevado a su casa, a su cama, y le habría hecho el amor hasta que los dos hubieran estado presas del delirio, saciados y agotados. Y como siempre, cuanto más tenía de ella, más deseaba.

Sin embargo, todo aquello era historia. Sus vidas habían seguido caminos separados. Habían pasado muchos años y había transcurrido mucho tiempo para que el fuego que ardía entre ellos se apagara.

No obstante, los besos que habían compartido días antes demostraban que nada se había enfriado.

Mark la miró y vio que Grace lo estaba observando, con ojos oscuros e intensos.

— ¿En qué estás pensando?

— Principalmente, en lo que dijo Iris sobre la otra pareja que está deseando adoptar a esa niña. La lógica me dice que probablemente, no hay otra pareja.

— Estoy de acuerdo — respondió.

También le parecía lo mejor centrar la conversación en su trabajo, a pesar de que no era fácil teniéndola entre sus brazos, sintiendo el contacto de sus caderas contra las de él...

— Sin embargo, suponiendo que tú y yo fuéramos en realidad los Calhoun y de que en realidad hubiera otra pareja deseando adoptar a esa niña tanto como nosotros, saber eso nos desesperaría cien veces más y nos predispondría más a pagar la cantidad que nos pidieran.

— Eso es lo que Iris y el tipo con el que está trabajando quieren provocar. Te muestran lo que más deseas con una mano y al mismo tiempo, te dicen que está pendiente de un hilo y que te lo podrían arrebatar en un abrir y cerrar de ojos a menos que ofrezcas suficiente dinero. Utilizando esa táctica, resulta muy fácil sangrar a la gente.

— Menudas sanguijuelas. Al menos, la investigación está bastante

avanzada. Tenemos el nombre del abogado para que empiecen a investigarlo.

—Y además, el agente que tenemos trabajando en la clínica ha empezado a peinar los archivos para ver si tienen una paciente en maternidad que encaje con el perfil que Iris nos dio sobre la madre de esa niña.

Mientras hablaba, Mark extendió la mano sobre la parte inferior de la espalda de Grace, donde las lentejuelas daban paso a la carne. Bajo los dedos, la sintió temblar.

—Esperemos que así sea —susurró ella, con un hilo de voz. Rápidamente carraspeó para aclararse la garganta—. Tal vez sepamos algo de la madre antes de ir a Winding Rock.

—Sí.

Mark sabía que era posible que el caso estuviera cerrado antes de Navidad. Entonces, él tendría que ir adonde su jefe lo mandara. Era el único agente de la UDCM sin esposa ni familia, por lo que siempre se había ofrecido voluntario a trabajar durante las vacaciones. Mientras otras personas celebraban las fiestas, él hacía todo lo posible para tratar de averiguar lo que un sospechoso iba a hacer a continuación, para tratar de encontrar respuestas antes de que otro niño sufriera. O tal vez muriera. Mientras tanto, él hacía todo lo posible por controlar sus propios pensamientos y separar un delito de otro, por evitar que los casos se unieran los unos a los otros para formar ríos de sangre.

La perspectiva de lo que lo esperaba en su futuro le provocó un terrible agotamiento. Sin pensarlo conscientemente, enterró el rostro en el cabello de Grace y aspiró su cálido y suave aroma.

Se sentía como un sonámbulo, paseando entre el pasado y el presente. El pasado, en el que la había tenido pero sin poder conservarla. El presente, en el que se había transformado en una conocida más, en una compañera de trabajo con la que había acordado mantener las distancias. La mujer cuya carne temblaba

cuando el trabajo requería que la tocara.

La estrechó contra su cuerpo y sintió como el calor que emanaba del cuerpo de Grace atravesaba las capas de ropa que había entre ellos. No tenía que hacer un gran esfuerzo para imaginarse el aspecto que ella tenía bajo aquellas lentejuelas azules. Se la imaginó y tuvo que reprimir un gemido.

Le acarició suavemente la espalda, enredándose los dedos con las puntas de su cabello. No recordaba haber deseado tanto a otra mujer como la deseaba a ella. Sólo a ella. Envuelto por el suave aroma y los brazos de Grace, no le resultaba difícil imaginarse que ella volvía a ser suya.

Tras lanzar un suspiro de intranquilidad, Grace dio un paso atrás y lo miró.

—Tal vez hayamos terminado el caso antes de Navidad —dijo, como si le hubiera leído a Mark el pensamiento.

—Probablemente —respondió él.

Cayó en la cuenta de que jamás había pasado unas Navidades con Grace, aunque eso no había evitado que pensara en ella todos los días veinticinco de diciembre durante los últimos seis años, preguntándose que estaría haciendo y especulando si ella pensaría alguna vez, incluso mientras estuvo casada con Ryan Fox.

—Dime cómo es un típico día de Navidad en casa de los McCall —le preguntó él.

No habían dejado de bailar.

—¿Porqué?

—Tengo curiosidad —respondió él. Pensó en las abundantes comidas que había tomado en la casa de los padres de Grace, en la bulliciosa familia que se reunía alrededor de la mesa del comedor. Siempre después de asistir a una de esas comidas, Mark se había quedado atónito, envidiando y ansiando el amor que resultaba tan evidente—. Roma cocina por Navidad, ¿verdad? ¿Invitan tu padre y ella a todo el mundo?

—Sí, claro. Mi abuela ayuda también, aunque la artritis la frena un poco. Todos los chicos se presentan por la mañana con más comida y regalos.

—¿Los chicos? ¿Pero Bran no tiene ya treinta y tantos?

—Sí, pero incluso cuando todos tengamos canas y arrugas, mamá seguirá llamándonos «*los chicos*». El día de Navidad es una jaula de locos. Probablemente este año lo será aún más con los prometidos de Carrie y Morgan. Sin embargo, como Bran y Tory siguen separados, dudo que esté muy alegre este año —añadió, frunciendo el ceño.

—Por suerte para él, os tiene a todos para superarlo.

—Eso díselo a Bran. Cuando le pregunto si se está cuidando, lo único que oigo son términos como «*pesada*» y «*plomo*».

—¿Acaso no es ése el trabajo de una hermana mayor?

—Cierto. Recuerdo que tú me dijiste una vez que eras hijo único.

—Así es.

—Seguro que con sólo un hijo, el típico día de Navidad de los Santini es muy tranquilo comparado con el de los McCall.

Para Mark, la Navidad había sido como cualquier otro día. Lleno del olor de los cigarrillos, de la peste insoportable del alcohol y siempre, siempre, con la perspectiva de una paliza.

Apartó la mirada. Sólo pensar en la mujer de duras y callosas manos y tremenda adicción al alcohol lo devolvía al pasado. Por mucho que hubiera cambiado, por mucho éxito que tuviera en su profesión, sólo hacía falta mencionar el cruel y hostil mundo del que había escapado para volver a convertirlo en un niño asustado que se escondía donde podía rezando para que el monstruo no lo encontrara.

Ya no era el niño que se escondía de los monstruos, sino el que los cazaba y los metía en la cárcel. Sin embargo, nunca hablaba del monstruo que lo había maltratado a él. Aquélla era una de sus reglas de oro. No veía razón alguna para volver a abrir las heridas. No había razón para enfrentarse a sentimientos que le dejaban completamente

vacío.

Grace le acarició suavemente la mandíbula e hizo que la mirara.

—¿Y tus Navidades? —insistió ella.

—Cariño, ¿acaso me estás interrogando?

—Más bien me parece que es un intercambio justo. Yo te he hablado de mis Navidades. Ahora, sólo te hago la misma pregunta que tú me has hecho a mí.

—Sí, pero tu familia es especial, Grace. Yo nunca he tenido algo así. Para mí, la Navidad es un día cualquiera. Normalmente, estoy trabajando, tratando de terminar un caso para empezar otro.

—Muy bien. ¿Qué me dices de las fiestas en las que no tienes que trabajar?

—Yo trabajo todas las fiestas. ¿No podemos dejar ya esta conversación?

—Por supuesto.

A pesar de la tenue luz, Mark vio que el rostro de Grace se cubría de sombras. Aunque la tenía entre sus brazos, sintió que ella se alejaba a un millón de kilómetros de él.

—Grace... —susurró, arrepentido.

—No pasa nada. Es muy tarde, Mark. Ha sido un largo día. ¿Por qué no subimos a la suite? —le preguntó, con frialdad.

—Muy bien.

Cuando Grace se dio la vuelta y empezó a alejarse de él, Mark sintió que algo se le retorció en el vientre. Por primera vez en su vida, se dio cuenta de lo completamente solo que estaba.

Capítulo 9

Después de charlar por teléfono con su hermano, Grace durmió profundamente durante dos horas, aunque luego la pesadilla que la envolvía le provocó un sueño más inquieto. La noche era clara y fría. Ella salía del restaurante en el que había cenado con Ryan y encontraba a su esposo al lado del coche patrulla. La herida de bala, que tan cerca estaba del corazón, no hacía más que escupirle sangre sobre la pechera de la camisa

—¡No!

Frenética, cayó de rodillas y le apretó las manos contra el pecho mientras un río rojo le fluía entre los dedos. Por mucho que apretara, por muy fervientemente que rezara, no podía detenerlo. No pudo ayudar a su marido cuando él susurró su nombre antes de lanzar su último suspiro de vida.

Se despertó sobresaltada, tratando de aspirar aire mientras las náuseas le trituraban el estómago. Se incorporó en la cama al mismo tiempo que la consciencia le cerró el paso de un portazo a la pesadilla. El sudor hacía que la camiseta que llevaba puesta se le pegara a la piel.

Las persianas del balcón estaban ligeramente abiertas y permitían que penetrara la luz blanquecina del neón. Dirigió la mirada hacia la pared que había al otro lado de la cama y tras examinar la suite, vio que no estaba en el gélido aparcamiento sino en un elegante hotel de Las Vegas. Trabajando.

—¡Dios! —susurró, frotándose las manos contra el rostro.

Entonces, se mesó el cabello con las manos.

¿Por qué? Ryan llevaba muerto tres años. Había pasado más de un año desde la última vez que tuvo aquella pesadilla. ¿Por qué de repente su subconsciente la había hecho regresar a la noche que evocaba unos recuerdos demasiado terribles como para expresarlos con palabras?

Se había reunido con Ryan en el descanso que él tenía para cenar porque no podía esperar hasta que él llegara a casa para decirle que estaba embarazada. A pesar del tiempo que había transcurrido, aún podía sentir la presión de la palma de su mano contra la mejilla, la alegría que había experimentado al saber que iba a ser padre. En aquel momento, Grace había sabido que su futura paternidad terminaría con la distancia emocional que su pasado con Mark Santini había puesto entre su marido y ella.

Instantes después, Ryan estaba muerto.

Siempre se preguntaría cómo habría terminado aquella noche si ella no hubiera ido al cuarto de baño. Si hubiera salido del restaurante al mismo tiempo que Ryan. Si en vez de ser un policía el que hubiera sorprendido a aquel ladrón hubieran sido dos. Tal vez Ryan estaría vivo. Tal vez la inmunidad de Grace no se habría debilitado tanto como para terminar semanas más tarde en el hospital por un virulento caso de gripe. Tal vez no habría perdido a su hijo.

Grace cerró los ojos. Aunque el paso de los años había transformado el dolor en una profunda tristeza, aún había ocasiones en las que el vacío que había en su vida la desgarraba por dentro.

Su hijo... Había perdido el hijo que tan desesperadamente había deseado. El niño que había esperado que restaurara la complicidad que Ryan y ella habían compartido. En aquellos momentos, estaba trabajando en un caso de niños secuestrados. De inocentes a los que habían apartado de sus madres asesinadas. Niños perdidos tal vez para siempre. ¿Dónde estarían aquellos pequeños? ¿Los encontrarían Mark y ella? ¿O como su propio hijo, habrían desaparecido para toda

la eternidad?

Sabiendo que no encontraría respuestas aquella noche, Grace apartó la colcha y se puso de pie. Sintió que las piernas amenazaban con doblársele, por lo que cuando sintió que éstas podían sostenerla, se dirigió al cuarto de baño.

Allí, se miró en el espejo. Su rostro estaba pálido como el de un muerto y su oscuro cabello completamente alborotado. Temblando, se quitó la húmeda camiseta y los pantalones cortos y se envolvió con uno de los albornoces del hotel.

Se lavó la cara y llenó un vaso de agua, que bebió con avidez. Aunque el agua calmó su seca garganta, no consiguió tranquilizarla. Trató de olvidar la imagen de Ryan en medio de un charco de sangre, pero sabía que si volvía a entrar en calor, no lo conseguiría con agua del grifo, sino con algo que proviniera de una botella. Maldijo el hecho de que cada gota de alcohol que había en la suite estaba a pocos metros del sofá en el que Mark estaba durmiendo. Sin embargo, aquello no fue suficiente para disuadirla.

Respiró profundamente y cuadró los hombros. Aparentemente, aquella noche era para enfrentarse a los retazos del pasado que habían quedado sin resolver. Parte de esos retazos estaban relacionados con el agente del FBI que dormía en el salón.

Su plan de servirse una copa sin que él se enterara se desmoronó en el momento en el que entró en el salón. Mark estaba tumbado en el sofá, tal y como ella había esperado, pero no estaba durmiendo, sino trabajando, estudiando los contenidos de una carpeta. Había varias lámparas encendidas, que iluminaban suavemente el salón.

Llevaba puestos unos pantalones de chándal de color gris y una camiseta negra. Tenía el cabello ligeramente alborotado y el rostro sombrío. Grace observó como sus ojos examinaban un papel y como su expresión se endurecía.

A pesar de lo mucho que la había molestado que él no quisiera hablar de su vida personal, se sorprendió mucho al darse cuenta de

que se alegraba de que él estuviera aún despierto. Se alegraba de que él estuviera allí para hablar.

Como si presintiera su presencia, Mark levantó la mirada. La sorpresa se le dibujó en el rostro y luego entornó los ojos.

—Grace, ¿te ocurre algo?

—No —respondió ella. Al recordar lo revuelto que tenía el cabello, se lo mesó rápidamente—. Simplemente no creí que estarías despierto.

—Lo mismo digo yo sobre ti.

—Estaba pensando en nuestro caso. En esos niños desaparecidos. Decidí que una copa me ayudaría a dormir.

—Probablemente no te haría ningún daño —dijo él, después de un momento. Se levantó y se dirigió hacia el bar—. Estaba pensando prepararme un té. ¿Que te parece si te hago los honores?

—Sólo si me preparas algo más fuerte que el té.

—Enseguida.

—¿Ha llegado ya algún fax sobre el abogado de Davenport?

—Todavía no —respondió Mark, mientras sacaba una bolsa de té de una caja—. Hace un rato recibí una llamada en el móvil del agente que está investigando a Stuart Harmon. Hasta ahora, parece un ciudadano ejemplar. El agente tiene que esperar hasta mañana, cuando abre el juzgado, para ver de cuántas adopciones se ha ocupado. ¿Te apetece un coñac?

—Sí —dijo ella.

Se acercó al sofá y se sentó.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Grace.

No podía dejar de admirar los esculpidos músculos del cuerpo de Mark,

—¿Qué es lo que te impide dormir? —quiso saber él mientras le servía una copa de coñac.

—Resulta difícil saberlo. He estado hablando con Bran. Me ha

dicho que te saludara de su parte.

—¿Cómo está?

—Divirtiéndose arrestando a los malos. No ha visto ni ha hablado con Tory por lo que su vida personal no parece ir tan bien. Dado que mi hermano prefiere reservarse sus sentimientos, se trata tan sólo de una teoría por mi parte.

—Probablemente acertada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a los de los cuerpos de seguridad se nos da muy bien hacer teorías.

—Tienes razón —comentó ella. Miró la mesa de café y vio que Mark tenía allí una carpeta con la palabra *Confidencial* escrita en enormes letras rojas. En una esquina de la mesa, estaba el sobre marrón que había llegado a la suite mientras ellos estaban en el salón con Iris Davenport—. Antes mencionaste que los archivos que has recibido son de un caso de Buffalo.

—Así es —afirmó Mark mientras se preparaba el té en el microondas.

Segundos más tarde, tomó la taza y la copa de Grace y se dirigió hacia el sofá.

—¿Es ese caso de Buffalo uno en el que has estado trabajando o es nuevo?

—Llevo algún tiempo con él.

—Gracias —dijo ella, tras aceptar la copa—. ¿De cuántos casos te estás ocupando en estos momentos? —añadió, antes de tomar el primer sorbo de coñac.

—¿Además del que nos ocupa?

—Además.

—La última vez que los conté eran veinticinco. Comencé a trabajar en este en octubre, cuando estuve en Buffalo para dar un seminario. Un detective de homicidios se presentó en mi hotel. Tenía dos casos en los que la única similitud parecía ser que las dos

víctimas eran chicas muy jóvenes. En opinión de su teniente, los asesinatos habías sido cometidos por personas diferentes, pero el instinto de aquel detective le decía que sólo había sido una persona. Me pidió que estudiara los dos casos. La semana pasada me llamó para decirme que otra chica de una edad similar a las dos primeras había desaparecido. Encontraron su cuerpo ayer. El detective quiere saber mi opinión sobre si el mismo asesino ha matado también a la víctima número tres.

—¿Cuál es el veredicto? ¿Crees que se trata tan sólo de un asesino?

—Estoy un noventa y nueve por ciento seguro de ello.

—¿Me puedes contar los detalles de cada caso?

—¿Por qué quieres que lo haga? No creo que sea una conversación muy agradable —comentó él, mientras removía la bolsita de té.

—¿Se te olvida que soy policía, Santini? He trabajado en Homicidios. Los policías hablan con sus compañeros sobre los casos en los que están trabajando.

—Conozco muy bien lo preparada que estás, sargento McCall. ¿No podías dormir por nuestro caso o acaso fue por algo que surgió en la conversación mientras charlabas con Bran? Sé que estás preocupada por él.

—Hazme un favor, Mark. ¿Quieres dejar de analizarme como si fuera uno de los delincuentes de tus casos supersecretos? Sospecho que tú también habrás tenido noches de insomnio de vez en cuando, aunque no quieras admitirlo —le espetó ella.

Se sentía bastante molesta. ¿Por qué iba a decirle ella la razón por la que no podía dormir cuando Mark jamás le contaba nada de su vida privada?

—¿Y por qué no iba a admitirlo?

—Porque eres un agente federal, Santini. Reconocer que padeces insomnio de vez en cuando podría ponerte al mismo nivel que una policía corriente como yo. Tal vez incluso te haría parecer humano.

—Se me había olvidado lo desagradable que puedes llegar a ser, McCall. Aparentemente, se te ha olvidado que tienes esta oportunidad de insultarme porque yo te escogí para que me ayudaras en el caso Grayson. Y lo hice porque eres una excelente policía corriente.

—Sin embargo, no lo suficientemente buena como para que me hables de ese caso de Buffalo. ¿Sabes una cosa, Santini? Los policías hablan de sus casos con otros compañeros para tener una segunda opinión. Algunas veces, otro par de ojos puede percatarse de detalles que nadie había notado antes. Detalles que podrían significar algo. Tal vez incluso resolver el caso.

—Yo hablo de mis casos. Con otros agentes de la UDCM.

—Bueno, listo, pues ninguno de tus compañeros está aquí ahora —replicó Grace. Gracias al coñac, se sentía mucho más relajada y tranquila—. Mira, no podemos hacer nada en nuestro caso hasta que no tengamos más información sobre Harmon. Yo no puedo dormir. Tú estás trabajando en otro caso que necesita resolverse antes de que haya una víctima número cuatro. ¿Por qué no hablas sobre el caso mientras lo repasas?

—Un momento, McCall. Me estás utilizando como entretenimiento, ¿verdad? Como no podías dormir, decidiste que lo mejor que podías hacer era venir aquí a incordiarne.

—No consientas que nadie te diga que no eres muy perspicaz.

Mark soltó una carcajada que sorprendió a Grace. Cuando estaban juntos, él solía reírse con ganas. Siempre se habían sentido muy cómodos y relajados el uno en compañía del otro. ¿Cuántos domingos se habían pasado felices simplemente por estar el uno junto al otro? Cuando Mark se mudó a Virginia, Grace había echado desesperadamente de menos aquellos domingos.

—McCall, ¿te ha dicho alguien alguna vez que puedes ser un verdadero incordio?

—Tú, Santini. En un par de ocasiones.

—Sí... Me estoy acordando ahora de por qué te lo dije —dijo él, con una sonrisa—. Muy bien, tú ganas. Veamos si puedes ayudarme a averiguar quién es el asesino —añadió. Se inclinó para recoger los informes y los puso en orden. Cuando miró la primera página, la seriedad volvió a ocuparle el rostro—. La primera víctima de Buffalo fue asesinada un mes antes de que cumpliera quince años...

Durante una hora, Mark le estuvo mostrando informes y fotografías. Le contó la información que contenían y las teorías que él había desarrollado después de las visitas para que Grace tuviera una imagen cronológica de los asesinatos de Buffalo. Grace lo escuchaba atentamente, recostada sobre el sofá y realizando preguntas concretas y siempre acertadas. Mark se dio cuenta de que cuanto más hablaba, más ligera era la carga que transportaba sobre los hombros.

—Eso más o menos lo resume todo —dijo él, tras arrojar los informes encima de la mesa.

Grace estaba apoyada contra un rincón del sofá, envuelta en el albornoz y con un enorme cojín en la espalda. Sus ojos tenían un aspecto somnoliento y su rostro parecía relajado. Evidentemente, el coñac había surtido efecto.

—Bien, sargento McCall, ¿cuál es su opinión?

—El detective de Buffalo cree que se trata de asesinos diferentes porque los métodos que utiliza para deshacerse de los cadáveres son variados —replicó, con voz tan cansada como parecía.

—Así es —respondió Mark.

Le tomó la copa vacía de las manos y la dejó encima de la mesa.

—Sin embargo, tú no estás de acuerdo. Crees que sólo hay un asesino, que cambia su modus operandi entre los asesinatos. Lo hace porque cada vez está más confiado y se cree mejor.

—Se te da muy bien leerme el pensamiento, McCall y dado que estás a punto de quedarte dormida, podemos terminar esta conversación por la mañana.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—Tú pareces tan cansado como yo. Tal vez más.

—Puede ser.

En silencio, Mark admitió que la palabra «*cansado*» no servía para definir como se sentía. Si tenía suerte, conseguiría dormir un par de horas, aunque sin descansar en realidad. Entonces, las imágenes del horror y de la muerte de la que era testigo a diario comenzarían a asaltarle el cerebro y se despertaría, sudando y con el corazón a punto de salirse del pecho. Por amarga experiencia, sabía que en cuanto se despertara, ya no podría dormir más.

Entonces, sacaría sus carpetas y regresaría al interminable ciclo de leer informes y analizar fotografías. Se pasó una mano por el rostro. De algún modo, su vida se había convertido en un tiovivo de la muerte que nunca dejaba de dar vueltas.

Su vida. En Virginia, tenía una casa alquilada, un armario lleno de trajes hechos a medida y un Mercedes. El resto de su dinero iba destinado a una jubilación que jamás se veía tomando, dado que no tenía nada más que su trabajo.

La suave y tranquila respiración de Grace lo devolvió a la realidad. Se había quedado dormida. Las oscuras pestañas le ensombrecían las mejillas. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y el cabello negro le caía sobre el cojín que tenía a la espalda.

Mientras la observaba, notó una vez más lo pálida que estaba y se volvió a preguntar lo que le habría impedido conciliar el sueño. Fuera lo que fuera, no le costaba trabajo admitir que no le importaba lo que la había hecho salir del dormitorio. Simplemente se alegraba de ello.

Se levantó y apagó las luces. A sus espaldas, Grace se rebulló en el sofá. Mark escuchó el delicado cambio de su respiración cuando su sueño se hizo más profundo. Cerró los ojos y sintió que la fatiga se apoderaba de él.

La simple presencia de Grace era como una canción de seducción que asaltaba sus agotados sentidos. Incapaz de resistirse, se acercó al

sofá y se sentó a su lado. Ella se movió y entonces, se acurrucó contra él.

Mark sonrió. A Grace le gustaba dormir abrazada. Siempre había sido así. Por encima del deseo, sintió una satisfacción mucho más poderosa. Tan sólo por una noche, ella era suya. Al menos, hasta que regresaran los sueños y lo hicieran despertarse del inquieto descanso que hubiera podido tener.

La abrazó, cerró los ojos y se quedó dormido.

Mark se despertó envuelto en un aroma de mujer. Parpadeó al notar la luz de la mañana, que iluminaba las maderas y el mármol de la suite. No estaba seguro de qué le había sorprendido más, si despertarse con Grace McCall entre sus brazos o haber dormido toda la noche, algo que no había conseguido en al menos un año, más bien dos. ¿Qué era lo que tenía aquella mujer, solo aquella mujer, que podía domar los demonios que había es su interior?

Estaban tumbados de costado, apretados el uno junto al otro, casi nariz contra nariz. Una hermosa y torneada pierna le descansaba sobre el muslo y la palma de una mano contra el pecho, como si ella hubiera decidido controlar los latidos de su corazón durante la noche.

Como no deseaba romper el hechizo, Mark permaneció inmóvil, con un brazo atrapado debajo de la cintura de ella mientras el silencio flotaba entre ambos. Trazó la curva de la mejilla y la jugosa boca con la mirada. Grace tenía el alboroz ligeramente abierto, lo que le permitía vislumbrar la suave hinchazón de un seno. El olor que emanaba de ella le llenaba los pulmones, por lo que tuvo que contenerse para no abrirle del todo el alboroz.

A pesar del deseo, reconoció que lo que sentía hacia ella no era sólo físico, sino también sentimental. Le estaba devolviendo algo que no sabía que había perdido, algo que no era capaz de nombrar, pero que fuera lo que fuera, Mark ya no estaba seguro de que pudiera prescindir de ello.

Trató de pensar del mismo modo en el que lo hacía cuando analizaba un caso, pero no lo consiguió. Siempre le había resultado fácil separarse de sus sentimientos, pero ya no le parecía posible, al menos en lo que se refería a Grace. Ella era la única persona que le hacía preguntarse cómo sería su vida si hubiera tomado otras decisiones. Los años que había pasado sin verla, sin tocarla, se le acumularon de repente. Sólo pensar que tendría que volver a separarse de ella le provocó un nudo en el pecho.

Grace seguía durmiendo. Mark le acarició el cabello suavemente. ¿Adónde los habría llevado la vida si sus pasados no hubieran sido tan diferentes? ¿Si, cuando era nato, él hubiera aprendido otra cosa que no fuera lo eficaz que puede resultar la violencia? ¿Si alguien de la ciudad en la que vivía no hubiera mirado al otro lado y hubiera ayudado al niño aterrorizado que había sido él?

De repente, empezó a sonar el débil tono de llamada del fax. Se imaginó que sería la información sobre Stuart Harmon.

Cerró los ojos. Grace y él se pasarían la mayor parte del día repasando la información que estaba imprimiendo el fax. Por la mañana, tenían que volar a la ciudad de Oklahoma y luego recorrer en coche la distancia que separaba la ciudad de Winding Rock para reunirse allí con Harmon. Entonces, ya tendrían preparado un plan para poder enfrentarse mejor al amigo abogado de Davenport.

Aún dormida, Grace suspiró y se movió contra él. Durante un instante, la sangre pareció mandar en él. Era cálida, encantadora y real. Más que nada, la deseaba. A pesar de todo, se contuvo.

Había accedido a mantener su relación como colegas, lo que era lo mejor. El problema era que a su cuerpo no le importaba lo mejor, al menos no mientras el aroma que emanaba del cuerpo de Grace lo atravesara como una dulce promesa que le hacía creer que podría volver a tenerla. Ansiaba tocarla, quitarle aquel albornoz y llenarse las manos con sus senos. Alimentarse de aquella cálida y aromática piel mientras dejaba que su carne se fundiera con la de ella.

Apretó los dientes y se recordó que Grace y él no tenían futuro. En menos de una semana, él probablemente estaría en otra parte, trabajando en otro caso. Ella habría regresado a su casa, para seguir con la vida que se había construido. Una vida que no estaba en sincronía con la de él.

El deseo le onduló la piel al tiempo que el arrepentimiento llenaba el aire como si fuera un humo invisible. A pesar de todo, Mark se obligó a pensar en el trabajo. Se apartó de ella, se levantó y la dejó a solas.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Grace y Mark se marcharon de Las Vegas en un avión con dirección a la ciudad de Oklahoma. Después de un trayecto en coche de una hora, llegaron a Winding Rock. A pesar de la lluvia, Grace comprobó que Iris Davenport había estado en lo cierto. El ambiente que reinaba en la ciudad tenía la refinada elegancia que significaba dinero.

Segundos después de que Mark aparcara el coche bajo el toldo verde del hotel *Mirador Resort*, un portero uniformado abrió la puerta de Grace y le ofreció una mano enguantada. En el momento en el que bajó del coche, Grace sintió una gélida sensación en el cuerpo. Su instinto le decía que aquel sentimiento no tenía que ver sólo con la fría lluvia. Llevaba siendo policía el tiempo suficiente como para saber que la estaban vigilando.

Esa sensación de ser observada se acrecentó cuando atravesaron la puerta giratoria del hotel y entraron en el silencioso vestíbulo. Se detuvieron en la lujosa recepción, donde Mark se encargó de registrar a ambos en la suite que había reservada para los Calhoun. Mientras esperaba, Grace se quitó el abrigo y observó el vestíbulo.

Había varios hombres sentados cerca de una chimenea en la que rugía un hermoso fuego. Aparentemente, habían elegido el lugar para celebrar una reunión de negocios, por lo que se deducía de las tazas de café y las carpetas que había sobre la mesa. Una mujer ataviada con una blusa blanca y una chaqueta roja se ocupaba de colocar lazos sobre un árbol de Navidad y un hombre con idéntico atuendo permanecía sentado tras el mostrador del conserje. Estaba

hablando por teléfono sin dejar de realizar notas sobre un cuaderno. Al otro lado del vestíbulo, una pareja cuyo aspecto delataba riqueza y posición social se había detenido para admirar una de los óleos que adornaban las paredes a intervalos muy precisos.

Grace no pudo descubrir a nadie que pareciera tener el mero interés en ellos. Sin embargo, se sentía vigilada.

—¿Has terminado ya, cariño? —le preguntó a Mark, tras colocarle una mano sobre el brazo.

—Casi —respondió él mientras le entregaba una tarjeta al encargado de recepción. Entonces, se quitó el abrigo—. Me siento igual que tú —añadió, indicándole así que él también se sentía vigilado—. Estoy deseando llegar a la suite para poder relajarnos.

El encargado le dedicó a Grace una cortés sonrisa y le entregó una pequeña carpeta de piel.

—Cuando se realizó su reserva, también se le reservó plaza en el spa, señora Calhoun —dijo él—. El horario de las clases está ahí dentro.

—Gracias —contestó Grace, con una sonrisa.

Miró el horario y se juró que cuando terminara aquella misión, no iba a volverse a subir jamás en una bicicleta de ejercicios.

El encargado volvió a mirar la pantalla del ordenador y se dirigió a Mark.

—Se les ha reservado mesa para cenar a las siete de esta noche en el salón *Sabroso*.

—Gracias —dijo Mark.

El encargado hizo una seña al botones para que se hiciera cargo del equipaje.

—Charles les mostrará su suite. Si hay algo más que podamos hacer para que su estancia en el *Mirador* sea más agradable, no dejen de decírnoslo.

Subieron en un ascensor de cristal hasta la última planta. Charles les abrió una puerta y dejó que Grace entrara en primer lugar.

La suite estaba decorada con mucha elegancia. Inmediatamente, Grace se acercó a una de las ventanas y apartó la cortina. El lago que Iris había mencionado se veía a pocos metros del hotel.

Mientras tanto, Charles entró el equipaje en la habitación y lo llevó a través de una puerta doble hacia el dormitorio. Grace dejó su bolso y su abrigo en el sofá y se asomó a la habitación. Desde allí, vio una cama con dosel, flanqueada por dos mesillas de noche con dos lámparas de lectura.

Cuando el botones salió del dormitorio, Mark le entregó un billete doblado.

—¿Se sabe hasta cuándo va a durar la lluvia?

—Al menos durante unas horas más, señor.

—Tal vez tengamos que ir nadando al despacho de Harmon — comentó Mark mientras dejaba su maletín sobre la mesita de café que había delante del sofá.

—No importa —replicó Grace. Sabía que el botones podría estar en la nómina del abogado—. Si tenemos que hacerlo, iremos hasta remando.

—No te preocupes —respondió Mark—. Esta vez nada se va a interponer en nuestro camino.

Esperó hasta que la puerta se cerró y se quedaron a solas para sacar los dos dispositivos para detectar escuchas ilegales. Sin decir nada, le entregó uno a Grace. Cuando ella encendió su unidad, apareció una luz roja. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. La luz roja significaba que había instalado un dispositivo de escucha.

—Esta suite es preciosa —dijo, mostrándole a Mark el aparato—. Resulta muy acogedora.

—Es algo más pequeña que la que teníamos en Las Vegas, pero tienes razón. Tiene cierto ambiente.

Con la segunda unidad en la mano, Mark se dirigió hacia el dormitorio. Un segundo más tarde, reapareció en la puerta.

—Cariño, el madrugón y el vuelo me están pasando factura. Voy a

darme una ducha y a echarme una siesta antes de nuestra reunión con Harmon. ¿Te interesa acompañarme o te vas al gimnasio?

—El gimnasio puede esperar —respondió Grace, con un murmullo de voz—. Prefiero el ejercicio que tú tienes en mente.

—Te aseguro que trataré de que las siguientes tres horas merezcan la pena —replicó él, con una sonrisa.

La voz de Mark era tan suave como el terciopelo. Con la mirada firme, contempló a Grace mientras se acercaba hasta él.

Al notar cómo se le aceleraba el pulso, Grace se recordó que eran simples actores en una obra de teatro. Sólo estaban representando un guión para quien los estuviera escuchando. Entró en el dormitorio y notó que él cerraba la puerta a sus espaldas. Entonces, le mostró el dispositivo para que ella viera la luz verde.

—Sólo han colocado micrófonos en el salón —afirmó él—. Este dormitorio y el cuarto de baño están limpios. Tiene sentido. Si fuéramos policías que se hacen pasar por un matrimonio, no pasaríamos mucho tiempo en el dormitorio. Utilizaríamos el salón para escribir informes, hablar sobre el caso y realizar llamadas telefónicas.

—¿Estás seguro de que no nos pueden escuchar a través de la puerta o de las paredes?

—Completamente. La frecuencia es demasiado alta como para que nosotros podamos escucharla, pero este dispositivo emite un ruido electrónico que impide que nuestras voces se puedan captar desde el salón —le explicó, mientras colocaba el aparato en una cómoda—. Sin embargo, tenemos que tener en cuenta que cuando hablemos en el salón, volvemos a ser los Calhoun —añadió.

—Entendido.

Cuando miró la enorme cama con dosel, Grace sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No quería sacar el tema de cómo iban a dormir, pero dado que en el salón estaban vigilados, tenía que hacerlo.

—Tenemos que hablar de dónde voy a dormir yo —dijo él, como si le hubiera leído los pensamientos.

—Sí —contestó ella, dándose la vuelta de nuevo.

—En Las Vegas pude dormir en el salón porque no nos estaban vigilando, pero aquí no lo puedo hacer, Grace.

—Lo sé —repuso ella. Se dirigió a la cama y abrió la tapa de la maleta que el botones había dejado allí—. Los Calhoun están felizmente casados. Locamente enamorados. De hecho, se encuentran en éxtasis al comprender que su sueño de tener un hijo está a punto de hacerse realidad. Es un momento que han estado esperando durante mucho tiempo y no dormirían en habitaciones separadas bajo ningún concepto. Uno de nosotros puede dormir en un camastro en el suelo.

—Lo haré yo. Comprendo que esto es mucho más de lo que estabas dispuesta a hacer cuando accediste a trabajar en esta misión —comentó él.

Se quitó el abrigo y lo dejó encima de la cama.

—Tú me diste la oportunidad de ayudarte en esta operación —repuso ella—. Yo decidí trabajar contigo, lo que significa que tendré que enfrentarme a lo que se me ponga por delante, tanto si me gusta como si no. Y tú también.

—Es cierto. Menos mal que el problema de dónde dormir no surgió durante la última operación en la que tuve que adoptar una personalidad diferente.

—¿Por qué?

—Se me asignó como compañero un agente de Antivicio de más de cien kilos. Dudo que dormir cerca de él hubiera sido lo mismo que contigo.

—Siempre supiste como dedicarle un piropo a una chica —bromeó ella, mientras metía un montón de jerséis en la cómoda—. Somos adultos. Profesionales. Hemos acordado mantenernos completamente centrados en nuestro trabajo. No debería haber

ningún problema entre nosotros.

—No —afirmó él, sin dejar de mirarla.

Una extraña sensación despertó los sentidos de Grace. De repente, el dormitorio que le había parecido tan espacioso resultaba pequeño. Íntimo.

—Bueno, y hablando del trabajo... —prosiguió Mark—. Dentro de tres horas tenemos una cita con el abogado del que sospechamos que vende niños secuestrados a parejas sin hijos que le pagan una fortuna por ellos. Sin embargo, sobre el papel, ese tipo parece un ciudadano ejemplar.

—Un ciudadano ejemplar con mucho dinero —lo corrigió Grace—. Gracias a la herencia que le dejó su bisabuelo. Además, Harmon dona anualmente miles de dólares a diversas organizaciones benéficas —añadió, repasando en voz alta la información que habían recibido sobre el abogado—. Trabaja como voluntario en la iglesia, a la que asiste regularmente. ¿Tiene, un hombre tan rico y que hace tan buenas obras, tiempo o deseos de vender los niños que secuestra tras asesinar a sus madres?

—Si hay algo que he aprendido en este trabajo es que hay apetito y mercado para todo. Algunas veces, la persona que tiene ese apetito es de la que menos se sospecha —comentó Mark, aflojándose la corbata.

—Sí, tienes razón —repuso ella.

Estaba observando atónita como los largos y fuertes dedos de Mark desabrochaban el botón de la camisa. Aquel movimiento tan familiar le hizo retroceder seis años. Cuando eran amantes, terminaban todos los días repasando los casos y relajándose mientras se ponían más cómodos. ¿Cuántas veces se había sentado Mark en la cama, elucubrando teorías, mientras se quitaba la corbata y se desabrochaba la camisa? Y siempre, inevitablemente, terminaban sobre esa misma cama, arrancándose lo que les quedaba de ropa, medio locos por devorarse el uno al otro.

El recuerdo parecía tan real, tan erótico, que Grace casi no pudo respirar por el deseo que la envolvía como una gruesa y pegajosa tela de araña. Apartó la mirada de la de él y tras agarrar un puñado de ropa interior, lo metió en la cómoda.

De espaldas a Mark, cerró los ojos. La necesidad, el deseo que la atenazaba era tan fuerte que por un momento, no quiso resistirse a él. Ansiaba poder actuar al respecto.

—Durante los últimos cinco años, Harmon ha representado a parejas en más de setenta adopciones —dijo Mark, sin saber que la libido de Grace se había puesto al máximo.

Ella comprendió que aquellas sensaciones tenían un inmenso peligro. Supo también que tenía que controlarse. Como no quería analizar sus emociones, se obligó a seguir el hilo de la conversación que había empezado Mark.

—Más de setenta adopciones —repitió, sorprendida de que su voz pudiera sonar tan relajada, tan firme—. En todas ellas, estuvieron implicadas en el proceso agencias de adopción completamente legítimas. Todo fue aprobado por un tribunal y se redactaron los documentos pertinentes.

—Entonces, aparece Davenport. Ella falsificó documentos para hacer que pareciera que una trabajadora social se había hecho cargo de los bebés para entregarlos a las agencias de adopción. En vez de eso, esos bebés desaparecieron sin dejar rastro. A continuación, Davenport nos da el nombre de Harmon.

—El ciudadano ejemplar —comentó Grace, antes de cerrar el cajón—. Si Harmon está metido en esto con Iris, resulta difícil creer que lo esté haciendo por dinero.

—Algunas personas nunca tienen suficiente.

—Es cierto. Ese hombre es un enigma. Es como si estuviéramos enfrentándonos a gemelos. Tal vez cuando lo conozcamos, sepamos mejor quién es. Lo que lo empuja a hacer esto.

—Tal vez.

—No hago más que pensar en la muchacha que piensa que va a entregar su bebé a los Calhoun. El agente del FBI que se ha infiltrado en la clínica en la que trabaja Iris aún no ha averiguado de quién se trata.

—Tal vez no sea paciente allí. Davenport no dijo nunca que así fuera.

—Es cierto. Además, ni siquiera podemos estar seguros de que lo que dijo esa mujer sobre el pasado de la joven fuera cierto. Lo único que es cierto es que esa chica va a dar a luz cualquier día. ¿Y si cambia de opinión? ¿Y si decide que no desea entregar a su hijo?

—Si Davenport está cerca, esa muchacha corre el peligro de que le inyecte una dosis de anticoagulante.

—Mark, no podemos dejarla a solas sin protección. Tenemos que convencer a Harmon para que nos deje conocer a la madre. Si no lo conseguimos, tal vez podamos obligarla a que nos diga algo más sobre ella. Algún detalle que nos indique dónde está.

—Estoy de acuerdo.

—Cuando trabajo en un caso, lo comparo a hacer punto — comentó ella, con aspecto pensativo, mientras cerraba la maleta.

—¿A hacer punto?

—Sí. Si se comete un error, la prenda entera puede deshacerse en un abrir y cerrar de ojos, tenemos que encontrar el punto que está suelto en este caso.

—Y cuanto antes mejor —afirmó Mark—. En este momento, lo único que tenemos son dos asesinatos y dos secuestros; y como mucho, una acusación circunstancial contra Davenport. Necesitamos pruebas sólidas para detenerla, por no mencionar datos sobre dónde están esos bebés.

—Si el senador Grayson supiera los pocos progresos que estamos haciendo para encontrar a su nieta, probablemente le daría un ataque al corazón.

—Y eso sería después de reducir el presupuesto del FBI a la mitad

—comentó él—. Cuando uno se enfrenta al asesinato, sólo hace falta un pequeño error para dejar un agujero por el que alguien pueda asomarse y averiguar la verdad. El senador Grayson fue el error de Davenport.

—¿Cómo? —preguntó Grace.

Se había sentado en la cama para poder poner una distancia segura entre ambos.

—Lo único que Davenport sabía sobre las dos mujeres era que se trataba de vagabundas. De personas sin hogar. Vivían en la calle o en un albergue. Ninguna de ellas puso el nombre de ninguna persona de contacto en su ficha de la clínica. Davenport dio por sentado que no tenían a nadie que se preocupara por ellas o por sus hijos, pero el padre de Andrea Grayson sí se preocupó por ella.

—Y el senador tiene una voz muy potente —observó Grace.

—Si no hubiera sido por él, Davenport podría haber cometido esos dos asesinatos sin que nadie se enterara, lo que demuestra el papel tan importante que el destino ha representado en este asunto.

«*Muy importante*», pensó Grace mientras estudiaba el duro perfil de Mark. Si no hubiera sido por el destino, ella podría haber vivido el resto de sus días sin volver a ver al agente especial Santini. Sin tener que ser testigo de como se marchaba una vez más. En sus propias carnes, había comprobado que el destino no era siempre amable.

Mark y Grace, en sus papeles del matrimonio Calhoun, entraron en el despacho de Stuart Harmon a las tres de aquella tarde. El despacho estaba decorado con lujosos y caros muebles y contenía estanterías en las que se apiñaban innumerables libros de Derecho. Delante de una pequeña chimenea de piedra, había unos sillones de cuero formando un semicírculo. A Mark lo sorprendió el hecho de que el despacho destilaba confianza y seriedad. Un buen lugar en el que empezar una familia.

—Señor y señora Calhoun, es un placer conocerlos.

—Nos alegramos mucho de estar aquí —dijo Mark, estrechando

con fuerza la mano de Harmon.

El abogado tendría poco más de setenta años y era una persona elegante y bien educada. Era alto y tenía el cabello de color gris y se comportaba con modales y movimientos algo pasados de moda. A pesar de que a ojos de Mark parecía un abuelo, resultó evidente por el modo en el que estrechó la mano de Grace que la edad no impedía que Harmon reconociera la belleza de una mujer en cuanto la veía.

El atuendo que Grace había escogido para la reunión era un traje de pantalón azul marino y una camisa blanca con un alfiler de diamantes en el cuello. Por su parte, Mark llevaba un traje negro de raya diplomática, con una camisa blanca y corbata roja y marfil. Los dos eran la imagen de la pareja perfecta, cuyas ropas y joyas eran un ejemplo de buen gusto y riqueza.

—Han tenido que salir con esa lluvia tan desagradable —dijo Harmon—. Sentémonos al lado del fuego para que los dos entren en calor.

—Eso suena maravilloso —murmuró Grace.

Antes de tomar asiento, Mark se fijó en el hecho de que no había ningún documento ni archivo esperando la inspección de Harmon. No era la imagen típica del despacho de un abogado.

—¿Desean que mi secretaria les traiga un café o un té? —les preguntó.

—Nada para mí —respondió Mark—. ¿Y tú, cariño?

—No —contestó Grace, con una sonrisa algo inquieta—. Estoy muy nerviosa y probablemente me derramaría el café encima.

—Es un momento muy emotivo para ustedes —replicó Harmon.

—Sí —afirmó Grace, sin dejar de tocar el alfiler de diamante que llevaba en la garganta—. Señor Harmon, mi esposo y yo estamos encantados de haberlo encontrado. Agradecidos sería una palabra más exacta. Llevamos tanto tiempo deseando un bebé, que ni siquiera puedo decirle lo que esto significa para nosotros —añadió, con voz muy afectada y nerviosa.

—Mi esposa y yo tenemos tres hijos propios, señora Calhoun — comentó Harmon, con una sonrisa—. Si no hubiéramos sido tan afortunados, sólo puedo imaginarme lo vacía que habría sido nuestra vida juntos. Por eso, en cierto modo, comprendo como se sienten usted y su marido. Me alegro de poder formar parte de un momento tan feliz.

—Por la información que Grace y yo le proporcionamos, ya sabe que intentamos llevar a cabo una adopción privada con anterioridad —dijo Mark.

—Y que la madre biológica cambió de parecer en el último momento —completó Harmon, con una cierta compasión en el rostro—. Una desgracia. Eso debió de ser una profunda desilusión para ustedes.

—Así es —afirmó Mark. Entonces, extendió la mano y tomó la de Grace—. No se nos había permitido conocer a la madre biológica. Más tarde, no pudimos evitar preguntarnos si el hecho de haberla conocido habría supuesto una diferencia.

—¿Cómo?

—Ella habría podido conocernos —explicó Grace, con voz temblorosa—. Habría visto con sus propios ojos lo mucho que Mark y yo íbamos a querer a su pequeño. Señor Harmon, tenemos tanto amor que dar a un niño...

—Eso ya lo veo.

—¿Puede ver también las razones que tenemos para desear conocer a la madre biológica? —preguntó Mark.

—Por supuesto —respondió Harmon—, pero me temo que eso no es posible.

—Le pedimos que lo haga posible —insistió Mark.

—He tenido varias conversaciones con la joven —explicó Harmon pacientemente—. El hecho de que el padre de la criatura ya no forme parte de su vida ha tenido mucha importancia a la hora de tomar la decisión de dar a su hija en adopción. Ella ha insistido mucho en que

no desea conocer a los padres adoptivos. Prefiere no ver a la niña después del nacimiento. Básicamente, tiene la intención de seguir con su vida como si la niña no hubiera existido nunca.

—Eso no es posible —le espetó Grace—. Ella lleva a su hija en su seno, cerca de su corazón. ¿Cómo es posible que se pueda olvidar de que esa niña ha existido? ¿Cómo puede negar una vida tan preciosa?

—Cariño... —susurró Mark, con un nudo en el estómago.

Vio que los ojos de Grace se habían llenado de lágrimas y que estaba pálida como la muerte. No sabía a qué se debía una reacción tan emotiva. Lo único de lo que estaba seguro era que en aquellos momentos, Grace no estaba fingiendo.

Le apretó con fuerza la mano. Cualquiera alteración de la historia que habían preparado podría poner en peligro la operación. Sin embargo, no era el caso lo que le había despertado todos sus instintos de protección. Grace era una policía decidida y dura. Sin embargo, en aquellos momentos parecía una mujer frágil e indefensa.

—Permíteme que te lleve de vuelta al hotel —dijo. Levantó las manos unidas y se llevó la de Grace a los labios. Notó que tenía los dedos helados—. Allí, te podrás tumbar un rato. Estoy seguro de que el señor Harmon comprende el estrés al que estás sometida. Al que estamos sometidos los dos.

—Por supuesto —afirmó el señor Harmon—. Podemos concertar otra cita para...

—No. Estoy bien —lo interrumpió Grace, apretándose la mano contra el vientre—. Lo siento, es que... Estoy bien —repitió, tras dedicarle una débil sonrisa a Mark.

—Entregar a un niño es un asunto muy emotivo par todas las partes implicadas —comentó Harmon.

—Sí —dijo Grace, apretando con fuerza la mano de Mark—. Señor Harmon, usted se ha ocupado de muchas adopciones. Estoy segura de que comprenderá mi reacción. Mark y yo llevamos tanto tiempo

esperando un hijo. Tanto tiempo...

—También debe usted tratar de entender los sentimientos de la madre biológica, señora Calhoun. Ella va a entregarle a su hija. Aunque lo hace voluntariamente, es una pérdida que muchas personas comparan con la muerte. Una situación que cambia por completo una vida. No puedo culpar a la madre por tratar de conseguir que la situación sea tan fácil para ella como sea posible.

—No hay nada fácil en todo esto —comentó Mark, acariciando suavemente el cabello de Grace. La palidez había desaparecido de su rostro y parecía mucho más tranquila. A pesar de todo, sentía una enorme curiosidad por lo que habría provocado aquella reacción. Lo descubriría muy pronto—. Como no hay nada fácil, a Grace y a mí nos preocupa que la madre biológica cambie de opinión antes de que nazca la niña. Tal vez incluso después. Por eso, nos gustaría conocerla. Para tratar de impedir que eso pueda ocurrir.

—El contrato que firmarán los protegerá contra eso, señor Calhoun.

—No hay ningún contrato blindado —replicó Mark—. Por cierto, hablando de contrato, me gustaría verlo. Y quiero que mi abogado lo revise.

—El documento aún no ha sido preparado.

—Me daba la impresión de que nos ocuparíamos hoy del papeleo y de otros detalles —dijo Mark, entornando los ojos.

—Para serles sincero, la madre biológica me pidió que los conociera en persona. Que los evaluara como posibles padres para su hija. Que realizara un último examen, si prefieren llamarlo así. Si suspendían, no habría necesidad alguna de contrato.

—Un examen —repitió Grace, levantando la barbilla—. ¿Y hemos aprobado o hemos suspendido, señor Harmon?

—Han aprobado con honores —contestó Harmon—. Resulta evidente que adorarán a esa niña. Que la amarán como si fuera suya —concluyó. Se puso de pie, indicando así que la reunión había

terminado—. Haré que mi socio redacte el contrato.

—Gracias —dijo Grace—. Gracias.

—¿Cuándo veremos el contrato? —preguntó Mark, sin soltar a Grace de la mano. Le resultaba difícil creer que Harmon los dejara marcharse de su despacho sin haberles pedido primero una cuantiosa señal.

—Regresen mañana a la misma hora que hoy. Creo que podremos dejar todo bien atado mañana —prometió Harmon—. Bueno, todo menos el nacimiento de la pequeña. Eso depende de un poder superior —añadió. Entonces, dio un paso hacia ellos con una profunda sonrisa en el rostro—. Si todo sale como está planeado, tendrán a su hija para el día de Navidad.

Capítulo 11

Para Grace, el trayecto en coche bajo la torrencial lluvia entre el despacho de Harmon y el hotel pareció interminable. No era sólo que le pesara la exagerada reacción que había tenido en el despacho del abogado, sino también que el pequeño dispositivo que Mark llevaba en el bolsillo del abrigo los había alertado de la presencia de un micrófono que se había instalado en el coche de alquiler mientras estaban con Harmon. Por necesidad, habían tenido que mantener una conversación en línea como lo habrían hecho los Calhoun.

Cuando llegaron a la suite, Grace tenía un profundo dolor de cabeza. En el dormitorio, miró la cómoda y vio que aún lucía la luz verde en el dispositivo de control. Para estar seguros, Mark utilizó su detector para comprobar que nadie había instalado micrófonos en el cuarto de baño.

Mientras se frotaba la frente, Grace encendió la luz de la mesilla de noche.

—Todo en orden —dijo él, cuando salió del cuarto de baño.

—Iris y sus amigos son sinónimo de negocio —comentó, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el armario.

A continuación, hizo lo mismo con la chaqueta.

—Así es.

No se había dado cuenta de que Mark se le había acercado. Al darse la vuelta, vio que él también se había quitado el abrigo y la chaqueta del traje. Cuando estiró la mano para tomar una percha, el espacio que había entre ambos se redujo.

—Antes te felicité por sus facultades interpretativas —comentó

él, sin dejar de mirarla muy fijamente a los ojos—, pero la reacción que tuviste en el despacho de Harmon no fue una interpretación. ¿Qué es lo que está pasando, Grace?

Como estaba demasiado cerca, Grace lo esquivó y se acercó a la cómoda. Ella le había abierto su vida entera a él y sin embargo, Mark no le había contado nada de la suya. El hecho de que Ryan y ella fueran a tener un hijo era una de las pocas cosas que no había compartido con el hombre cuya presencia había pesado como una losa durante el último año de su matrimonio. No deseaba compartir ese detalle con él.

«*Tienes que hacerlo*», replicó la policía que llevaba en su interior. Mark y ella estaban trabajando en una operación con identidades falsas. Sus vidas podrían depender de saber cómo cada uno podía reaccionar en situaciones extremas. Por esa razón, le debía a Mark una explicación.

—No te lo conté antes porque no tenía ni idea de que reaccionaría así —dijo, mientras se quitaba el alfiler de diamantes del cuello de la camisa y lo metía en el cajón—. De repente, me... me golpeó.

—¿De qué estás hablando?

—Ryan y yo habíamos decidido tener un hijo —contestó, con un hilo de voz. No tenía necesidad de decirle que había esperado que un niño cerraría la distancia emocional que su pasado con él había puesto entre Ryan y ella—. Siempre habíamos pensado tener una casa enorme llena de niños. Sentí náuseas dos mañanas seguidas y empecé a sospechar que estaba embarazada. No se lo dije a Ryan porque quería estar segura primero. No quería que él se desilusionara. Me llevé a casa dos pruebas de embarazo. Las dos dieron positivo, pero preferí no decírselo a Ryan porque quería que un médico lo confirmara. La enfermera me llamó una tarde con los resultados. Yo estaba tan emocionada... No hacía más que saltar como una niña el día de Navidad. Como Ryan estaba trabajando, lo llamé y le pedí que se reuniera conmigo en un restaurante cuando

parara para cenar. Estaba tan ansiosa por contárselo que llegué allí casi una hora antes. Cuando se lo dije a Ryan, él se puso tan contento como yo. Tal vez más —comentó, con una sonrisa—. Desde el principio, había presentido que sería una niña, por lo que empezamos a escoger nombres. Ryan y yo nos moríamos de ganas por contárselo a nuestras familias. Sin probar la comida, nos pusimos a llamarlos a todos con nuestros teléfonos móviles. Después de cenar, Ryan pagó la cuenta y yo me fui al aseo. Cuando salí, la camarera me dijo que él había salido al aparcamiento. Cuando me disponía a salir, escuché el disparo —susurró, abrumada por el dolor—. Lo supe. De algún modo supe que Ryan... Le grité a la camarera que llamara a la policía, saqué mi pistola del bolso y eché a correr. Vi al hombre. Aún tenía la pistola en la mano y había echado a correr. Tenía una extraña cojera. Cuando llegué al lado de Ryan, él aún seguía con vida —musitó, ya con lágrimas en los ojos—. Él... él pronunció mi nombre y... entonces falleció.

—Grace... —murmuró Mark.

Se había acercado a ella y le había colocado una mano sobre el brazo.

—No. Déjame terminar —replicó ella, apartándole la mano—. Lo que ocurrió afecta a nuestro trabajo, por lo que necesito terminar.

—Muy bien.

—Después de eso, no recuerdo muy bien lo que pasó. No recuerdo haberlo hecho, pero le di al policía que me atendió la descripción del sospechoso. Lo arrestaron aquella misma noche. Aún tenía la pistola.

—Bran me dijo que ahora está en el corredor de la muerte.

—Sí. Mi familia, la de Ryan... Todos estuvieron a mi lado. No habría podido superarlo sin... Nadie me culpó de lo ocurrido.

—¿Y por qué iban a haberlo hecho?

—Yo no hacía más que pensar que si hubiera esperado hasta que Ryan llegara a casa aquella noche para decirle lo del niño... Si no lo

hubiera llamado, si no hubiera elegido ese restaurante, él probablemente seguiría con vida.

—Eso resulta imposible saberlo. No puedes pensar eso —dijo, acariciándole suavemente la mejilla.

—Me despertaba todas las mañanas con náuseas. No me importaba, porque mi primer pensamiento incluso antes de abrir los ojos era para mi hijo. Entonces, me daba cuenta de que Ryan ya no estaba allí. No estaría presente para ver crecer a su hijo. Una noche, me desperté sintiéndome muy mal. Al principio, pensé que simplemente se me habían adelantado las náuseas de todos los días, pero empecé a temblar y a arder al mismo tiempo. Llamé a mis padres. Cuando llegué al hospital, tenía una fiebre muy alta. Me dijeron que tenía una gripe muy virulenta, tanto que el médico me ingresó en el hospital. Recuerdo estar tumbada en esa cama, tan débil que ni siquiera podía levantar la cabeza. No hacía más que pensar que el hecho de que yo estuviera enferma no era bueno para mi bebé. Que tenía que ponerme mejor por mi hija —susurró. Al ir recordando, Grace sintió que un puño le apretaba el corazón—. La perdí, Mark —añadió, con la voz desgarrada—. Dos días después de ingresar en el hospital, la perdí.

—Grace lo siento... Lo siento tanto...

—Sólo estaba embarazada de pocas semanas, pero eso no me importó. No la había visto, pero eso no importaba. Ya nunca la vería. Era mi hija. La hija de Ryan. Yo nunca podría olvidarla...

—Y hoy cuando Harmon dijo que la madre de esa niña tiene intención de dar a luz y de olvidarse de su hija, no pudiste soportarlo.

—Así es —musitó, muerta de dolor—. Aprendí a seguir con mi vida, pero yo nunca la olvidaré. ¿Cómo puede olvidarse una mujer del bebé al que le ha dado la vida?

—Muchas mujeres no son como tú, Grace. No consideran a sus hijos como algo a lo que adorar. Les pegan. Abusan de ellos.

El tono de voz con el que Mark había hablado hizo que Grace lo interrogara con la mirada.

—¿Es eso lo que te ocurrió a ti? ¿Es eso lo que querías decir cuando me comentaste que tu infancia había sido muy desgraciada? ¿Te pegaba tu madre?

—Lo que me ocurrió cuando sólo era un niño no importa.

—Mark...

—He dicho que no importa.

Grace se sintió furiosa ante la negativa de Mark de contarle aquella parte de su vida cuando ella acababa de relatarle el episodio más doloroso de la suya. Lo que había sido dolor y pena se transformó en ira.

—Bien, Santini, déjame que te diga que a mí sí que me importa — le espetó, al tiempo que lo golpeaba con un dedo en el pecho—. Yo te conté mi vida desde la primera vez que nos acostamos. Te hablé de mi pasado, de lo que quería para el futuro... Compartí mi familia contigo y ellos se compartieron también contigo. ¿Cuántas veces cenaste en casa de mis padres? ¿A cuántas fiestas de cumpleaños de un McCall acudiste?

—A muchas —admitió él, tras agarrarle la muñeca de la mano con la que ella no había dejado de golpearlo.

—¿Y qué parte de tu vida compartiste tú conmigo?

—El presente. Te di lo que tenía entonces. Créeme si te digo que no hay nada en mi pasado que tú hubieras querido que compartiera contigo.

—Te equivocas. Tanto si te gusta como si no, tu pasado te ha convertido en lo que eres.

—¿Acaso crees que soy cruel y malvado? —le preguntó. Tenía un extraño brillo en los ojos y le estaba agarrando la mano con mucha fuerza—. ¿Crees que voy pegando a los niños sólo porque se me acercan? ¿Que los maldigo sólo porque existen?

—Mark, no —respondió ella, atónita por lo que acababa de

escuchar—. Por supuesto que no creo que...

—Yo no me he olvidado de mi pasado, Grace. Simplemente me he escapado de él. Para mí, está muerto.

—Tal vez eso es lo que tú deseas, pero lo que veo en tu rostro y lo que escucho en tu voz me dice que no es así —replicó ella, soltándose de él—. ¿Por qué crees que eres diferente del resto de la gente? Todo el mundo arrastra fantasmas del pasado. Yo soy una de esas personas y por eso te acabo de explicar cómo fue ver cómo moría mi esposo. Cómo fue perder a mi hijo. ¿Crees que me resulta fácil hablar de esas cosas?

—No —dijo él, con expresión sombría—. Sé que te costó mucho. Me alegro de que me lo dijeras.

—Por supuesto que te alegras. Siempre he sido yo la que te lo contaba todo. Estuvimos juntos casi un año, pero tú nunca me dejaste entrar en tu vida. Ni siquiera una vez, Mark. Quería que me hablaras de tu terrible infancia. Que me dijeras lo que sentías sobre mí, sobre nosotros. Saber si yo te importaba...

—Sabes que me importabas mucho —replicó él, muy sorprendido. Entonces, le colocó las manos sobre los hombros—. ¿Por qué si no te habría pedido que te vinieras conmigo a vivir a Virginia?

—Me pediste que me mudara contigo, pero jamás mencionaste que querías compartir tu vida conmigo. Por supuesto, no habríamos compartido muchas cosas, ¿verdad? Yo habría sido la que dejaba mi casa, mi trabajo, la que vería a mi familia sólo en contadas ocasiones. Yo habría estado en una ciudad desconocida, a solas mientras tú viajabas de acá para allá investigando crímenes. Nos habríamos visto cuando tú me hubieras podido encontrar un hueco. ¿Qué clase de vida habría sido ésa?

—Era la única que te podía ofrecer.

—Que estabas dispuesto a ofrecerme. ¿Consideraste alguna vez quedarte a vivir conmigo en Oklahoma? ¿Trabajar allí?

—No puedo dejar de hacer mi trabajo. No puedo darle la espalda a lo que hago mejor.

—Eres el mejor porque siempre pones tu trabajo en primer lugar. Siempre en primer lugar. Tú acumulas hechos, indagas en las vidas de las personas en nombre de atrapar a los criminales, pero si alguien empieza a examinar la tuya, al hombre que eres, las barreras se levantan inmediatamente.

—¡Maldita sea, no puedo cambiar lo que soy! ¿Qué es lo que quieres de mí, Grace?

—Nada. Ya hemos andado antes ese camino. Es un callejón sin salida para ambos. Mira, no lamento lo que hubo entre nosotros, pero de lo que sí me arrepiento es de que tuvieras tan poco que entregarme. Comprendo que no era nada personal, sino sencillamente tu modo de ser. No te permites implicarte con nadie emocionalmente. No te entregas a nadie. No fui yo.

—Te equivocas, Grace —dijo él. Con un brusco movimiento, la estrechó contra su pecho y bajó la cabeza—. Fuiste tú. Siempre fuiste tú. Eres tú.

La tormenta que se reflejaba en los ojos de Mark tensó todos los nervios del cuerpo de Grace y los hizo vibrar como si se tratara de las tensas cuerdas de un arpa.

—Mark...

Él bajó un poco más la cabeza y colocó la boca a pocos centímetros de la de ella.

—¡Maldita sea, no te puedo sacar de mi pensamiento! —susurró, con tórrida y apasionada voz—. Llevo seis años tratando de hacerlo. Aunque sabía que pertenecías a otro hombre, no te podía olvidar. ¿Qué te parece eso como fantasma del pasado?

Como tenía los senos apoyados contra el torso de él, Grace sentía claramente los latidos del corazón de Mark. Recordaba todas las ocasiones en las que hacía mucho tiempo, sus corazones habían latido al unísono mientras hacían el amor. Hacía mucho tiempo,

cuando Grace había creído que los dos podían tener un futuro.

A pesar de que el deseo se había apoderado de ella, le apretó las palmas de la mano contra el pecho y apartó la mirada. Trató de encontrar los últimos retazos de autocontrol que aún le quedaban y se recordó que Mark había regresado por el trabajo, no por ella. Que volvería a marcharse y que estaba decidida a que no se fuera con otro trozo de su corazón.

Era injusto que se sintiera tan mal a su lado. Que al contemplar su vida desde el mirador que le proporcionaban los brazos de Mark se percatara más bien de las piezas que le faltaban. De toda la necesidad que había dejado olvidada en un rincón de su ser.

Fue precisamente esa necesidad lo que destruyó por completo su resolución de mantenerse firme. Sin poder evitarlo, levantó la cabeza y dejó que sus labios encontraran los de Mark. Su boca era firme y posesiva, por lo que la suya se abrió ante la de él con un gemido de placer. Mark la besó larga y lentamente, hasta que ella se sintió flotando en un cálido mar de sensualidad.

—Me resulta imposible apartarte de mi pensamiento, Grace —le murmuró él, con voz suave, contra el oído—. Ha sido así desde el momento en el que te vi. Te deseé entonces y te deseo ahora.

Las piernas de Grace le temblaban. El pulso le latía en cientos de lugares diferentes. El aire parecía demasiado denso como para poder respirarlo y a cada bocanada, la cabeza le daba vueltas.

—De... de eso hace mucho tiempo —susurró, con voz débil—. Una vida entera.

—Una vida entera que me he pasado deseándote. Sólo a ti —dijo, enredándole los dedos en el cabello—. Me siento como si te hubiera deseado toda la vida.

Mark le hizo echar la cabeza hacia atrás y empezó a besarla en la garganta. Grace sintió que la sangre empezaba a correrle a toda velocidad por las venas. Las llamas del deseo la abrasaban. El deseo se tensó dentro de ella, tanto que casi pudo escuchar cómo se rompía

la fina cuerda que sostenía su autocontrol. Desesperada por conseguir más, lo obligó a volver a besarla. Ansiaba saborear la pasión, la necesidad... A él.

A duras penas, consiguió desabrocharle el nudo de la corbata. Mientras batallaba con los botones de la almidonada camisa, Mark le sacó la blusa de los pantalones y empezó a desabrocharle los botones sin importarle si los arrancaba o no. El fresco aire que reinaba en el dormitorio se posó sobre la caldeada piel del cuerpo de Grace a medida que él le iba retirando la tela de los hombros y se la bajaba hasta los codos. Como tenía los puños aún abotonados, se sentía presa por la seda y salvajemente excitada e indefensa cuando él la arrojó encima de la cama.

Mark cayó con ella y se le colocó entre las piernas como si aquel lugar le perteneciera. Con un rápido movimiento le abrió el sujetador y le apartó el encaje mientras caía sobre ella. Entonces, la miró con una fiera emoción ardiéndole en los ojos.

—Eres tan hermosa como recuerdo —susurró, mientras le acariciaba suavemente la curva de los pechos—. Más hermosa...

El golpeteo de la persistente lluvia contra el cristal de la ventana quedó ahogado por los latidos del propio corazón de Grace. Mark se apartó la camisa, la arrojó y bajó la cabeza. Con los dientes, acarició un erecto pezón y luego el otro. El calor que le proporcionaba la boca de Mark sobre la piel era abrasador, y la hacía arder con su fuego húmedo mientras se alimentaba de ella.

Grace se retorció bajo aquel delicioso y exquisito dolor. Sentía un ansia en la carne que se le extendía desde los pechos hasta el pulso que le latía entre las piernas. La sangre le ardía bajo la piel y le rugía en la cabeza. Con un brusco movimiento de brazos, liberó primero un brazo de su atadura de seda y luego el otro. Al sentir que las manos lograban por fin acariciar los anchos hombros de Mark, emitió un murmullo de placer y saboreó el poder de tendones y músculos.

Él levantó la cabeza. La pasión y el deseo que le oscurecieron los

ojos mientras le bajaba la cremallera de los pantalones provocó que Grace se echara a temblar. Mark comenzó a acariciarle las caderas por debajo de la tela, deslizándolas más y más abajo a medida que iba bajándole los pantalones. Igualmente, hizo descender la boca y lamó la fina seda de las braguitas que ella llevaba puestas.

Grace se echó a temblar al sentir el primer roce de la lengua, los tiernos y dulces lametazos, hasta que creyó que iba a romperse en mil pedazos. Deseaba apartarlo, pero al mismo tiempo, no podía evitar pegarse más contra él. Se arqueó y le clavó las uñas en los hombros. El tiempo y el lugar dejaron de importar debido al potente deseo que sentía hacia él. Sólo por él.

Minutos, u horas después, él le quitó el pequeño trozo de seda con impaciencia.

Ella le desgarró las ropas que aún llevaba puestas. El sudor le cubría la piel. Había notado que la respiración de Mark se iba haciendo más profunda. Sus miradas se cruzaron mientras él le acariciaba el firme acuitamiento de su feminidad. La otra mano le acariciaba la espalda. Entonces, le levantó las caderas y se hundió en ella.

Un grito de placer se le ahogó en la garganta. La cabeza empezó a darle vueltas con los recuerdos, el pasado se fusionó con el presente. Día y noche, hielo y fuego. Todos se unieron en un potente torrente de deseo que estaba en algún lugar entre el dolor y el placer.

En aquellos momentos, la sangre de Grace era un río que fluía cálida y rápidamente. Llena de avaricia, le envolvió la cintura con las piernas y lo acogió más profundamente en ella.

La realidad se reveló de repente ante sus ojos. Aquel hombre, sólo él, despertaba algo en ella que siempre había tratado de mantener a salvo y dormido. Él la hacía sentir cuando nadie la había hecho sentir nada en mucho tiempo.

Desgraciadamente, no podía hacer que formara parte de su vida.

Deseaba proteger su corazón, resistirse, apartarlo de sí antes de

que él consiguiera hacerle atravesar una línea que ella se había jurado que jamás volvería a cruzar. Sin embargo, cuando la boca de Mark comenzó a moverse de un modo más urgente contra la suya, cuando sus caricias se hicieron más impacientes, los pensamientos de cautela se desvanecieron. Empezó a mover las caderas a toda velocidad, rivalizando con los movimientos que él realizaba. No había modo de resistirse al deseo que se había despertado en su interior y que se mostraba frenético por sentirse libre.

Sintió que el cuerpo se le tensaba. Su profundo gemido de gozo se unió al de Mark cuando él los empujó a ambos al abismo de placer.

Entonces, quedaron completamente inmóviles, abrazados el uno al otro, con la carne acalorada y húmeda y la respiración acelerada mientras absorbían una a una las oleadas de sensaciones.

Grace aceptó el destino y apretó los labios contra el corazón de Mark y los dejó allí, sabiendo que él le había vuelto a robar el suyo una vez más.

Capítulo 12

El dormitorio estaba iluminado por una tenue luz y el cálido aire rezumaba el oscuro y sensual aroma del acto sexual. El silencio quedaba roto tan sólo por la mezcla de lluvia y granizo que golpeaba las ventanas.

Y por la suave respiración de Grace. Mark saboreó aquel momento, experimentando sentimientos de felicidad y de deseo a la vez. Bajo la suave sábana, Grace y él estaban tumbados de costado, acurrucados el uno contra el otro, espalda contra torso. Él la abrazaba y aspiraba el aroma suave y sensual que emanaba de ella y que lo cubría como una cortina de terciopelo. Podía contemplar perfectamente la nuca al descubierto de Grace y tuvo que contenerse para no morderle aquel trozo de carne tan delicioso y vulnerable.

Deseaba quedarse allí con ella, sin tensiones, sin enigmas que resolver, sin responsabilidades. Quería quedarse con ella durante el resto de su vida. «*Ojalá*», pensó.

Durante los años que habían pasado separados, había habido ocasiones en las que él se había sorprendido preguntándose si la insistente necesidad que sentía por Grace terminaría para siempre si podía tenerla una vez más. Sólo una vez más.

La frenética y urgente pasión que acababan de compartir confirmaba lo que ya sabía. Jamás había habido una mujer a la que deseara tan desesperadamente ni habría ninguna otra. Grace McCall era esa mujer. La única. Aunque la poseyera miles de veces, el deseo que sentía por ella seguiría siendo avaricioso y desesperado.

Grace volvía a ser suya durante unos días. Unos días de

incalculable valor.

«Ojalá», volvió a pensar. «Ojalá».

No podía darle la vida que ella necesitaba. Grace le había dejado muy claro que no se conformaría con los retazos de tiempo que él podía ofrecerle. No la culpaba. Aquello no era vida.

Durante un instante, consideró cambiar de vida. Darle la espalda al trabajo y marcharse. Inmediatamente, empezó a pensar en los casos de los que se estaba ocupando en aquellos momentos... ¿Quién ayudaría a todas aquellas víctimas si él se marchaba?

Como siempre, pensar en todos aquellos niños y jóvenes indefensos había sido suficiente como para obligarlo a enterrar sus sentimientos y a seguir adelante. Sin embargo, ya no podía hacerlo, imposible después de saber el daño tan profundo que le había ocasionado a Grace que él hubiera sido tan reservado. Tal vez no pudiera darle una vida, pero al menos podría entregarle algo de sí mismo.

Incapaz de resistirse, depositó un suave beso contra la seductora y esbelta curva de la garganta de Grace.

—Me alegro de que al menos uno de nosotros siga teniendo fuerzas para moverse —murmuró ella—. Si este lugar empieza a arder, prométeme que me colocarás encima de un hombro y me sacarás de aquí.

—Trataré de acordarme de llevarte a ti.

—Gracias, Santini. Eres un tipo estupendo.

—Sí.

Colocó la mano contra la suave piel del vientre. Se la imaginó como había estado anteriormente, en el despacho de Harmon, con aspecto frágil e indefenso, con la mano apretada contra el lugar en el que había llevado a su hijo.

Había perdido tanto... Un marido. Un hijo. Él le había arrebatado muchas cosas y jamás se las había devuelto. Decidió hacerlo.

—Grace, tengo que decirte una cosa...

Ella se dio la vuelta para mirarlo y le dedicó una mirada de seducción mientras le acariciaba el torso con un dedo.

—¿Por qué no me lo demuestras en vez de hablar?

—Pienso hacerlo. Más tarde —susurró Mark, tras rozarle los labios con los suyos. Entonces, ignoró el deseo que se le había despertado en el vientre y se incorporó, haciendo que ella siguiera su ejemplo—. En estos momentos, quiero contarte cómo fue mi infancia.

—¿Por qué? —preguntó ella, muy sorprendida—. ¿Por qué, Mark? ¿Por qué ahora?

—Me has hecho ver el daño que te hice al no contarte nada. No quise hacerlo, Grace.

—Nunca pensé que quisieras hacerme daño.

—Lo hice de todos modos —replicó él. Vio como ella tomaba su camisa de los pies de la cama y se la ponía—. Haberte hecho daño es algo de lo que siempre me arrepentiré.

—Háblame de tu infancia —dijo ella, suavemente.

Mark se mesó el cabello con una mano. Nunca había hablado de su pasado con nadie y no estaba seguro de por dónde empezar. Se lanzó.

—Mi madre bebía —comentó, con una suave carcajada—. Parece algo tan inofensivo, pero dista mucho de lo que ella era. Lo que hacía era tragar alcohol barato. Se lo bebía como si fuera una poción mágica. En nuestra casa, no se marcaba el paso del tiempo con un calendario. Utilizábamos botellas de licor. Tenía que beberse una cada veinticuatro horas o estallaba el infierno.

—¿Y tu padre?

—No lo conocí. Al menos, no lo creo. Ella llevaba a casa muchos hombres, pero ninguno de ellos se quedaba durante mucho tiempo. La única vez que le pregunté quién era mi padre, me dijo que no era asunto mío. Entonces, me dio un bofetón con el reverso de la mano. Nunca se lo volví a preguntar.

—¡Oh, Mark!

—No fue la primera vez que me pegó... Ni la última.

—Bebiendo tanto, ¿podía trabajar?

—No le hacía falta. Vivíamos en una pequeña ciudad cerca de Chicago, en una casa que pertenecía a su hermano mayor. Mi tío era el traficante de drogas de la localidad. Su negocio era pequeño, pero en la ciudad donde vivíamos lo controlaba todo. Además de drogas, controlaba el negocio de la prostitución y de las mercancías robadas. Estoy seguro de que había mucho más, pero que baste decir que si el negocio era ilegal, mi tío Max estaba metido en ello hasta los ojos.

—Entonces, ¿os mantenía a tu madre y a ti?

—Uno de sus matones nos entregaba sin falta un cheque el primer día de cada mes. Todas las mañanas, mi madre me daba dinero de lo que ella llamaba «*la pensión mensual de Max*». Yo solía ir al callejón que había detrás de la tienda de bebidas y llamaba a la puerta. El dueño tomaba el dinero y me entregaba una botella de licor metida en una bolsa marrón. Yo me la metía en mi mochila y la llevaba a casa.

—¿Cuántos años tenías cuando empezaste a hacer eso?

—Supongo que unos cinco, lo que explica por qué tenía que utilizar el callejón para realizar mis compras. Los días malos eran cuando mi madre se bebía una botella entera mientras yo estaba en el colegio y cuando yo llegaba a casa, ella se había olvidado de que yo se la había comprado ya. Se enfadaba mucho conmigo porque pensaba que le había robado el dinero, que la estaba engañando. De todos modos, cuando se emborrachaba se enfadaba mucho, pero esos días se volvía malvada. Cruel.

—¿Te pegaba?

—Sí —contestó Mark. Había apartado la mirada hacia la ventana a pesar de que no le costaba tanto hablar de su pasado, al menos con Grace—. Me daba unas buenas palizas, al menos cuando me encontraba. Por supuesto, yo conocía todos los escondites de la casa.

Incluso había un compartimiento secreto en el comedor en el que yo me solía esconder. Con el paso del tiempo, ella me los descubrió todos. Saber que me escondía de ella la hacía comportarse de un modo más cruel cuando me encontraba. Al final, se me ocurrió un lugar en el que nunca se le ocurrió mirar.

—¿Dónde?

—En la secadora de ropa. A veces, yo acababa de secar un montón de ropa cuando oía que ella empezaba a llamarme a gritos. Rápidamente, sacaba la ropa, la metía en una cesta y me metía en la secadora. En esas ocasiones, el tambor aún seguía caliente y me abrasaba. El calor seco casi me hacía estallar los pulmones, pero todo eso era preferible a enfrentarme con mi querida mamá.

—Me has dicho que ibas al colegio. Seguramente tenías hematomas. ¿Es que no los veía tu profesor? ¿O el director? ¿Pediste ayuda alguna vez?

—En el colegio mentía sobre los hematomas. Me inventaba historias sobre cómo me los había hecho.

—¿Por qué? Alguien podría haberte ayudado.

—El tío Max me repetía constantemente que los de la misma sangre tienen que estar juntos. Más de una vez, me dijo que si me apartaban de mi madre, él se haría con mi custodia. Y lo decía en serio. Yo ya sabía lo que era vivir con una madre alcohólica. Lo que no sabía era cómo sería vivir con un traficante de drogas que tenía prostitutas y matones en su nómina. Fui listo y decidí que no quería vivir esa vida.

—La policía, los trabajadores sociales... Alguien le habría impedido hacerse con tu custodia si hubieran sabido lo que estaba ocurriendo.

—La gente lo sabía —dijo Mark, lleno de amargura—. Hasta que no fui un poco mayor, no me di cuenta de que todo el mundo tenía que saber lo que estaba ocurriendo. Es decir, si un niño se presenta con hematomas todas las semanas, no resulta difícil imaginarse que

alguien lo está utilizando como saco de boxeo. Todo el mundo mantenía cerrada la boca porque tenían miedo de que si decían algo, recibirían una visita de uno de los gorilas de mi tío Max. Además, el sheriff era un anciano que aceptaba sobornos para mirar al otro lado en lo que se refería a los negocios de Max. Eso era lo que todo el mundo hacía conmigo. Mirar al otro lado.

—Y tú no hacías más que sufrir...

—Sí.

—¿Cuánto tiempo permaneciste allí con tu madre?

—La mañana en la que cumplía trece años, yo dije algo que a mi madre no le gustó. Me partió el labio. En vez de irme al colegio, me escapé. Desde aquel instante, mi suerte cambió. Conseguí que me llevara un camionero que iba de vuelta a Chicago. Le dije que mi padre vivía allí y que iba a verlo. El camionero me miró el labio y supo que yo estaba mintiendo, pero no dijo nada. Yo me quedé dormido. Cuando me desperté, estábamos en Chicago, aparcados delante de un albergue para niños sin hogar dirigido por la iglesia. El camionero me dijo que tenía dos hijos que jugaban al fútbol en la liga de la iglesia y que el pastor era un buen hombre. Así era. Me dio de comer, una cama y no me hizo ninguna pregunta. Me metió en el colegio y consiguió que me interesaran los deportes. Me quedé allí hasta que terminé mis estudios y me alisté en el FBI.

—¿Vive aún tu madre?

—No. Fue asesinada en el callejón que hay detrás de la tienda de bebidas. Alguien le disparó en la cara y le robó el bolso y la botella que acababa de comprar.

—¿Y tu tío?

—Después de entrar a formar parte del FBI, hice que un amigo mío que trabajaba en Antivicio le prestara atención a los negocios de Max. Ahora, está en la cárcel de Illinois.

—Eso es justicia.

—Sí —susurró él mientras acariciaba la mandíbula de Grace—. La

otra noche, mientras estábamos bailando, tú me preguntaste cómo eran las Navidades en la casa de los Santini. Mi madre se lo bebía todo. No disfruté ni un solo día de Navidad.

—Lo siento —musitó ella—. Siento que no hubiera nadie para ayudarte. Gracias por contármelo —añadió, antes de colocarle una mano sobre la mejilla.

—Me alegro de haberlo hecho —afirmó él, colocando la mano sobre la que ella le había puesto encima de la mejilla—. Tenías razón cuando me dijiste que el pasado nos convierte en lo que somos. Yo supe perfectamente lo que es estar solo y ser maltratado. Un niño asustado que no tenía a nadie a quien recurrir. Cuando logré escaparme, me juré que haría algo con mi vida en lo que pudiera ayudar a los chicos como yo. A las víctimas. Me juré que jamás miraría al otro lado —añadió. Entrelazó los dedos con los de Grace y le dio un beso en los nudillos—. Por eso me dedico a este tipo de casos. Por eso no me rindo nunca. Porque no puedo mirar al otro lado, Grace. Por eso, no me puedo quedar en Oklahoma contigo.

—Lo comprendo —dijo ella, cerrando los ojos.

—Tampoco me lamento de lo que ha habido entre nosotros. De lo que sí me arrepiento es de no poderte dar la vida que necesitas. La vida que te haga feliz. Si pudiera, lo haría. Espero que me creas.

—Te creo —afirmó Grace, apoyando la frente contra la de él—. Hoy ha sido un día muy emotivo para ambos. Durante mucho tiempo, pensé que lo que había entre nosotros se había terminado. Entonces, entro en el despacho de mi teniente y te veo allí...

—A mí me ocurrió lo mismo, Grace. En el momento en el que te vi, supe que no se había terminado. Al menos, no para mí.

—Después de todo el tiempo que ha pasado, ¿cómo puede seguir siendo tan intenso lo que existe entre nosotros? ¿Cómo puede seguir ardiendo la pasión?

—No lo sé. Lo único que sí sé es que así es —susurró Mark, acariciándole la garganta.

Cuando el teléfono empezó a sonar, Mark lanzó una maldición y agarró el auricular. Mientras escuchaba la voz del otro lado de la línea, cubrió posesivamente un seno de Grace con la mano. El pulgar le acariciaba el pezón, que se había puesto erecto contra la camisa que él pensaba arrancarle muy pronto.

—¿Quién era? —preguntó Grace, cuando él colgó.

Se le había acelerado la respiración y el calor que emanaba de su piel transportaba el cálido aroma de su perfume e inundaba los sentidos de Mark.

—El conserje —respondió Mark. En pocos segundos, la tenía desnuda y tumbada de espaldas—. Ha llamado para recordarnos que los Calhoun tienen reservas para cenar. En el salón *Sabroso*... —dijo él, deslizándole la mano entre las piernas. Empezó a estimularla y vio cómo los ojos de ella se nublaban—. Una maravillosa palabra.

—¿Crees... crees que los Calhoun podrían pasar de esa reserva? —le preguntó Grace. Le bajó la mano por el vientre y le agarró su masculinidad—. ¿No podrían llamar al servicio de habitaciones y tomar la cena en la cama?

—Señora Calhoun, en estos momentos, usted puede tener todo lo que desee —susurró él, tras apretar los dientes y lanzar un gemido de pura lujuria.

—Entonces a ti —repuso ella, guiándolo hacia el interior de su cuerpo—. Te deseo a ti.

—Pues ya me tienes, Grace. A mí entero.

—Su cita de hoy es con el señor Stuart Harmon hijo, no con el padre —los informó al día siguiente la recepcionista.

Grace miró a Mark. Sabía que el FBI había investigado con detenimiento al bufete. Ejercían tres abogados, además del dueño del bufete, Stuart Harmon. Su hijo no figuraba como abogado, ni siquiera como empleado.

Con aspecto sombrío y profesional, Mark observó atentamente a la recepcionista.

—Ni a mi esposa ni a mí se nos informó de que hubiera un señor Harmon Júnior ni de que tuviéramos una cita con él.

Aparentemente, la mujer no se sorprendió ante aquel comentario.

—El señor Harmon padre olvida a veces mencionar a su hijo cuando conoce a los clientes. Como es el jefe, nos tendremos que aguantar.

Grace se inclinó sobre el mostrador de recepción y le dedicó a una mujer una nerviosa mirada.

—¿Tendrá preparado el señor Harmon Júnior nuestro contrato? Se supone que deberíamos verlo hoy. Vamos a adoptar a una niña —añadió, retorciéndose las manos.

—Y los preocupa que todo se realice en su momento oportuno, ¿verdad?

—Así es —admitió Grace—. Llevamos esperando tanto tiempo... Además, el bebé va a nacer en cualquier momento. No me gustaría pensar que podría haber cualquier tipo de contratiempo.

—No se preocupe, señora —dijo la mujer, con una mirada compasiva—. Los Harmon llevan años trabajando en equipo en nuestras adopciones. El padre siempre se reúne primero con los posibles padres adoptivos y luego su hijo se hace cargo de los detalles. Explica los términos de cada contrato y se encarga de que se legalice adecuadamente. A los dos se les da muy bien su trabajo.

—Estoy segura de ello —afirmó Grace, aparentando estar más tranquila—. Gracias.

—El señor Harmon hijo está hablando por teléfono en estos momentos —dijo, tras mirar a la centralita—. Hoy va algo retrasado. Les mostraré la sala de espera para que puedan tomar un café o un té mientras esperan. Está al final del pasillo.

—Bien —dijo Mark, tras mirar al reloj.

Quince minutos aún seguían esperando. Como se imaginaron que la sala tendría micrófonos instalados como el salón de la suite y el coche, condujeron su conversación con cuidado.

—Al menos hoy luce el sol —comentó Grace, mientras se ponía de pie y se dirigía a la ventana—. Y hace más calor.

—Sin embargo, aún hace demasiado frío para jugar al golf —replicó Mark, levantando la vista de la revista financiera que estaba leyendo y en la que fingía estar muy interesado—. Afortunadamente, tenemos otros intereses que nos pueden mantener ocupados.

—Tenemos suerte —dijo ella.

Sabía que si alguien los estaba vigilando, sólo verían a una mujer contemplando con adoración al hombre que amaba. Al hombre al que había entregado su corazón. Al hombre que se marcharía sin mirar atrás en cuestión de días.

Con un nudo en el pecho, se dio la vuelta y comenzó a mirar por la ventana. La noche anterior, mientras yacía entre los brazos de Mark, había decidido no pensar en el futuro. Mark ya se había marchado antes y ella había sobrevivido. Volvería a hacerlo. Él era un hombre cariñoso y afectuoso que había crecido sin conocer otra cosa que odio y ella le había entregado su corazón. Por el momento, tenía la intención de aprovechar al máximo el tiempo del que dispusieran juntos.

Bajó la mirada hacia el aparcamiento y estudió los vehículos que llenaban los espacios. Al ver una furgoneta de color amarillo, entornó los ojos. Cuando era detective de policía, había tenido un contacto constante con los albergues de la ciudad de Oklahoma. Uno de ellos era *Usher House*, el lugar en el que Andrea Grayson había permanecido durante un tiempo antes del nacimiento de su hijo. Grace sabía que *Usher House* tenía varias furgonetas de un color amarillo muy llamativo para que los jóvenes que necesitaran un lugar en el que alojarse pudieran identificar fácilmente los vehículos del albergue.

Con tranquilidad, se dirigió a otra ventana para ver si podía vislumbrar desde allí si la furgoneta llevaba alguna clase de logotipo. No obstante, con ese color amarillo tan llamativo, no le quedaba

ninguna duda. El vehículo pertenecía a *Usher House*.

En aquel edificio, sólo estaba el bufete de Harmon, por lo que resultaba evidente que quien hubiera aparcado allí esa furgoneta había ido a aquellas mismas oficinas. ¿Sería posible que aquella persona fuera una joven embarazada que había decidido entregar a su hija en adopción? Si era así, ¿sería aquella joven paciente de la misma clínica en la que Andrea Grayson y DeeDee Wyman habían dado a luz?

Los latidos del corazón de Grace se aceleraron. Lo primero que tenía que hacer era asegurarse de que la furgoneta pertenecía a *Usher House*. Si era así, Mark y ella tenían que averiguar por qué alguien había conducido el vehículo hasta allí para asistir a una reunión en el bufete de los Harmon.

Grace se acercó a Mark. Dado que era muy posible que los estuvieran observando e incluso escuchando, no podía arriesgarse a explicarle lo que había visto.

—Cielo, me he dejado la lista en el coche —improvisó.

Mark cerró la revista y la miró atónito.

—¿La lista? —preguntó él, sin comprender, pero sin delatarse.

—Sí, la que hicimos anoche con las preguntas que queremos hacerle al señor Harmon.

—Ah, esa lista...

—Necesito las llaves del coche para poder ir a por ella.

Mark se puso de pie y se sacó las llaves del bolsillo del pantalón.

—A pesar del sol, hace frío. ¿Quieres que vaya yo?

—No importa. Estar aquí esperando me pone tan nerviosa como si fuera un gato enjaulado —replicó ella, tomando las llaves. Entonces, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Vigila la furgoneta amarilla —añadió, en voz baja.

Si la persona que la conducía salía antes de que ella pudiera llegar al aparcamiento, al menos Mark podría ver de quién se trataba.

—¿Quieres que le pida tu abrigo a la recepcionista?

—No te molestes. Esta chaqueta de lana que llevo es muy calentita y además, sólo estaré fuera un minuto o dos.

—Muy bien.

Mark tomó otra revista completamente diferente y empezó a hojearla mientras se dirigía a la ventana. Grace se dirigió rápidamente a las escaleras. Cinco minutos más tarde, volvía a entrar en el edificio, temblando de frío. Había estado en lo cierto. La furgoneta llevaba el logotipo de la *Usher House*. Decidió que llamaría inmediatamente a Millie Usher, la directora del albergue. Grace tenía una buena relación con ella y estaba segura de que Millie le diría cuál de sus chicas había ido a Winding Rock. Sin embargo, la llamada tendría que esperar, dado que Mark y ella tendrían que encontrar primero un teléfono al que consideraran seguro.

Había llegado casi a las escaleras cuando oyó el zumbido del ascensor. A pocos metros de distancia, las puertas se abrieron con un suave susurro. De soslayo, Grace vio que una joven salía del ascensor, seguida de Stuart Harmon padre. Grace se ocultó rápidamente tras una columna.

—Siento no haber llamado primero, señor Harmon, pero es que este tema me había empezado a preocupar mucho.

La muchacha era esbelta y menuda. Tenía el rostro limpio de maquillaje y los ojos rojos de tanto llorar. Grace calculó que ni siquiera tendría veinte años y ya estaba embarazada. Y cerca de dar a luz, a juzgar por lo baja que tenía la barriga.

Con un aspecto tan tranquilo y protector como el día anterior, Harmon la golpeó suavemente en el hombro.

—Puedes venir cuando quieras. La decisión que has tomado es muy seria. Cuando estén firmados los papeles, sería una tarea casi imposible volver a recuperar la custodia del niño. Si has cambiado de opinión, éste es el momento de hacérmelo saber.

Grace contuvo el aliento. Si aquélla era la muchacha cuyo bebé iban a adoptar los Calhoun, el hecho de cambiar de opinión podría

causarle la muerte.

—Sí, ya me lo había imaginado. No hay modo de que yo pueda arreglármelas con un niño, especialmente desde que Slash desapareció. Maldito canalla... Me imaginé que se marcharía cuando le dije lo del niño y no me equivoqué. Eso fue hace meses. Ni siquiera sé por qué estoy pensando en él. Esta mañana, me desperté muy sensible o algo así y...

—Es comprensible. ¿Estás segura de que no quieres conocer a la pareja que desea adoptar al niño? Como te dije en mi despacho, si tú estás dispuesta, ellos estarían encantados de conocerte. Estoy convencido de que serán unos padres excelentes para tu hija y que la querrán como si fuera suya. Conocerlos podría hacerte sentir mejor sobre la decisión que has tomado.

—No. Probablemente sólo conseguiría lloriquear.

—No creo que les importara, pero la decisión es tuya. ¿Estás segura de que podrás volver conduciendo al albergue?

—Sí —respondió ella, con una sonrisa forzada—. Es mejor que me vaya. Más o menos, tomé prestada la furgoneta sin permiso. Tenía que salir de allí un rato, ¿sabe? Algunas veces, esas paredes parece que se cierran a mi alrededor y me agobian.

—Sé a lo que te refieres —dijo Harmon mientras se dirigían hacia la puerta—. No me importa llamarlos y decirles que hemos tenido una reunión para prepararlo todo.

—Se lo agradecería mucho... Podría librarme de una noche o dos de limpiar la cocina por haberme llevado la furgoneta. Gracias por la charla, señor Harmon —concluyó la joven, extendiendo la mano—. Me recuerda usted a mi abuelo. Es muy agradable.

—¿Dónde está tu abuelo ahora, Lori?

—Muerto —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Se me han muerto todos mis parientes.

Capítulo 13

El tiempo pasaba muy lentamente para Mark. De vez en cuando, miraba por las ventanas mientras fingía interés en la revista que había encontrado en la mesita de café. ¿Qué habría visto Grace? ¿Por qué era aquella furgoneta amarilla tan importante para el caso?

En el aparcamiento, vio una chica joven. Aparentemente, acababa de salir del edificio. Llevaba el abrigo desabrochado, por lo que cuando el viento se levantó, éste se le levantó.

Mark se dio cuenta de que estaba embarazada. Justo en aquel momento, Grace apareció por una de las puertas de la sala. La sonrisa que le dedicó a Mark tenía un cierto nerviosismo.

—Ya sabía yo que regresaría y que el señor Harmon aún no habría acabado de hablar por teléfono. A pesar de todo, temía que empezara la reunión sin mí.

Mark arrojó la revista sobre la mesita de café y se dirigió a ella. Le tomó una mano entre las suyas y notó que tenía los dedos helados.

—Harmon y yo no habríamos empezado sin ti. ¿Has encontrado la lista en el coche? —preguntó, con la esperanza de averiguar algo.

La miró a los ojos, pero vio que éstos no revelaban nada.

—No. Debo de haberla dejado en la suite. Últimamente estoy tan despistada...

—¿Señor y señora Calhoun?

Los dos se volvieron al unísono hacia la puerta que se había abierto al otro lado del salón. Una mujer les dedicó una cortés sonrisa.

—El señor Harmon Júnior los recibirá ahora.

El despacho en el que entraron era similar en lujo y decoración al del día anterior. Sin embargo, allí era donde terminaba toda similitud. Al contrario del escritorio del señor Harmon padre, el de su hijo parecía una avalancha de papeles, carpetas y de archivos atados con cordón. Además, a pesar de que era alto como su padre, era un hombre corpulento y poderoso.

—Stu Harmon —dijo, ofreciéndoles la mano.

Tenía un rostro estrecho y llevaba gafas. El cabello oscuro le lamía el cuello de la americana y tenía los ojos hundidos. Mark notó que estaban enrojecidos y ensombrecidos por la fatiga.

—Mark Calhoun —replicó él, presentándose a sí mismo—. Esta es mi esposa Grace.

De soslayo, Mark se percató de que ella le ofrecía la mano al abogado. La expresión de su rostro iba cargada de los nervios y de la aprensión que se esperaban en una mujer que deseaba hacerse con la adopción de un bebé. Si se percató de la solapada mirada que Harmon le dirigió a los pechos, no lo demostró.

—Me alegro de conocerlos —comentó Harmon—. Espero que la suite del *Mirador* sea de su gusto.

—Es preciosa —comentó Grace—, por lo que me he podido fijar. Me temo que estoy tan nerviosa sobre la adopción, que aunque nos hubiera reservado usted un armario, no me habría dado cuenta. No me voy a tranquilizar hasta que Mark y yo tengamos a nuestro bebé.

Harmon Júnior asintió y les indicó a sus clientes que tomaran asiento.

—Cuando nos hayamos ocupado de los detalles y hayamos firmado el contrato, las cosas deberían ir muy rápidas.

—Su padre nos dijo que tendría el contrato listo para hoy —dijo Mark, tras sentarse en la butaca.

—Así es —repuso Harmon mientras rebuscaba en un montón de papeles—. Como pueden ver, las adopciones me mantienen muy ocupado —añadió. Por fin, sacó una carpeta, extrajo los papeles y se

los entregó a Mark—. Aquí tienen el contrato. Como podrán comprobar, la redacción es la habitual en los casos de adopción, pero pueden hacer que lo revise su abogado si así lo desean. Sin embargo, es mi deber hacerles notar que ese hecho retrasará el proceso de la adopción.

—¿Cómo?—preguntó Grace,

—No es por criticar a los de la profesión —repuso Harmon, con una sonrisa—, pero ¿conoce a algún abogado que haga de prisa las cosas? Aunque un documento sea perfecto, siempre existe la necesidad de cambiar algo en la redacción de un texto. Lo mismo podría ocurrir en este caso, así que prepárense —concluyó. Empezó a frotarse los ojos, introduciéndose los dedos por debajo de las gafas—. Lo siento. Anoche no dormí mucho.

—Espero que no se esté poniendo enfermo —comentó Grace.

—Como le decía, podría haber un retraso. Eso no es nada bueno, considerando que el bebé que ustedes van a adoptar va a nacer en cualquier momento. Ni siquiera lo verán hasta que el papeleo esté firmado por ambas partes y todos los detalles de la transacción se hayan dado por finalizados. Ésas son nuestras normas y no hacemos excepción alguna.

Como se hubiera esperando que reaccionara en aquella situación, Grace agarró a Mark de la mano con fuerza.

—Mark, tú tienes que repasar contratos a diario en tu trabajo. Estoy segura de que podrás comprobar tú solo si éste está bien.

—Es cierto que leo muchos documentos legales, pero eso no me capacita como experto en términos jurídicos —repuso él.

—El señor Harmon ha dicho que el lenguaje que se utiliza en este contrato es el habitual en los casos de adopción. Si es así, no veo por qué necesitamos que lo examine nuestro abogado. ¿Y si se lo enviamos y él no puede revisarlo inmediatamente? Además, me acabo de acordar de que nuestro abogado siempre se va de vacaciones antes de Navidad, por lo que seguramente ya se haya ido

—dijo Grace, con el pánico reflejado en la voz—. No quiero esperar hasta después de las Navidades para ver a nuestra hija. Mark, no puedo esperar.

—Cariño, tranquilízate —le recomendó Mark. La miraba como si estuviera sopesando sus opciones. Entonces, le levantó la mano y le dio un beso en los nudillos—. Muy bien, Grace. No esperaremos —concluyó.

Quería que Harmon pensara que él estaba tan desesperado como su esposa.

Se tomó unos minutos para leer el contrato y al final, levantó la cabeza y miró a Grace.

—¿Está bien el contrato? —preguntó Grace, con la voz llena de esperanza.

—Por lo que yo veo, sí —respondió Mark. A continuación, se volvió para mirar a Harmon—. Grace y yo firmaremos hoy todos los papeles necesarios antes de marcharnos de aquí.

—Bien. Del modo en que está redactado este contrato, les garantiza a ustedes que no hay nada que pueda perjudicarlos más tarde.

—Le tomo la palabra en eso, señor Harmon —le espetó Mark—. Estoy seguro de que usted sabe que el documento no especifica la cantidad que debemos pagar por la adopción.

—No ponemos cantidad alguna en los contratos porque la cifra varía de una adopción a otra —explicó Harmon—. Por eso, los gastos que se pagan a cada madre biológica son diferentes —añadió. Entonces, sacó una pequeña calculadora de uno de los cajones de su escritorio—. En su caso, calculé todos los gastos anoche. Aquí está el total.

Marcó una cifra en la calculadora y se la entregó a Mark, que estudió atentamente los números verdes de la pantalla.

—Setenta mil.

—Esa cantidad les asegura a ustedes que son los primeros

candidatos para adoptar al niño.

—¿Los primeros? —preguntó Grace—. ¿Hay otra pareja interesada en nuestro bebé?

—En realidad, dos.

Mark le devolvió la calculadora a Harmon, aunque lo que habría preferido hubiera sido romperle el cuello.

—El dinero no es un problema para nosotros —dijo, con voz tranquila—. ¿Cómo y cuándo debemos pagarle?

—Por transferencia. Les daré un número de cuenta antes de que se marchen. Para mantenerse en lo alto de la lista, el dinero tiene que estar depositado en la cuenta mañana a estas horas. Si no lo está, no hay trato.

—Eso no ocurrirá, señor Harmon —replicó Mark, tras mirar el reloj—. Tendrá el dinero mañana por la mañana.

—Bien —concluyó Harmon mientras tomaba un bolígrafo de su escritorio—. Firmemos ese contrato.

Cuando los Calhoun se marcharon de su despacho, la cabeza de Stu Harmon parecía estar a punto de estallar. Era como si su cerebro fuera demasiado grande para el cráneo.

Al pensar que Iris se había vuelto algo avariciosa en lo que se refería a los Calhoun, entornó los ojos. Dado que ella los había conocido, quería llevarse una comisión más alta. Stu había accedido, pero sólo para poder seguir controlándola. Debía dinero al tipo que le vendía la droga y necesitaba el dinero de los Calhoun desesperadamente.

El daño que los matones de ese tipo le harían si no pagaba le provocó una fuerte punzada de miedo en la frente. Pensó en meterse otra raya de cocaína para tranquilizarse, pero decidió no hacerlo. Después de dos días colocado, lo único que podía impedirle perder los nervios era el vodka y unas doce horas de sueño.

Si Lori Logan aún no había dado a luz cuando despertara, haría algo para acelerar el proceso.

Justo cuando estaba punto de tomarse otro trago, oyó que la puerta se abría a sus espaldas, tomó un vaso, se sirvió una copa de vodka y se dio la vuelta.

—Papá.

—Stuart.

—¿Te apetece acompañarme?

—Ya sabes que no bebo.

—Sí —comentó Stu mientras apoyaba el hombro contra los paneles—. Ya lo sé.

—Y tú tampoco deberías hacerlo.

—No haces más que decirme lo mismo.

Como siempre, su padre iba muy elegantemente vestido con un traje de tres piezas. Tras cerrar la puerta, avanzó hacia el centro del despacho y con cierto desdén, observó el desordenado escritorio de su hijo.

—¿Fue bien tu reunión con los señores Calhoun?

—Sí. Ya han firmado todos los papeles. Tendré su cheque mañana —dijo. «*Y otra cantidad en una cuenta que tú nunca encontrarás*». Aquélla era su venganza. Justicia por el modo en el que su padre lo había tratado desde la muerte de su madre—. Ahora, lo único que queda es que llegue el niño para que los Calhoun puedan empezar a cambiar pañales.

—Por eso he venido a verte, Stuart. Para informarte de que podría haber un problema con la adopción.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de «*problema*»?

—Lori Logan estuvo aquí esta tarde.

—No me habías dicho que tenía otra cita.

—Y no la tenía. Tomó una de esas grandes furgonetas amarillas de *Usher House* y vino aquí ella sola —comentó el padre, con una cierta preocupación en el rostro—. Ojalá no lo hubiera hecho. Se acerca otra tormenta y las carreteras podrían ponerse muy peligrosas.

—¿Por qué? —preguntó Stu, quitándole importancia al

comentario de su padre con un gesto de la mano—. ¿Por qué ha venido aquí esa chica si no tenía cita?

—Necesitaba hablar con alguien y me eligió a mí. Aparentemente, le recuerdo a su difunto abuelo —dijo el padre, con una sonrisa—. Le pregunté a la señorita Logan si sigue teniendo la intención de dar a su hijo en adopción y me aseguró que sí. Sin embargo, presentí que se está replanteando su decisión. No estoy seguro de que podamos fiarnos de lo que va a hacer entre ahora mismo y el nacimiento del bebé.

—¿Te lo dijo ella? —le espetó Stu a su padre, tras dejar la copa sobre el bar con un fuerte golpe—. ¿Te dijo que quería quedarse con el niño? —añadió.

Sentía que el pánico se iba apoderando de él y le abrasaba la base de la garganta. Tenía que tener el dinero de los Calhoun al día siguiente. Si no, era hombre muerto.

—No, al contrario. Dijo que no puede mantener a su hija. Sin embargo, sé que la señorita Logan está pensándose, por lo que quiero que se lo adviertas a los Calhoun. No aceptes dinero de ellos hasta que nazca la niña y sepamos con toda seguridad lo que la señorita Logan va a hacer.

—Bien. Claro —dijo Stu. Su mente iba completamente acelerada. No dejaba de sopesar sus opciones hasta que descubrió que sólo le quedaba una—. ¿Cuándo se marchó?

—¿Cómo dices?

—Logan. ¿A qué hora se marchó de aquí?

—Hará una media hora. ¿Por qué?

Media hora. Tardaría treinta minutos más en llegar a Oklahoma. Stu había visto la furgoneta amarilla durante las visitas previas de otras madres y sabía que los vehículos eran grandes y pesados. Incluso con un tiempo favorable, dudaba que avanzara con velocidad en la autopista. Al contrario de su Porsche, que devoraba el asfalto.

—Sólo era curiosidad —respondió Stu—. Me estaba preguntando

si Lori Logan se habría encontrado con los Calhoun cuando ellos se marcharon hace unos minutos. Después de todo, ella insistió mucho en no conocerlos.

—Y sigue insistiendo. Llegó antes de que ellos vinieran y la acompañé personalmente abajo. Por suerte, Lori Logan y los Calhoun no se han encontrado.

—Bueno, papá, tengo que marcharme —dijo Stu, tras comprobar su reloj—. Acabo de acordarme de que tengo una cita.

Rápidamente, agarró el abrigo y salió corriendo por la puerta, dejando a su padre en el despacho.

Cinco minutos después de que Mark y Grace llegaran a su suite del hotel, Grace llamó por teléfono a la directora de *Usher House*.

—He estado en una reunión toda la tarde —explicó Millie Usher—, por lo que no me enteré de que Lori Logan se había llevado la furgoneta hasta que me llamó el señor Harmon. Quería decirme que Lori había querido hablar con alguien y había acudido a su despacho. Me pidió que no fuera demasiado dura con ella por haberse llevado la furgoneta sin permiso.

Grace se levantó de la cama y se dirigió, hacia la ventana, con la esperanza de mejorar la recepción del móvil. Miró hacia el escritorio y vio que allí estaba Mark, con su teléfono móvil sujeto por un hombro mientras anotaba algo en un cuaderno.

—¿Ha regresado ya Lori? —le preguntó Grace, mientras resonaba un trueno en la distancia.

—Yo estoy en mi despacho, mirando por la ventana hacia el aparcamiento. Las tres furgonetas están aquí, así que sí, debe de haber regresado —suspiró Millie—. Grace, esa jovencita me rompe el corazón. Aún no ha cumplido los quince años y no tiene familia. Nadie. Cuando el padre de su hijo la abandonó, estuvo días llorando. Estoy tratando de encontrarle una familia de acogida para después de que nazca el niño, pero no hay garantías de que una chica de su edad encaje. Supongo que ya lo sabes.

—Sí. Millie, ¿a qué clínica va Lori para sus revisiones?

—A la que hay en la calle Sexta. La que dirige el doctor Tom Odgers.

La clínica donde trabajaba Iris Davenport. Odgers estaba cooperando con la investigación y había asignado a Iris a otro departamento, por lo que ya no trabajaba con las embarazadas. Además, el FBI tenía una agente trabajando en la clínica. A pesar de todo, esos salvavidas no eran suficientes para Grace, y mucho menos cuando podía estar en juego la vida de una joven.

—Millie, no te puedo decir en estos momentos por qué te estoy haciendo preguntas por Lori Logan. Ya te lo explicaré más tarde. Ahora, necesito que te asegures que no regresa a esa clínica.

—Su historial está allí, Grace. Está a punto de dar a luz.

—Lo sé, pero confía en mí, Millie. Lori Logan no puede regresar a esa clínica. Y necesito que la vigiles para asegurarte de que está bien. Quiero que me llames en el momento en el que se ponga de parto — añadió Grace.

Inmediatamente, le dio el número de su teléfono móvil.

—Muy bien. Puedes confiar en mí.

—Gracias, Millie.

Grace cortó la llamada Mientras Mark seguía hablando por teléfono, se quitó la chaqueta y la colgó en el armario. A continuación, hizo lo mismo con los zapatos de tacón. Los truenos volvieron a resonar en el cielo. Ni siquiera eran las cinco, pero el atardecer ya se iba extendiendo por el cielo. A sus espaldas, resonaba la voz de Mark como un suave murmullo.

Cerró los ojos. Si dos semanas antes alguien le hubiera dicho que iba a compartir una serie de habitaciones de hotel con Mark Santini, no lo habría creído. Les habría dicho que eso era imposible. Sin embargo, así era. Y no sólo estaba compartiendo con Mark una suite, sino también la cama. Volvían a ser amantes. Al menos, durante unos días.

Tragó saliva para intentar aliviar el nudo que se le había hecho en la garganta, «*Puedo soportarlo*», se aseguró, por décima vez. Podría pasarse unos días, en vez de toda una vida, en brazos de Mark. Había decidido no dejarse llevar por el pasado. Se había prometido que no iba a obsesionarse por el vacío que sabía que la esperaba en el futuro. No iba a permitirse pensar en nada. Se negaba a considerar cómo sería su vida cuando él se hubiera marchado.

—Tengo información sobre Harmon Júnior —dijo Mark.

Grace parpadeó y se apartó de la ventana. Mark había terminado su llamada.

—¿Qué es lo que tienes?

—No puede ejercer como abogado —respondió Mark. Tras tomar su cuaderno, se había puesto de pie y se había dirigido hacia el centro de la habitación—. Júnior ha hecho el examen que lo califica como abogado en tres ocasiones.

—¿En tres ocasiones y aún no ha aprobado?

—No. Estoy seguro de que su padre se siente muy orgulloso de él. Además, deja que te dé un detalle interesante. Júnior fue arrestado por posesión de cocaína hace poco más de tres años. Los cargos se retiraron. En estos momentos, estamos tratando de averiguar por qué, pero me apuesto algo a que Harmon padre utilizó sus influencias para sacar a su hijo del apuro.

—Anoche, los dos estuvimos de acuerdo en que el padre no parece el tipo de persona que trafica con bebés —comentó Grace, sentándose en la cama—. Su hijo, por otro lado, sí.

—Encaja perfectamente —afirmó Mark, sentándose al lado de ella. Tenía la camisa desabrochada, las mangas remangadas y el nudo de la corbata suelto—. Una persona podría comprar montones de cocaína si estuviera vendiendo bebés por setenta de los grandes.

—También me imagino a Grace Davenport trabajando con Júnior —comentó Grace—. La enfermera asesina suministra bebés secuestrados a un tipo que desea ser abogado y que está enganchado

a la cocaína. Él trabaja en un bufete muy prestigioso con una sólida reputación, por lo que los posibles padres adoptivos no tienen razón alguna para dudar de que todo es legal.

—Júnior no tiene licencia para ejercer el derecho, por lo que su nombre no aparece en ninguno de los documentos de la adopción. Es el de su padre el que consta. El año pasado, el padre se ocupó de más de setenta adopciones, debidamente legalizadas por un tribunal. La recepcionista nos dijo que el procedimiento es que el padre se reúne con los padres adoptivos y a continuación, Júnior se hace cargo y se ocupa del papeleo. Y del dinero.

—El dinero... —repitió Grace—. Si los Calhoun son como el resto de los padres con los que los Harmon ha hecho negocios, les dan a firmar un contrato en el que no aparece cifra alguna. Además, Júnior quiere que se le pague en dinero, mediante una transferencia dirigida a una cuenta de la que es posible que sólo él conozca su existencia.

—Así es, por lo que hipotéticamente, es posible que papá crea que Júnior cobra mucho menos dinero por cada una de las adopciones. Si Júnior aún esnifa cocaína, podría estar pagándose el vicio sacándole una fortuna a cada pareja a la que papá conoce.

—Tenemos que pensar si las adopciones son legales. Los agentes de FBI están investigando esas setenta adopciones. Hasta ahora, todo parece estar en orden.

—Dado que aún no se sabe donde están los niños de Andrea Grayson y de DeeDee Wyman, probablemente podamos deducir que en lo que a ellas se refiere, la adopción no fue legal ni se tramitó por medio de ningún tribunal. Lo único que hizo Júnior en estos casos fue redactar contratos fraudulentos y conseguir la firma de los padres adoptivos. Júnior nunca presentó los papeles en ningún tribunal. Se limitó a falsificar las firmas y los sellos para que los padres no sospecharan de nada.

—Este caso es el peor jersey de punto que he visto en toda mi vida. Tiene puntos sueltos por todas partes. Aún no tenemos pruebas

sólidas de que Iris Davenport cometiera los dos asesinatos y secuestrara a los dos bebés. Además, tenemos a Troy Pacer, el vendedor de productos farmacéuticos con el que Iris pasó al menos una noche en Las Vegas —comentó Grace—. Hasta ahora, ese Pacer parece estar limpio, pero tiene muchos vínculos con los círculos médicos de Florida. Podría utilizarlos para conseguir más bebés para el mercado negro.

—En cuanto a los Harmon, no hay duda de que Júnior está implicado, porque después de conocerlo hoy sabemos que es el que se encarga del dinero. En cuanto acepte el dinero de los Calhoun, podemos acusarlo por la cantidad tan elevada de dinero que nos ha cobrado por esta adopción, dado que es delito cobrar en exceso por una adopción. Sobre este asunto, hay leyes federales y estatales. Lo que no sabemos es cómo está implicado el padre —dijo Mark. De repente, tomó el cuaderno y lo arrojó contra el suelo—. ¡Maldita sea...!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Grace, al ver la frustración que se le reflejaba en los ojos.

—Si de lo único que podemos acusar a Harmon es de una adopción ilegal, jamás encontraremos a esos otros dos bebés. No sabremos nunca si están vivos o muertos y si están vivos, si están a la merced de quien se los comprara a ese cocainómano.

«*A la merced de un monstruo*», pensó Grace. Dado que sabía la infancia que había tenido Mark, no le resultaba difícil leerle los pensamientos. Saber que se preguntaba lo que el destino les había deparado a aquellos dos bebés indefensos cuyas madres habían sido asesinadas. Dos niños a los que Mark sentía que debía proteger. Le colocó una mano sobre el puño.

—Tengo que informarte de la conversación que he tenido con Millie Usher.

—Bien. Supongo que ella te dio el apellido de la chica que conducía la furgoneta de la *Usher House*, ¿no?

—Sí. Se llama Lori Logan —dijo, antes de informarle del resto de la conversación—. Millie me prometió estar pendiente de Lori y llamarme en el momento en el que se ponga de parto. Ojalá la pudiéramos poner ahora mismo en custodia protegida. Esconderla para protegerla a su hijo y a ella.

—Si lo hiciéramos, los Harmon podrían enterarse. Sabemos que se aseguran muy bien. Por eso tienen micrófonos en el salón de esta suite y en el coche de alquiler. Es más que posible que estén sobornando a alguien de la *Usher House* para que se mantenga vigilante y los informe si van los policías a hacer preguntas. Si ése es el caso y Lori Logan desaparece de repente, los Harmon podrían cancelar la adopción de los Calhoun. Si eso ocurre, esta investigación terminaría sin prueba alguna para poder acusarlos.

—Así es. Iris seguiría libre para matar cuando lo desee. Y perderíamos toda esperanza de encontrar a esos dos bebés secuestrados.

—Sí —afirmó Mark, rodeándole los hombros con un brazo—. La transferencia de los Calhoun está programada para las diez de la mañana. En el momento en el que llegue a la cuenta de Júnior, podremos actuar contra él. Después de que lo interroguemos, empezaremos a ver como se lo puede acusar de dos asesinados y de dos secuestros. Te garantizo que él delatará a Davenport. Entonces, podremos arrestarla también a ella.

—Mientras tanto, los Calhoun tienen que esperar.

—Así es. ¿Se te ocurre alguna sugerencia de cómo podrían pasar el tiempo los Calhoun? —le preguntó él, acariciándola suavemente.

—Podrían bajar a cenar en el salón *Sabroso* —replicó ella, mirándolo de reojo.

—Me apetece tomar algo sabroso —murmuró Mark, acariciándole el cabello. Entonces, le depositó un dulce beso sobre la garganta—, pero no de comida.

Una pasión instantánea, deliciosa y sorprendente empezó a fluir

por las venas de Grace. «*Ahora*», se recordó, mientras cerraba los ojos con un leve gemido.

El pasado podía esperar hasta el día siguiente. En aquellos momentos, el presente era lo único que importaba.

Capítulo 14

Cuando Stu aparcó su Porsche frente a la casa de Iris Davenport, su cuerpo necesitaba desesperadamente una dosis de droga. Mientras subía los escalones de la casa de dos en dos, se prometió que la tomaría justo después de que tuviera a Iris donde la necesitaba.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella cuando le abrió la puerta principal. Llevaba un jersey verde tan ceñido como sus vaqueros—. No he hecho más que dejarte mensajes desde que llegué de Las Vegas. Ha ocurrido algo.

—Ni que lo digas —le espetó Stu, mientras entraba en el pequeño salón.

Cuando la conoció, Iris tenía dos trabajos y su casa de alquiler estaba amueblada con objetos de segunda manos. En aquellos momentos, tenía muebles nuevos e incluso una enorme televisión de plasma que ocupaba prácticamente una pared entera. Aunque tenía el sonido apagado, la pantalla mostraba las imágenes de asesinos famosos, lo que hizo que Stu se imaginara que Iris estaba viendo un documental sobre asesinos en serie. «*Muy apropiado*», pensó. Había asesinado dos veces. Hacerlo una vez más no podía suponerle un gran esfuerzo.

—Necesito que prepares una bolsa de viaje.

Ella dio un portazo y se acercó a él, horadándolo con unos ojos que parecían un par de láseres.

—No voy a hacer nada hasta que no me digas por qué has estado dos días evitando mis llamadas —le espetó.

—Me estaba ocupando de las cosas. De los papeles de la adopción. Vigilando las conversaciones de los Calhoun.

«*Drogándome*», añadió en silencio. Recordaba vagamente los mensajes que Iris le había dejado en el contestador. Había tenido la intención de llamarla, pero la cocaína se le había apoderado del cerebro y se había olvidado de todo.

—No tengo tiempo de estar aquí mientras a ti te da un ataque. Ha surgido algo.

—En eso tienes razón. Cuando regresé de Las Vegas y volví a mi trabajo, descubrí que me habían cambiado de trabajo. Ya no trabajo con las pacientes de maternidad.

—¿Por qué? ¿Por qué te han trasladado?

—No lo sé. El doctor Odgers me dijo que las enfermeras necesitábamos trabajar en diferentes campos para que así tuviéramos experiencia con diferentes clases de enfermos y pudiéramos cubrirnos las unas a las otras.

—Entonces, ¿tú no eres la única a la que han trasladado?

—No. Somos cinco, ¿te das cuenta de lo que eso significa? Ya no puedo acceder con facilidad a las madres sin hogar. Las que quieren entregar a sus hijos en adopción.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Mientras tanto, prepara una bolsa con suficiente ropa para un par de días. No hay calefacción, así que llévate cosas de abrigo. Y mantas. Si tienes cosas para traer al mundo a un niño, llévatelas también.

—¿Para traer al mundo a un niño? —preguntó Iris, con incredulidad—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Te lo diré por el camino. Empieza a prepararlo todo —le ordenó él, tras darle un empujón.

—Ya veo que has estado de juerga otra vez —replicó ella, apartándole el brazo—. Bebiendo y esnifando. Te presentas aquí diciendo tonterías a cien mil kilómetros por hora y esperas que yo haga las maletas y me vaya contigo sin hacer preguntas. Olvídalo.

—¡Cállate! —le gritó Stu. Entonces, la agarró por el codo y la empujó hacia el pasillo—. Si no te vienes conmigo, no habrá dinero de los Calhoun. No sé tú, pero yo necesito ese dinero. Tengo que disponer de ese dinero. ¡Por lo tanto, cierra la boca y haz lo que te he dicho!

—¿Por qué nos íbamos a quedar sin el dinero de los Calhoun? —preguntó ella, tratando de soltarse—. Eran cosa segura.

—Y lo siguen siendo. La madre está pensándoselo.

—¿Lori Logan? —dijo Iris. Dejó de resistirse inmediatamente—. ¿Ha cambiado de opinión sobre lo de dar a la niña en adopción?

—Digamos que se está pensando si cambia de opinión y yo no pienso darle oportunidad alguna de que se lo piense. La secuestré hace un par de horas y la tengo en un lugar en el que no hay ningún corazón compasivo que le diga que está bien si decide quedarse a esa mocosa. No está bien. Necesito que tú ayudes en el parto.

—¿Y Logan?

—Te ocuparás de ella del mismo modo que con las otras dos. Dijiste que había sido «*por necesidad*».

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Stu se quedó inmóvil al escuchar el pánico que había en la voz de Iris. Ella había dejado de mirarlo y estaba observando algo en el salón. Tenía los ojos enormes y se había puesto tan pálida que su piel parecía prácticamente transparente.

Stu le soltó el brazo y se dio la vuelta para mirar también hacia el salón. Se fijó en la imagen que aparecía en la televisión.

Aún se estaba emitiendo el programa sobre asesinos en serie. La imagen mostraba una rueda de prensa grabada en una fecha anterior. Un hombre de cabello canoso estaba en un podio, con otros hombres rodeándolo. La información a pie de pantalla lo identificaba como un agente especial del FBI.

—¡Es un maldito policía!

—¿Conoces a ese tipo del cabello canoso? —le preguntó Stu,

completamente atónito.

—¡A él no, idiota! —exclamó Iris. Rápidamente, volvió a entrar en el salón y tras tomar el mando, subió el volumen de la televisión.

—...por estos hechos, el grupo de agentes que está a mi derecha, que pertenecen a la Unidad de Delitos contra Menores del FBI, descubrieron que ese asesino había estado anteriormente en la cárcel.

—¡Ese! —gritó Iris, sin dejar de señalar a uno de los hombres que había detrás del orador.

Cuando Stu se fijó en el rostro, su cuerpo se quedó completamente rígido. Aquel hombre había estado en su despacho hacía solo unas pocas horas. Mark Calhoun.

—¡Dios...! —susurró.

Mientras avanzaba por el salón, sintió que la tensión se apoderaba de él.

—¡Si él es policía, ella también lo es! —concluyó Iris. Estaba temblando y tenía la respiración muy acelerada—. Mark y Grace —rugió—. Vienen a por nosotros. ¡Lo saben! —añadió. Dejó caer el mando a distancia del televisor y se dio la vuelta con rapidez—. No me puedo quedar aquí. Van a venir a por mí. Me meterán en la cárcel. Tengo que salir de aquí. Ahora mismo.

—¡Espera! —le dijo Stu, agarrándola del brazo cuando vio que ella tomaba las llaves y se disponía a marcharse. Tenía tanto miedo como ella, pero no estaba dispuesto a salir huyendo. A pesar de que no tenía su título de Derecho, podía pensar como un abogado—. No puedes marcharte así. Necesitamos un plan.

—¡Suéltame! —bufó ella, tratando de zafarse de él.

—Tenemos que pensar —dijo él, agarrándola del otro brazo y zarandeándola.

—Piensa tú. Yo me largo —replicó Iris, sin dejar de intentar que él la soltara—. No puedo vivir en una celda. No puedo —gritó.

Estaba completamente histérica.

—¡Tranquilízate, maldita sea! Tranquilízate —insistió Stu.

Sabía que si la policía la arrestaba en aquel estado, les hablaría de todo lo que habían hecho. Incluso de él.

Iris lo golpeó en la mejilla derecha con el manajo de llaves. El dolor que le provocó fue insoportable.

—¡Zorra! —exclamó él, llevándose una mano a la mejilla.

Preso de una repentina oteada de furia, estiró el brazo y la golpeó con la mano abierta en la cabeza.

El golpe hizo que Iris perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás como una borracha. Stu oyó un golpe seco cuando la cabeza de ella se golpeó contra el borde de la mesita de café.

—Levántate —le ordenó. La mejilla le escocía mucho—. Vas a curarme estos cortes que me has hecho. Después de eso, ya veremos lo que hacemos después —añadió. Al ver que ella no se movía, lanzó una maldición—. ¡He dicho que te levantes!

Stu se agachó, la agarró del hombro y la puso de espaldas sobre el suelo. Unos ojos vidriosos y muy abiertos, pero sin vida, lo observaban muy atentamente.

Grace estaba tumbada en la cama, con el cuerpo húmedo de sudor. El corazón le rugía al unísono con la tormenta que se estaba desarrollando en el exterior. De repente, el teléfono móvil de Mark empezó a sonar.

—¡Maldita sea...! —susurró él. Tenía la boca junto a la curva de uno de los pechos de Grace y ella sintió la calidez de su aliento cuando pronunció la palabra—. El deber me llama —añadió, levantando la cabeza con una expresión perezosa en los ojos.

Grace reunió todas sus fuerzas para poder sonreír. Entonces; lo observó con expresión soñadora mientras él se levantaba y se dirigía hacia el pequeño escritorio para contestar el teléfono. Santini tenía un cuerpo fantástico.

—¿Cuántos años tenía la última víctima? ¿Siete?

Al escuchar las preguntas que Mark le hacía a su interlocutor, la sonrisa se evaporó. Se recostó contra las almohadas y observó como

él sacaba un expediente de su maletín. Resultaba evidente que la llamada era de otro de los agentes de la UDCM sobre uno de los casos en los que Mark estaba trabajando.

—¡Maldita sea, Zabel! Sé que si estuviera allí te podría ayudar más a atrapar a ese canalla —dijo Mark, con voz tensa—. El caso en el que estoy trabajando en estos momentos debería quedar cerrado dentro de un par de días como mucho. En cuanto me quede libre, tomaré un vuelo a Anchorage.

Grace cerró los ojos y notó que el pulso se le aceleraba. Sin embargo, en aquella ocasión no era por el deseo. Acababa de darse cuenta de que él estaba a punto de marcharse.

Ese pensamiento la obligó a contener el aliento. A pesar de que había creído estar preparada para aquel momento, oír en los labios de Mark que estaba a punto de marcharse le produjo un escalofrío por la espalda que se transformó en un profundo dolor.

Se había convencido de que podía volver a ser la amante de Mark por una temporada. Se había engañado para creer que así sería. ¿Cómo había podido pensar que podría soportar volver a estar donde estaba hacía seis años, totalmente envuelta en un hombre que ya estaba pensando en marcharse?

Enamorada de un hombre que tal vez no volvería a ver jamás.

Lo amaba desesperadamente.

Sabía que era posible que Mark la amara a su manera. Sin embargo, fueran cuales fueran sus sentimientos, no eran lo suficientemente profundos como para que él decidiera quedarse.

Mark dio por terminada su llamada y tras volver a introducir el expediente en el maletín, se frotó los ojos con las manos.

—Era Zabel. Está sustituyéndome en la investigación de los crímenes de Alaska hasta que yo pueda regresar allí.

—Eso he oído —replicó ella.

El dolor que sentía por dentro se le había reflejado en la voz.

—Tengo que irme, Grace. Los dos lo sabemos.

—Sí.

Sentada allí, completamente desnuda, Grace se sintió muy vulnerable. Se levantó de la cama, se dirigió hacia la cómoda y sacó el primer jersey que se encontró y se lo puso. Era blanco y le llegaba hasta medio muslo.

—Saber que tienes que marcharte es una cosa, pero acostarme contigo y tener que escuchar unos minutos después que estás haciendo planes para marcharte cuando casi no te has levantado de la cama es otra muy diferente.

Con el rostro muy serio, Mark se acercó al armario, sacó un par de vaqueros y se los enfundó.

—Tengo un trabajo del que ocuparme. Creía que lo comprendías.

—Y lo comprendo.

—Entonces, quiero que comprendas otra cosa... —dijo, dando un paso hacia ella—. No tengo intención de decirte adiós cuando me marche. No quiero que vuelva a ocurrir lo de hace seis años. Podemos encontrar una solución. Ver cómo podemos pasar tiempo juntos.

—Entre caso y caso.

—Sí —repuso él mesándose el cabello—. Ésta es mi vida.

—Lo sé...

Grace sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. La vida de Mark había sido igual seis años atrás. Entonces, no había tenido mucho sitio para ella, por lo que Grace había sido lo suficientemente inteligente como para saber que lo poco que él podía ofrecerle no era suficiente para ella.

Y seguía sin serlo.

Apretó los puños. La noche anterior, Mark se había abierto ante ella, había retirado todas sus defensas y le había hablado de su pasado. Le había entregado aquella parte de sí mismo para que Grace pudiera comprender por qué era el hombre que era. Por qué no podía darle la espalda al trabajo. Supuso que ella le debía lo mismo a él.

—Tenemos que terminar para siempre —dijo, con voz tranquila

—, porque la última vez no lo hicimos y personas a las que yo amaba sufrieron por ello.

—La otra vez también rompimos. Cuando tú me dijiste que no te querías mudar a Virginia y me pediste que no te llamara ni te escribiera. Yo lo respeté. Me dijiste que estabas segura de que era eso lo que querías.

—Resulta que no estaba tan segura.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mark, acercándose a ella.

—Cuando conocí a Ryan, surgió instantáneamente algo entre nosotros. Una chispa. Yo pensé que podría haber más, pero no mientras siguiera sintiendo algo por ti. Había tratado desesperadamente de deshacerme de aquellos sentimientos, pero no podía. No hacía más que pensar que lo había estropeado todo no yéndome a Virginia contigo —respondió. Abrió otro cajón de la cómoda y sacó unos vaqueros, que se puso inmediatamente—. Tú seguías dentro de mí. En mi cabeza, en mi corazón. Quería ser justa con Ryan. No podía entregarme a él hasta que supiera lo que hacer contigo. Por eso, decidí arriesgarlo todo. Pedí unos días en el trabajo y llamé a tu despacho. Tú no estabas en la ciudad, pero ibas a regresar al día siguiente. Tomé un vuelo al este. Mi plan era presentarme en tu piso, anunciar mis intenciones de vivir contigo y arrojarme a ti.

—Tú no... —susurró Mark, completamente atónito—. ¿Estás hablando de la única vez que te presentaste en mi piso?

—Sí.

—Dijiste que estabas en Washington para asistir a una conferencia.

—Te mentí.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Por dos razones. La primera fue la rubia que estaba sentada en tu sofá cuando abriste la puerta. La segunda fue que estabas haciendo las maletas para marcharte a ocuparte de otro caso.

—La rubia no significó nada para mí.

—Se llamaba Brenda.

—¡Me importa un bledo como se llamara! Ella sólo era alguien con quien yo salía.

—Lo sé. Me lo imaginé por el modo en el que la mirabas. Allí estabas tú, con una preciosa rubia encima del sofá y ¿qué estabas haciendo? Preparando las maletas para marcharte de la ciudad.

—Tenía un caso del que ocuparme.

—Exactamente. Desde el principio, yo había sabido que el trabajo era lo primero para ti. Hasta anoche, cuando me hablaste de tu infancia, no comprendí por qué. Sólo sabía que tú nunca permitirías que nadie ni nada se interpusiera en tu trabajo. Lo sabía, pero no lo comprendí hasta el día en el que me presenté en Virginia. Entonces vi que aunque una mujer estuviera compartiendo tu vida, no tenía posibilidad alguna, al menos comparada con tu trabajo. Por eso, regresé a casa.

—Deberías haberte quedado. Deberías haberle dado una oportunidad a lo que había entre nosotros.

—Lo que había entre nosotros no tenía posibilidad alguna de salir adelante —replicó ella—. Resultó que presentarme en tu casa y ver lo que vi fue lo mejor que podría haberme ocurrido. Cerré la puerta a mi pasado contigo y me enamoré de Ryan. Lo amaba con todo el alma.

—Eso ya lo sé —susurró él, cerrando los ojos.

—Lo que no sabes es que un año antes de que muriera, Ryan escuchó una conversación entre Morgan, Carrie y yo en la que yo les hablaba del viaje que hice para verte. Sólo era una conversación sin importancia. Conversaciones de chicas sobre los hombres del pasado.

—Déjame adivinarlo. A Ryan no le pareció que no tuviera importancia.

—Cuando Ryan me preguntó sobre lo que había escuchado, le

dije la verdad. Él me dijo que me creía, pero yo sé que seguía teniendo dudas. Creyó que me había conformado con él porque no podía tenerte a ti. Desde aquel día, tú te interpusiste entre nosotros.

—¡Dios...!

—Eras un fantasma, Mark. Un diablo al que no podía exorcizar. Siempre allí, acechando mi matrimonio.

—Lo siento...

—No fue culpa tuya —replicó Grace—. En realidad, no fue de nadie, pero ésa es la razón por la que no puedo cometer el mismo error. No puedo dejar que sigas marcando mi vida. Si seguimos así, si nos seguimos acostando juntos, eso será exactamente lo que ocurrirá. Al menos, para mí.

—¡Maldita sea, Grace! No quiero perderte. Podemos encontrar algún modo de...

—No. Yo no me puedo pasar meses esperando que encuentres un hueco lo suficientemente grande en tu tiempo para que vengas a verme. Entonces, mientras estemos juntos, no dejaría de preguntarme cuánto tiempo pasará hasta que te tengas que volver a marchar.

Buscando algo que hacer, Grace se acercó a la cama y empezó a alisar las sábanas y las mantas que habían revuelto mientras hacían el amor. Si se paraba a pensarlo, la única vez que había sentido que Mark Santini era totalmente suyo era mientras tenían relaciones sexuales. Fuera de la cama, el trabajo tenía prioridad. Siempre el trabajo.

—Anoche, cuando terminamos en esta cama, pensé que estábamos empezando algo. Ahora comprendo que sólo estábamos terminando lo que teníamos en el pasado. Esta vez para siempre.

—Ni hablar —le espetó Mark. Rápidamente, cruzó el dormitorio y le colocó las manos sobre los hombros—. ¿Acaso crees que hacer el amor contigo no fue para mí más que un simple revolcón? Piénsalo, McCall. No hemos terminado. Te pedí que te vinieras a Virginia a

vivir conmigo porque sentía algo por ti. Si tú me hubieras dicho por qué te habías presentado en mi puerta, lo que había entre nosotros no habría finalizado. No nos habríamos pasado seis años separados.

—Si te hubiera dicho la verdad ese día, ¿habrías seguido haciendo tu equipaje para marcharte?

—Ya conoces la respuesta. Yo no podía cambiar el hecho de que un niño había sido asesinado. Mi trabajo era encontrar al canalla que lo había hecho antes de que muriera otro niño. Tenía que marcharme.

—Lo mismo hice yo.

—Grace...

—Sé lo que es tener una vida normal con un hombre que siempre está a mi lado. Eso es lo que compartí con Ryan y fue algo realmente especial. Si no hubiera sido por él, si no hubiera vivido con Ryan, tal vez me conformaría con lo que tú me das, pero no quiero hacerlo, Mark. Algún día, tendré la vida que necesito con otro hombre. Lo que no deseo es el espectro de lo que tú y yo hemos compartido revoloteando por encima de esa otra relación.

El sonido del teléfono que había sobre la mesilla de noche, hizo que Mark soltara una maldición. Grace se soltó y se apartó de él.

—Es mejor que respondas, señor Calhoun.

—No hemos terminado con esta conversación. Te lo aseguro, Grace —dijo él, con la voz dura como el acero. Se acercó rápidamente a la mesilla y tomó el auricular—. Calhoun —contestó—. No interrumpe usted nada, señor Harmon.

Mientras él escuchaba, Grace vio que la expresión de su rostro se transformaba para expresar la dura intensidad propia de un policía.

—Por supuesto que aún deseamos conocer a la madre de la niña que vamos a adoptar —afirmó. Miró a Grace y sin pronunciar la palabra, le indicó a su compañera que se trataba de Harmon Júnior—. El lugar de la reunión no es ningún problema —añadió, tras comprobar su reloj—, pero como usted ha dicho, ese lugar está a una hora en coche de aquí. Si está usted seguro de que ella quiere

concernos esta misma noche, Grace y yo nos pondremos en camino inmediatamente.

Mientras conducía el vehículo de alquiler, Mark decidió que ella les estaba haciendo un favor a los dos. Después de llevar unos cuarenta y cinco minutos conduciendo bajo la intensa lluvia, Mark había comprendido por fin cómo Grace había encontrado, mentalmente, la solución a la situación en la que ambos se hallaban. Rompiendo su relación antes de que fuera más allá, Grace creía que les estaba haciendo un favor a ambos y les estaba ahorrando bastante sufrimiento.

Las intenciones eran buenas, pero no iba a servir de nada. Al menos para él.

Lo que Grace no comprendía era que él se había pasado seis años sin dejar de pensar en ella. Día tras día. Mes tras mes. Años tras año. Tal vez había sido una casualidad que aquella investigación hubiera vuelto a unirlos. Una coincidencia. El karma. No le importaba saber por qué sus vidas se habían vuelto a cruzar. Lo importante era que así había sido y que en aquella ocasión, no iba a dejar que Grace se le volviera a escapar. Tratarían de compaginar unos estilos de vida muy diferentes y encontrarían el modo de verse. De algún modo, conseguirían que su relación funcionara.

Agarró con fuerza el volante mientras la lluvia golpeaba con violencia el parabrisas. Había crecido sin cariño. Se había pasado su vida adulta economizando meticulosamente sus sentimientos. Como resultado, no podía comparar con nada lo que sentía por Grace. Podría ser que estuviera enamorado de ella. Después de todo, el amor significaba dar y compartir hasta lo más íntimo. Durante los dos últimos días, habían compartido muchas cosas tanto emocional como físicamente.

Miró hacia el asiento de al lado. La luz del salpicadero iluminaba suavemente el rostro de Grace. Si no hubiera habido un micrófono en el coche, no sabía lo que le habría dicho durante aquel trayecto casi

complemente en silencio. Y aunque hubiera sabido lo que necesitaba decir, no tenía ni idea de cómo decirlo. Al menos, de momento. Ya se le ocurriría algo antes de que se marchara de Oklahoma.

—Me pregunto lo que la ha hecho cambiar de opinión —dijo Grace—. Por qué, de repente, ha decidido que quiere conocernos.

—Lo sabremos muy pronto, cariño —respondió Mark.

Volvió a centrar su atención en el parabrisas. Los faros del coche atravesaban la oscuridad de la noche e iluminaban la carretera que se había estrechado a dos carriles.

Las indicaciones que Stuart Harmon le había dado por teléfono deberían llevarlos a un pequeño café que había a las afueras de la ciudad de Oklahoma. Como creía que Grace y él eran de Houston, Harmon no tenía modo alguno de saber que los dos conocían muy bien la zona, en la que las carreteras se hallaban en muy mal estado. Su destino los esperaba al otro lado de un puente de madera, del que estaban bastante cerca. Mark suponía que el café estaría bastante solitario a aquellas horas de la noche.

Justo entonces, unos faros cegadores aparecieron detrás de ellos. Mark entornó los ojos por la potencia de la luz. Precisamente por lo brillante que ésta era, casi no podía distinguir de qué clase de vehículo se trataba. Los faros estaban más altos y más anchos que los de su coche, por lo que dedujo que se trataba de un vehículo todoterreno.

—Mark... —susurró Grace, tensándose a su lado.

Aquello fue lo único que ella pudo decir antes de que el todoterreno los embistiera por detrás.

Los años de experiencia de Mark evitaron que pisara los frenos a fondo. Si lo hubiera hecho, la humedad del asfalto le habría hecho perder el control del vehículo. En vez de eso, pisó el freno con mucha suavidad y trató de reducir la velocidad del coche antes de que llegaran al puente de madera.

—¿Tienes puesto el cinturón de seguridad? —le preguntó a Grace.

—Sí. ¿Y tú?

—También.

El todoterreno los embistió por segunda vez. Mark agarró con fuerza el volante cuando el coche se meneó de un lado para otro. Los faros realizaron un alocado baile sobre el asfalto, brillando en el quitamiedos que se interponía entre la estrecha carretera y el arroyo. De repente, se imaginó al coche chocando contra los pilares del puente y cayendo al oscuro abismo que había debajo de él.

Se dijo que eso no iba a ocurrir. Decidió que no podía permitir que el todoterreno se pusiera al lado de ellos. Era muy grande y más alto que el coche, por lo que podría hacer patinar al vehículo y a empujarlo sobre la barandilla del puente.

Cuando el todoterreno se colocó a su lado, Mark giró violentamente el volante para bloquearle el paso. El sonido del metal contra metal resonó por encima del rugir de los motores cuando el lateral del todoterreno se chocó contra la barandilla del puente.

Para tratar de recuperar el control del vehículo, el conductor pisó con fuerza los frenos. El todoterreno se chocó a continuación contra el coche de Mark y luego volvió a enfilarse contra el puente, del que empezó a arrancar trozos del metal de la barandilla.

Por su parte, Mark sujetó con fuerza el volante y pisó el freno con suavidad, tratando de controlar el coche. Éste patinó violentamente y se chocó contra el puente.

Por encima del rugido de la sangre en los oídos y del chirrido de los neumáticos, oyó el golpe seco que se produjo cuando la cabeza de Grace se golpeó contra el cristal de la ventana.

Capítulo 15

Cuando Grace abrió los ojos, todo estaba completamente desenfocado. El lado derecho de la cara le dolía mucho. Volvió a cerrar los ojos.

—Cielo, abre los ojos. Grace, mírame.

La voz de Mark y el incesante golpeteo con las yemas de los dedos que él le estaba dando en la mejilla le impidieron volver a sumirse en la oscuridad.

—Me encuentro bien —susurró. Parpadeando y completamente desorientada, le apartó la mano—. Me encuentro bien —repitió.

Cuando trató de incorporarse, el estómago le dio un vuelco y tuvo que contener el aliento.

—Tranquila —le dijo Mark agarrándola del hombro—. Mantén los ojos abiertos, pero permanece tumbada un minuto más.

—Buena idea —murmuró. Se tocó la mejilla con un dedo e inmediatamente apretó los dientes por el dolor que sintió. Se sentía desorientada y dolorida—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

La mano de Mark, cálida y suave, le agarró la suya.

—Te has golpeado la cabeza contra el cristal de la ventanilla.

—Oh...

De repente, lo recordó todo. La potente luz de los faros, los impactos cuando el otro vehículo los embistió, el aterrador chirrido del metal... El momento en el que se golpeó la cabeza contra la ventana, cómo se le había doblado la visión antes de perder el sentido.

Grace respiró profundamente y se incorporó. Entonces, fue

cuando se dio cuenta de que estaba sobre una camilla, en la parte posterior de una ambulancia. A su lado, estaban una enfermera y Mark. Grace reconoció a la primera de los años en los que había estado patrullando las calles.

—Hola, Stella, ¿cómo estás?

—En estos momentos, mejor que tú, McCall —replicó Stella—. En algunas cosas... —añadió, al ver el modo en el que la mano de Mark estaba cubriendo la de Grace—. ¿Cuántos dedos te estoy mostrando?

—Dos.

—¿Qué día es hoy?

—Veintitrés de diciembre.

—¿Para quién trabajas?

—¿Para el FBI? ¿He aprobado?

—Sí. Con sobresaliente —respondió Stella.

—Aún no recuerdo algunos detalles —dijo Grace, mirando a Mark—. Me acuerdo de que Harmon Júnior llamó a la suite y de que nos dijo que Lori Logan quería conocer a los Calhoun en ese café.

—Una estratagema —respondió Mark—. Envié a un policía a registrar el café. Lori no ha estado allí. Júnior llamó porque quería hacernos salir. Según parece, nuestra tapadera se ha descubierto de algún modo y él decidió matarnos. El hecho de que nuestro coche se hubiera salido de la carretera en una noche tan lluviosa y se hubiera estrellado contra un arroyo probablemente habría parecido un accidente.

—¿Significa eso que Júnior iba conduciendo el coche que nos embistió?

—Sí. En realidad, se trataba de un monovolumen —respondió Mark—. A nombre de Iris Davenport. Sin embargo, ella no estaba en el interior de la furgoneta. Un agente del FBI de Oklahoma y un policía van de camino a casa de Iris para hacerle una visita.

—¿Y Júnior? ¿Lo habéis arrestado?

—Fue muy fácil, dado que había perdido el conocimiento. Júnior

no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Cuando el monovolumen se golpeó contra el puente, se golpeó la cabeza con el volante. Recobró el conocimiento mientras lo trasladaban al Baptist Hospital, que es precisamente a donde te van a llevar a ti.

—No en ambulancia.

—Grace...

—Estoy bien.

—Te has dado un golpe en la cabeza. Has perdido el conocimiento. Necesitas que te examine un médico.

—Lo haré. Tenemos que ir al hospital a ver a Júnior. Allí, le pediré a los médicos que me examinen.

—El coche de alquiler está destrozado. Tengo un coche patrulla esperando para llevarte al hospital —dijo Mark, antes de mirar por encima del hombro—. Tú dirás, Stella. ¿Puede la sargento McCall ir al hospital en coche patrulla o debe hacerlo en una ambulancia?

—Tiene el pulso bien, buena memoria y ve y habla con claridad. Puede irse contigo mientras vaya a ver a un médico en cuanto llegue al hospital.

—Me aseguraré de ello —afirmó Mark.

Entonces, volvió a mirar a Grace. Ella vio algo en los ojos oscuros de su compañero, un sentimiento que no pudo interpretar.

La enfermera los miró durante un instante y le dijo a Mark:

—Me da la sensación de que mientras la sargento McCall esté contigo, estará en muy buenas manos.

Urgencias bullía como era habitual con las enfermas, el personal de ambulancias y los pacientes. Una radio lejana no dejaba de emitir villancicos de Navidad cuando un médico le dijo a Grace que estaba en forma para trabajar al día siguiente. Ella decidió ignorar lo de «*al día siguiente*» y rechazó la receta de un analgésico que el médico le dio. En vez de eso, se tomó una aspirina para el dolor de cabeza que le estaba destrozando la sien derecha.

Menos de un minuto después de que el médico desapareciera al

otro lado de la cortina que rodeaba la mesa la camilla de exploraciones, Mark entró. Tenía una expresión seria en le rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Grace, aún subida en la camilla.

—Iris —respondió al tiempo que le entregaba a Grace su bolso—. Cuando el agente del FBI y el policía se presentaron en su casa, la encontraron muerta.

—¿Muerta? ¿Cómo? —quiso saber ella.

Estaba completamente atónita.

—El forense ha dicho que parece que se cayó y se golpeó la cabeza con el borde de una mesa de café. En este momento, no sabemos si la ayudaron a caerse. El del FBI tomó estas fotografías en la casa de Iris —añadió, sacándose las instantáneas del bolsillo—. Las ha traído porque se imaginó que nos gustaría ver el lugar del suceso.

Grace estudió las fotografías. Vio a Iris, tumbada de espaldas con los ojos vidriosos. Las dos últimas fotos se habían tomado en el garaje. A un lado, estaba aparcado un Porsche plateado y manchado de barro.

—¿Pertenece a Iris el Porsche?

—No. Está matriculado a nombre de Stuart Harmon Júnior. Los del laboratorio dicen que han encontrado cocaína en la guantera. Se han llevado el coche y lo están examinando muy cuidadosamente.

—Interesante —murmuró Grace—. ¿Alguna idea sobre por qué Júnior conducía el vehículo de Iris esta noche?

—Me parece que decidió que el Porsche resultaría demasiado fácil de identificar a la hora de sacar a unos policías de la carretera. Se lo podremos preguntar al propio Júnior cuando tú estés lista. Le han dado puntos en la frente y está en una habitación al final del pasillo, con un policía en la puerta. He hablado con el médico que lo ha atendido. También tiene algunos arañazos en la mejilla. El médico no está seguro, pero no cree que Harmon se los hiciera cuando tuvo el accidente.

Grace recordó las uñas postizas que Iris llevaba en Las Vegas y que podrían hacerle mucho daño a una cara.

—¿Crees que podrían ser causadas por las uñas de una mujer? ¿Que Iris y él se pelearon y que ella lo arañó?

—Tal vez, pero el médico ha dicho que no parecen ser causados por uñas. Los del laboratorio mirarán debajo de las uñas de Iris para ver si tiene restos de sangre y piel.

—¿Y su padre? No sabemos como encaja él en todo este asunto ni lo mucho que está implicado en las adopciones ilegales, si es que lo está... Tenemos que entrevistarlo a él también esta noche.

—Lo haremos. Uno de nuestros agentes ha ido a recogerlo a Winding Rock y le ha dicho que su hijo estaba arrestado y herido. Deberían llegar pronto. Tengo a otro agente trabajando para conseguir una orden de registro para el bufete y la residencia de los Harmon. Dado que padre e hijo viven en la misma casa, podremos buscar pruebas para la implicación de ambos en el caso al mismo tiempo.

Grace miró detenidamente al hombre que estaba frente a ella. Las luces fluorescentes de la sala parecían enfatizar el profundo atractivo de sus rasgos. Sabía que el aspecto que Mark tenía en aquellos momentos la perseguiría durante el resto de su vida.

Tragó saliva para librarse del nudo que se le había hecho en la garganta.

—Esta noche has estado muy ocupado, Santini. Te has tenido que ocupar de todo mientras tu compañera estaba inconsciente. Esta noche no me he hecho cargo de mi parte del trabajo.

Mark se acercó un poco más a la camilla y le colocó una mano sobre el muslo.

—Verte herida, inconsciente... —susurró. La miró atentamente mientras se le tensaba un músculo de la mandíbula—. Hay cosas que quiero decirte, Grace. Que necesito decirte.

Fuera lo que fuera lo que tenía la intención de confesarle se

perdió cuando un policía uniformado asomó la cabeza por las cortinas.

—¿Sargento McCall? La operadora ha recibido una llamada de una mujer que está tratando de localizarla. Se llama Millie Usher. ¿Necesita su número?

—Ya lo tengo —respondió Grace. Cuando el policía se marchó, miró a Mark—. Tal vez me haya llamado para decirme que Lori Logan se ha puesto de parto.

—Puedes utilizar mi móvil —le ofreció Mark.

—Ya tengo el mío —replicó Grace, sacando el teléfono del bolso—. Millie me ha llamado dos veces. Debió de ser cuando estaba inconsciente.

Pulsó el botón de la rellamada y a los pocos instantes, tenía al aparato a la directora de *Usher House*.

—Gracias a Dios que te localizo por fin, Grace —dijo Millie. El pánico que había en su voz puso en estado de alerta a Grace.

—¿Qué es lo que ha pasado, Millie?

—Justo después de que habláramos esta tarde, fui a ver si encontraba a Lori, como tú me pediste que hiciera. Una de las chicas se había dejado una bolsa en uno de los escalones. Yo estaba muy preocupada y no lo vi. Me tropecé con la maldita bolsa y me caí.

—¿Te encuentras bien?

—Me he roto el brazo por dos partes. Estuve en la clínica un par de horas, pero ésa no es la razón por la que te he llamado. Es por Lori.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Tenía tantos dolores después de caerme que me olvidé de ella durante un rato. Cuando regresamos al albergue, no vi a Lori con el resto de las chicas. Ahora, resulta que nadie la ha visto.

—¿Desde cuándo? —preguntó Grace, muy preocupada.

—Desde después de almorzar. Justo antes de que tomara la furgoneta para irse a ver al señor Harmon.

—Pero regresó al albergue, ¿no? Viste la furgoneta en el aparcamiento.

—Sí, la furgoneta sigue allí, pero ninguna de las chicas recuerda haber visto a Lori después de que regresara con la furgoneta. Hemos mirado por todas partes. Nada.

—Es posible que se haya puesto de parto.

—Hemos llamado a todas las clínicas y hospitales de la ciudad sin resultado alguno.

—¿Habéis llamado a la policía para decir que ha desaparecido?

—Cuando no pude hablar contigo directamente, llamé a la policía y vino un oficial para tomarme declaración.

—¿Le diste una fotografía de Lori?

—Sí. Me dijo que se encargaría de distribuirla.

—Bueno, Millie, has hecho todo lo que podías. Llámame si Lori regresa o tienes noticias de ella. Yo me pondré en contacto contigo si la encontramos.

—Esto no va nada bien —dijo Mark, cuando Grace terminó la llamada—. Alguien descubre nuestra tapadera, uno de nuestros sospechosos utiliza el nombre de Lori para tendernos una trampa. Ahora ella está desaparecida... No creo que todo esto sea una coincidencia.

—Mark, necesitamos entrevistar a los Harmon —anunció Grace. El miedo se había apoderado de ella—. Si Iris fue asesinada y se han llevado a Lori...

Sacudió la cabeza sin poder terminar la frase. No quería ni pensar en la posibilidad de que Lori y su bebé hubieran tenido el mismo destino que Iris.

Cinco minutos después, Mark saludó con la cabeza al policía uniformado que hacía guardia frente a la habitación en la que los aguardaba Stuart Harmon. El agente les abrió la puerta y los dos entraron.

En la habitación, que apestaba a desinfectante de hospital, sólo

había una mesa y cuatro sillas de metal alrededor de ésta. Su prisionero estaba sentado en una de ellas, con las manos esposadas a la espalda.

Aunque iba vestido como aquella mañana, Stuart Harmon ya no parecía el mismo hombre. Estaba muy pálido. No llevaba ya sus gafas y tenía el cabello despeinado. En la frente, una línea de puntos y un hematoma. Mientras el policía le quitaba las esposas, Mark le prestó especial atención a los arañazos que Stuart tenía en la mejilla derecha.

—Policías —dijo Harmon mientras Mark y Grace tomaban asiento—. Jamás lo habría adivinado. En lo que se refiere a dos personas que fingen estar enamoradas, vosotros os lleváis el primer premio.

—¿Cómo y cuándo descubrió usted, señor Harmon, que éramos policías? —le preguntó Grace, con una tranquila sonrisa.

—Ahora mismo. Cuando entrasteis por la puerta. Os han delatado las placas y las pistolas que lleváis en los cinturones.

Mark le recitó sus derechos y le preguntó si los había comprendido.

—Soy abogado. Conozco mis derechos. Ahora, tenéis que explicarme por qué estáis acosando a un ciudadano inocente.

—Señor Harmon, usted no es un ciudadano inocente ni es abogado. Nunca ha aprobado el examen que lo capacitaba para ejercer el Derecho y esta noche ha tratado de asesinarnos al agente Santini y a mí.

—No sé de dónde te has sacado la idea de que yo he querido mataros esta noche —replicó Harmon, reclinándose relajadamente sobre el asiento—. Me fallaron los frenos y mi coche os golpeó por detrás. Fue un accidente en una carretera oscura y empapada por la lluvia. Nada personal.

—¿Tu coche? —le preguntó Mark—. Ese vehículo no te pertenecía, Stu. Le pertenece a una amiga tuya.

—Sí. Cuando vuelva a ver a Iris, le diré que debe hacer que le

revisen los frenos.

—A Iris... —murmuró Grace—. ¿Por qué no nos habla usted sobre Iris?

—Claro. La conocí hace dos años cuando trabajaba de enfermera en un hospital. Mi madre se estaba muriendo y Iris hacía el turno de noche de noche en nuestra casa. Los dos nos sentábamos y charlábamos mucho.

—Y tras la muerte de su madre, Iris y usted continuaron su amistad.

—El hecho de que ella me haya permitido tomar prestado su coche esta noche debería ser prueba de ello.

—¿Por qué tomaste prestada su furgoneta? —le preguntó Mark.

—El motor de mi coche empezó a fallar. Como no quería llegar tarde a mi cita con los Calhoun, tomé prestado el de Iris. Tan sencillo como eso.

—Y te dejaste el Porsche en el garaje de Iris.

—Sí, porque estaba lloviendo. Iris me sugirió que metiera el coche dentro. Muy amable de su parte.

—Lo fue —afirmó Grace—. Así hay menos posibilidades de que alguien le abra el coche y le robe la cocaína que llevaba en la guantera.

—¿Cocaína? —repitió Harmon—. No sé nada de eso. Tal vez sea mejor que se lo preguntes a Iris, dado que ella fue la última persona que lo utilizó.

—Regresemos a la reunión que concertó con los Calhoun —dijo Grace—. ¿Dónde está Lori Logan?

—Ya me lo diréis vosotros. Cuando me llamó y me dijo que quería conocer a los Calhoun, me dijo que conseguiría que alguien la llevara al café. Tal vez aún sigue allí.

—No —dijo Mark—. Entonces, ella te llamó y que dijo que prepararas la reunión. Por lo tanto, esa llamada debería haberse registrado en tu teléfono.

—En realidad, la llamé yo a ella. Mi padre me dijo que ella había ido a verlo esta tarde y que estaba algo disgustada. Yo tenía que ir a Oklahoma por negocios, por lo que decidí llamarla mientras estaba aquí.

—¿Qué clase de negocios?

Aunque había sido Grace la que le había hecho la pregunta, Harmon miró a Mark y le dedicó una mirada muy significativa.

—Le dije a mi padre que tenía una cita de negocios, pero en realidad, lo que tenía preparado era irme de bares, ligarme a una mujer simpática y divertirme. Ya sabes de lo que estoy hablando.

—¿Utilizaste el teléfono móvil para llamar a Lori? —le preguntó Mark.

—Lo intenté, pero no tenía cobertura, seguramente por la tormenta. Por eso, me detuve en una cabina y llamé a *Usher House*.

—¿Qué cabina? —quiso saber Mark.

—En el exterior de una tienda, no sabría decirte cuál. Vivo en Winding Rock, no en la ciudad de Oklahoma. No estoy muy familiarizado con las calles, por lo que no te puedo dar la localización específica de la cabina. Podrías comprobar el registro de llamadas que recibió *Usher House*.

—Lo haremos —replicó Mark, aunque sabía que la búsqueda sería inútil.

Los chicos y chicas que vivían en *Usher House* no tenían dinero para móviles ni para buscas, por lo que cada vez que tuvieran que llamar al albergue, tendrían que usar una cabina. Por lo tanto, lo más probable sería que hubiera cientos de llamadas a *Usher House* desde teléfonos públicos.

—Lori está a punto de dar a luz. Tenemos que encontrarla —dijo Grace.

—No puedo ayudarlos.

—¿Y si trata de ayudarse un poco a sí mismo? —le espetó Grace—. Ya podemos acusarlo por haber cobrado de más por una

adopción. Además, están los dos homicidios que Iris cometió, el de DeeDee Wyman y el de Andrea Grayson. A continuación, Iris secuestró a sus bebés para que usted los vendiera. Eso lo convierte en cómplice. ¿Dónde están esos dos niños?

—Pregúnteselo a Iris. Yo no sé nada sobre asesinatos o secuestros. Y no cobro de más a nadie. Simplemente recibo dinero por organizar adopciones privadas. Nada más.

—Aún no he terminado de describirle sus problemas, señor Harmon —añadió Grace—. También tiene delitos de asalto y del intento de asesinato de dos agentes del orden. Mi compañero es agente del FBI, lo que significa que uno de esos delitos es federal. Sólo eso le reportaría una cadena perpetua en un tribunal federal. A continuación, tendría que acudir a un tribunal estatal y vuelta a empezar.

—Además, no debemos olvidarnos de la posesión de cocaína —observó Mark.

—Así es. Hay tantos delitos que se me había olvidado ése —apostilló Grace.

Mark notó que los ojos enrojecidos de Harmon pasaban de mirar a Grace para observarlo a él como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Andrea Grayson —repitió Grace, poniendo un énfasis especial en el apellido—. Señor Harmon, ¿se ha dado cuenta del apellido que tiene una de las chicas asesinadas?

—Yo no sé nada...

—Tal vez haya oído hablar del senador Landon Grayson —insistió ella—. Andrea era su hija. Iris la mató y después usted vendió a su nieta. El senador es un hombre muy poderoso, acostumbrado a obtener lo que desea. En estos momentos, desea tener a su lado a su nieta.

—Dejemos ya de jugar al ratón y al gato, Stu —dijo Mark—. La implicación de Grayson en el caso hace que este caso se convierta en

un caso político. Todo el mundo tiene que salir bien parado y el único modo de hacerlo es que alguien pague. En estos momentos, ese alguien eres tú.

—Ya os he dicho que no sé nada sobre lo que ha hecho Iris. En cuanto a lo de esta noche, los frenos me fallaron. Estaba lloviendo y la carretera estaba muy mojada. Perdí el control de un vehículo que no estoy acostumbrado a conducir. Lo que ocurrió fue un accidente.

—No es ningún accidente que Lori esté desaparecida —dijo Mark—. Dinos dónde está. Si la encontramos viva, te echaré una mano. Me encargaré de que te ofrezcan un trato.

—Yo no necesito ningún trato —replicó Harmon—. Lori Logan me dijo que iba a hacer autostop para llegar a ese café. Esa chica está acostumbrada a pedir a los desconocidos que la lleven en su coche. Tal vez la recogiera un perverso que ha podido hacerle algo horrible. ¿Quién sabe? Tal vez nunca volvamos a saber de ella.

—Ese canalla está mintiendo —dijo Grace, mientras avanzaban por el pasillo tras salir de la habitación—. Sabe dónde está Lori Logan. Lo sé.

—Sí, claro que lo sabe —afirmó Mark—, pero no nos lo va a decir.

Al dar la vuelta a una esquina, Grace vio a Harmon padre hablando con otro hombre. Estaban en el puesto de enfermeras, esperando que alguien los atendiera.

—Mira, ahí está el padre —anunció Grace—. ¿Es el tipo que está con él el agente del FBI que fue a recogerlo?

—Sí. ¿Preparada para realizar otro interrogatorio, sargento McCall?

—Preparada, agente Santini.

A los pocos minutos, Grace y Mark estaban de nuevo en la misma sala en la que habían interrogado a Stuart Harmon, aunque aquella vez con Harmon padre, después de que los dos hombres mantuvieran una breve entrevista.

—Comprendo sus razones para obtener una orden que les

permita registrar nuestra vivienda y nuestro bufete —les dijo Harmon, después de que Grace y Mark le dijeran sus derechos y le explicaran las pruebas que tenían—. Sin embargo, no necesitan ninguna para contar con mi cooperación. Les diré lo que sé y trataré de ayudarlos en todo lo que pueda.

—Le agradecemos mucho su cooperación —respondió Mark—. Ya le hemos explicado las cifras que su hijo les había exigido a los Calhoun para poder adoptar a la hija de Lori Logan. Necesitamos algo más que su palabra de que usted desconocía esas cantidades. Necesitamos pruebas.

—Lo único que tengo es mi palabra, agente Santini. Llevo semi jubilado durante varios años. Yo sólo me ocupo de las personas que forman parte del proceso de adopción. Es mi hijo el que se ocupaba de los legalismos y del papeleo. Decir que Stuart ha sido una desilusión para mí sería explicarlo de un modo muy suave. Llevo toda su vida sacándolo de líos. Otra equivocación por mi parte. Es mi hijo y seguiré apoyándolo, pero esta vez dejaré que él responda de sus propios actos.

—Señor Harmon —dijo Grace. Su instinto de policía le decía que el hombre les estaba diciendo la verdad—, mientras usted se estaba entrevistando con su hijo, nosotros hemos recibido una llamada del laboratorio de la policía. Se han encontrado las huellas dactilares de Lori Logan en el Porsche de Stuart. Lori ha desaparecido y está a punto de dar a luz. ¿Tiene usted alguna casa en el campo o un lugar de vacaciones al que Stuart pudiera haberla llevado?

—No, lo siento —contestó Harmon, cerrando los ojos—. Es una chica muy buena. Me dijo que yo le recordaba a su abuelo. Si pudiera ayudarlos a encontrarla, lo haría.

Media hora más tarde, Mark y Grace entraban en un ascensor del departamento de policía de Oklahoma. Grace apretó el botón de la tercera planta. Se sentía como si hubieran pasado cien años desde el día en el que Mark se presentó en el despacho de su teniente.

Durante un instante, sintió que el corazón se le encogía por el hombre que amaba. Por el hombre cuya vida no podía acoplar a la suya.

Lamentándose por lo que nunca podrían compartir, miró a Mark y vio que él estaba repasando las fotografías que se habían tomado en la casa de Iris Davenport.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —dijo él, centrando su atención en una de las fotografías.

Grace se acercó a él y vio que se trataba de la foto del Porsche de Júnior, que estaba aparcado en el garaje de Iris.

—¿De qué se trata?

—Es una simple elucubración.

—En este momento, no tenemos otra cosa

—Muy bien. Harmon padre nos dijo que su hijo y él estuvieron hablando después de que nosotros nos marcháramos del bufete. En ese momento, Júnior seguía creyendo que nosotros éramos los Calhoun. El padre le dice a Stuart que Lori ha estado allí y que está teniendo dudas sobre la adopción. Stuart no quiere que la adopción se paralice porque él necesita el dinero, probablemente para cocaína. Le pregunta a su padre el tiempo que hace desde que Lori se ha marchado y tras afirmar que tiene una cita, sale corriendo. Se monta en su coche y lo hace volar por la autopista, de manera que llega a Oklahoma a tiempo de interceptar a Lori. Dado que la furgoneta está en el aparcamiento del albergue, debió de llevársela del aparcamiento. Como ella lo conoce, no duda a la hora de meterse en el coche con él y por lo tanto, su marcha no despierta sospechas.

—Entonces, Stuart se la lleva a algún lugar apartado en el que pueda encerrarla y mantenerla allí hasta que dé a luz.

—Y necesita que Iris la ayude en el parto.

—Por eso va a su casa —dijo Grace—. Por alguna razón, se pelean. Por eso él tiene esos arañazos en la mejilla. Iris habría aceptado para poderse llevar su parte del dinero por vender al bebé de Lori. Iris ya

ha matado dos veces, por lo que matar a Lori después de ayudarla a tener a su hijo no debería quitarle el sueño. Estás pensando en el barro del coche, ¿verdad? —preguntó, al ver que Mark seguía mirando la fotografía, en la que el automóvil aparecía muy sucio y cubierto de barro.

—Así es. El padre dijo que Stuart es muy exigente a la hora de mantener limpio el coche. Que lava el Porsche todas las semanas o más a menudo si es necesario. El padre cree que esta mañana el coche estaba limpio.

—Eso podría significar que Stuart lo ensució al llevar a Lori al lugar en el que la tiene escondida.

—Esperemos que eso sea lo que ha ocurrido —afirmó Mark. Tomó su teléfono móvil y marcó un número—, y un geólogo forense pueda analizar el barro y darnos una idea de su procedencia.

Capítulo 16

Para Grace, las siguientes horas pasaron en medio de un torbellino de actividad. La suerte les sonrió. El geólogo forense analizó el barro y determinó que el suelo contenía restos de pintura, de hormigón y de asfalto, además de un producto químico utilizado exclusivamente en el curtido de pieles.

Grace pensó inmediatamente en un enorme almacén que se utilizó en el pasado como fábrica de pieles. Había sido abandonado años atrás y desde entonces, el decrepito edificio servía de centro de operaciones para los traficantes de drogas. El almacén era el lugar perfecto para esconder a la víctima de un secuestro. Grace, Mark y un equipo de policías armados hasta los dientes se dirigieron inmediatamente al almacén infestado de ratas y minutos más tarde, encontraron a Lori Logan.

Estaba encadenada a una pesada mesa de metal y se había puesto de parto. Grace estuvo agarrándola de la mano mientras el médico de la ambulancia la ayudaba a dar a luz a una saludable niña. Acomodada en la ambulancia y con su niña en brazos, Lori identificó a Stuart Harmon como su secuestrador. Inmediatamente, se la llevaron al hospital.

—Eso es todo lo que necesitamos para empapelar a Stuart —dijo Mark mientras se dirigían al coche.

—Sí. Ya lo tenemos.

—Tú y yo hacemos un buen equipo, McCall.

«*Un equipo muy breve*»; pensó ella. Lo miró a los ojos, sin querer pensar en las pocas horas que faltaban hasta que Mark saliera de su

vida para siempre. Si permanecía con una actitud distante, podría soportarlo. Superarlo y sobrevivir.

—Es hora de que le hagamos una visita a Júnior —respondió, con voz tranquila—. Tal vez se muestre más dispuesto a hablar cuando sepa que también podemos acusarlo de secuestro.

Un sentimiento desconocido para Grace se reflejó en los ojos de Mark, pero desapareció rápidamente.

—Será nuestro regalo de Navidad para él.

Al enterarse de que Lori Logan había sido encontrada con vida, Stuart empezó a cooperar con la esperanza de librarse de una celda en el corredor de la muerte. Admitió haber trabajado con Iris Davenport en el tema de adopciones privadas y que todo había ido bien hasta que DeeDee Wyman se puso de parto y decidió cambiar de opinión. Iris, que necesitaba desesperadamente dinero para pagar sus deudas de juego, la mató y secuestró al bebé. Seis meses más tarde, Andrea Grayson se convirtió en la segunda víctima de Iris.

Reconoció que estaba en casa de Iris cuando ésta se cayó, aunque no dejó de insistir en que se trataba de un accidente, provocado al ver al agente especial del FBI Mark Santini en un documental de televisión. Además, les contó dónde estaban los expedientes ocultos de las adopciones de los dos niños secuestrados. Por supuesto, el senador Grayson no perdió el tiempo a la hora de iniciar los procedimientos necesarios para poder recuperar a su nieta.

La investigación había terminado. Grace cerró su ordenador después de escribir el último informe. La sala del departamento estaba casi vacía. Entonces, miró el reloj de la pared y vio que era casi mediodía del día de Nochebuena. Se había pasado una noche sin dormir, se había saltado varias comidas y estaba muy agitada por la cafeína que había tomado durante todas esas horas. Además, se sentía como una cobarde.

Mark estaba en uno de los despachos, reunido con el director del FBI y la mano derecha del senador Grayson. El avión del director ya

lo estaba esperando en el aeropuerto para llevarlo rápidamente a Anchorage para que pudiera hacerse cargo del caso del asesino en serie de Alaska.

Grace salió por la puerta y empezó a bajar las escaleras. Entre Santini y ella no había cambiado nada. En realidad, ya se habían despedido, por lo que en aquella ocasión, no se quedaría esperando para ver como él se marchaba para siempre.

«*Puedes huir, pero no esconderte*», pensó Mark, una hora más tarde, cuando aparcó un coche propiedad del FBI frente a la casa de Grace.

No se había sorprendido al ver que ella ya se había marchado. Comprendió que ella esperaba que él se marchara de la ciudad y había preferido no decirle adiós.

Cuadró la mandíbula. Si todo salía como él esperaba no tendría que volver a decir adiós.

Salió del coche para pisar la nieve que cubría las calles. Abrió el maletero y sacó la maleta de Grace y se pensó si debía dejar la suya allí o no. Al final, decidió ir a por todas. Extrajo también su maleta y con una en cada mano, comenzó a subir los escalones del porche.

Tocó el timbre y esperó. Por fin, oyó unos pasos muy suaves acercándose a la puerta. En los segundos que siguieron, su instinto le dijo que ella lo estaba observando a través de la mirilla. Pasaron otros segundos y por fin, se abrió la puerta.

—Grace.

—Mark.

Ella permaneció en la puerta sin moverse a pesar del frío que reinaba en el exterior.

—Hace mucho frío. ¿Es que no me vas a invitar a pasar?

—Claro.

Tenía el cabello mojado y peinado hacia atrás. El hematoma destacaba profundamente contra la palidez de su piel. Llevaba puesto un jersey rojo y unos pantalones de deporte de color negro. A Mark le pareció la mujer más hermosa que había visto nunca.

Vio que ella se fijaba en las maletas que acababa de dejar junto a la puerta.

—Nos dejamos toda la ropa en la suite de Winding Rock —dijo—. Hice que lo metieran todo en una maleta y que lo enviaran a la oficina de Oklahoma.

—Gracias, pero sólo me pertenece una de las maletas.

—Lo sé —replicó Mark. Sin esperar a que ella lo invitara a hacerlo, se quitó el abrigo y lo colocó encima de las maletas—. En el hospital te dije que había cosas que tenía que decirte. Eso no ha cambiado.

—Nada ha cambiado, Mark.

—En eso te equivocas. Si me hubieras esperado en el departamento, ya habríamos hablado al respecto.

—Ya está todo hablado. Comprendo por qué haces lo que haces y la razón por la que te resulta imposible dejar tu trabajo. Lo acepto. Lo que tú tienes que aceptar es que yo no me voy a conformar con las migajas de tu vida que tú quieras darme.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué diablos estás haciendo aquí? Tienes que tomar un avión —le dijo ella, dándose la vuelta y deteniéndose a la entrada del salón—. Hazme un favor. Vete.

—Vas a escuchar lo que te tengo que decir, McCall.

Grace había entrado en el salón. Mark la siguió, decidido a suplicar, a hacer lo que fuera necesario para no volverla a perder. Desde la puerta del salón, vio que Grace seguía de espaldas a él, contemplando el enorme árbol de Navidad, adornado con luces blancas y espumillón. A sus pies, había montones de regalos.

—Mi madre no se preocupó nunca de poner el árbol de Navidad —dijo, entrando en el salón—. Ni en regalos. Comprarlos habría recortado el dinero del que disponía para comprar alcohol.

Grace se dio la vuelta. La ira parecía haberle desaparecido de los ojos.

—Mark...

—Necesito que me escuches, Grace. Escúchame, por favor.

—Está bien —aceptó. Avanzó hasta colocarse al lado de la chimenea—. Estoy demasiado cansada para echarte.

Mark sintió un pequeño alivio. Le parecía que había superado el primer obstáculo.

—Llevo seis años dándole todo lo que tengo a mi trabajo. En realidad, no tenía nada más en la vida. Cuando tú decidiste no mudarte a Virginia conmigo, dejaste un vacío.

—¿Un vacío? Tú no trataste de hacer que yo cambiara de opinión y que me mudara contigo.

—Pensé que quedarte aquí, con tu familia y con el trabajo que tanto deseabas en el departamento de policía era lo que querías. Yo traté de superar el dolor enterrándome en el trabajo, de llenar el vacío con trabajo. Me dije a mí mismo que eso era lo que tenía que hacer. Había niños que eran maltratados y asesinados. No podía mirar al otro lado como habían hecho conmigo durante trece años —susurró, acercándose a Grace—. Poco a poco, el trabajo empezó a hacer que el vacío fuera mayor y yo trataba de llenarlo con más trabajo. Especialmente durante el último año, me sentí como si no quedara nada de mí. Ya no sabía quién era. Entonces, vine aquí y te volví a encontrar. A ti y a mí mismo. Me abrí a ti y el vacío comenzó a llenarse. Anoche, cuando te vi herida e inconsciente, me di cuenta de que no había sido el trabajo lo que me había hecho sentirme tan vacío durante tanto tiempo, sino que hace seis años, te entregué una parte de mí mismo. Una parte de mi corazón que aún tienes, Grace. Todo entero. Te amo.

—No digas eso —musitó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. No vengas aquí a decirme que me amas, y mucho menos cuando te marchas.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Un día? ¿Una semana? No puedes realizar tu trabajo y quedarte aquí.

—Ya no puedo seguir haciendo mi trabajo, al menos no del modo en el que lo he estado haciendo —susurró, secándole a Grace una lágrima que se le estaba deslizando por la mejilla—. He aprendido que por mucho que me esfuerce, no puedo ocuparme yo solo de todos los monstruos. Básicamente, eso fue lo que le dije al director del FBI esta tarde cuando le entregué mi renuncia.

—¿Has dejado el FBI? —preguntó ella, atónita.

—Lo he intentado, pero él no ha aceptado mi renuncia. Por lo tanto, hemos hecho un trato.

—¿Qué trato?

—En primer lugar, me voy a tomar parte de la montaña de días libres que he ido acumulando. Después, tengo que presentarme en la oficina que el FBI tiene en Oklahoma. Ayudaré en los casos que se produzcan en otros estados por medio del fax, del teléfono o de las videoconferencias. Tal vez tenga que viajar, pero será muy de tarde en tarde.

—¿Un trabajo de oficina? ¿Tú? No es tu estilo, Santini. ¿Qué te hace pensar que de repente, podrás soportar estar únicamente en un lugar?

—Que este lugar en particular viene acompañado de beneficios únicos —musitó, mirándola muy fijamente—. Al menos, eso espero.

—¿De qué beneficios estás hablando?

—De ti. De una vida a tu lado —contestó Mark. La abrazó por temor a que ella se le escapara—. Quiero tener la oportunidad de volver a empezar a tu lado, Grace. Quiero formar un hogar contigo, una familia. Quiero darte la vida que necesitas. La vida que yo también necesito. Déjame hacerlo, Grace...

Ella guardó silencio. Se limitó a mirarlo muy fijamente. Mark se sintió atenazado por el miedo de que Grace pudiera decirle que no. La estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—¿Es que no vas a decir nada?

—Si hace seis años me diste un trozo de tu corazón, ¿cómo es que

yo no me enteré?

—Porque no lo supe ni yo mismo. Crecí odiando a las personas a las que se suponía que debía amar. Dejé a un lado los sentimientos y me centré en mi carrera. Ahora, resulta que no sólo fue un trozo de mi corazón lo que te entregué, sino el corazón entero, Grace — susurró, mientras le iba depositando suaves besos a lo largo de la mandíbula—. Eres dueña de mi corazón desde entonces.

Siguió besándola hasta llegar a la garganta. Cuando Grace se echó a temblar y se apoyó contra él, la boca se le curvó contra la suave piel.

—¿Tienes algo que decir, McCall?

—Dos cosas —murmuró—. Te amo, Santini.

Mark enterró el rostro en el húmedo cabello de Grace y aspiró su seductor aroma como un hombre sediento sacia su sed con las tranquilas y apacibles aguas.

—¿Cuál es la segunda?

Grace le deslizó la mano por debajo del jersey y se la apretó contra el centro del pecho.

—Ahora que sé que soy dueña de tu corazón, no te lo pienso devolver. Jamás.

Fin